

3 CUENTOS INFANTILES CLÁSICOS DE

NOCHES ÁRABES

Origen: Desconocido

Editado y relatado por William Patten

Este libro electrónico
compilado por: <http://www.freekidsbooks.org>

Simplemente proporcionando excelentes libros infantiles gratuitos para que todos los compartan y disfruten, sin condiciones.



El material contenido en el libro es de dominio público y, como tal, no está sujeto a
derechos de autor.

Le invitamos a compartir este material: vincule y remita a las personas al
Publicación original en nuestro sitio web.

Tabla de contenido

SOBRE LAS NOCHES ÁRABES.....	3
ALI BABA Y LOS CUARENTA LADRONES..	4
LA HISTORIA DE ALADDIN; O LA LÁMPARA MARAVILLA.....	19
SINDBAD EL MARINERO..	48
EL PRIMER VIAJE	49
EL SEGUNDO VIAJE.....	52
EL TERCER VIAJE.....	55
EL CUARTO VIAJE.....	58
EL QUINTO VIAJE.....	61
EL SEXTO VIAJE.....	64
EL SÉPTIMO Y ÚLTIMO VIAJE.....	68

SOBRE LAS NOCHES ÁRABES

Todas las naciones tienen sus cuentos de hadas, pero la India parece haber sido el país del que partieron todos, llevados en sus viajes por los narradores profesionales que mantuvieron vivos los cuentos por toda Asia. En Bagdad y El Cairo hoy, nunca falta la clientela en ese café donde el narrador ciego relata a los árabes hechizados algún capítulo de las inmortales Mil y una noches, el Rey de todos los Libros Maravillosos.

Nadie sabe dónde se escribieron los cuentos, salvo que procedían del Lejano Oriente, India, Arabia y Persia. Haroun Al Raschid, llamado El Justo, fue un verdadero monarca oriental que vivió en Bagdad hace más de mil cien años, casi al mismo tiempo que Carlomagno era rey de Francia. Podemos creer que los cuentos son muy antiguos, pero lo más que sabemos es que fueron traducidos del árabe al francés en 1704-17 por un francés llamado Galland, y que el manuscrito de su traducción se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia.

Los niños estadounidenses tuvieron la oportunidad de leer por primera vez las notas en inglés sobre la época en que se eligió al presidente Monroe._

ALI BABA Y LOS CUARENTA LADRONES

Había una vez en un pueblo de Persia dos hermanos, uno llamado Cassim y el otro Ali Baba. Su padre dividió una pequeña herencia en partes iguales entre ellos.

Cassim se casó con una esposa muy rica y se convirtió en un rico comerciante. Alí Babá se casó con una mujer tan pobre como él, y vivía de cortar leña y traerla sobre tres asnos al pueblo para venderla.

Un día, cuando Alí Babá estaba en el bosque y acababa de cortar suficiente leña para cargar sus asnos, vio a lo lejos una gran nube de polvo, que parecía acercarse a él. Lo observó con atención y distinguió poco después un cuerpo de jinetes, de los que sospechó que podían ser ladrones. Decidió dejar sus asnos para salvarse. Se subió a un árbol grande, plantado en una roca alta, cuyas ramas eran lo suficientemente gruesas como para ocultarlo y, sin embargo, le permitieron ver todo lo que pasaba sin ser descubierto.

La tropa, que era en número de cuarenta, todos bien montados y armados, llegó al pie de la roca sobre la que estaba el árbol, y allí desmontó. Cada uno desenfundó su caballo, lo ató a algún arbusto, y le colgó al cuello una bolsa de maíz que traía detrás de ellos. Luego cada uno se quitó la alforja, que a Alí Babá le pareció llena de oro y plata por su peso.

Uno, a quien tomó por su capitán, se metió debajo del árbol en el que estaba escondido Alí Babá; y, abriéndose paso entre unos arbustos, pronunció estas palabras: "¡Ábrete, Sésamo!" Tan pronto como el capitán de los ladrones hubo dicho esto, se abrió una puerta en la roca; y después que hubo hecho entrar toda su tropa delante de él, los siguió, cuando la puerta volvió a cerrarse sola.

Los ladrones permanecieron algún tiempo dentro de la roca, durante el cual Alí Babá, temeroso de ser atrapado, permaneció en el árbol.

Por fin la puerta se abrió de nuevo, y como el capitán entró el último, así salió él primero, y se paró para verlos pasar a todos a su lado; cuando Ali Baba lo escuchó cerrar la puerta pronunciando estas palabras: "¡Cierra, Sésamo!" Todos los hombres fueron a la vez y embridaron su caballo, aseguraron su billetera y montaron de nuevo. Cuando el capitán los vio todos dispuestos, se puso a la cabeza de ellos, y se volvieron por donde habían venido.

Alí Babá los siguió con la mirada hasta donde pudo verlos, y luego se quedó un tiempo considerable antes de descender. Recordando las palabras que usó el capitán de los ladrones para hacer que la puerta se abriera y se cerrara, tuvo la curiosidad de probar si al pronunciarlas surtía el mismo efecto.

En consecuencia, fue entre los arbustos, y al ver la puerta escondida detrás de ellos, se paró frente a ella y dijo: "¡Ábrete, Sésamo!" La puerta instantáneamente se abrió de par en par.

Alí Babá, que esperaba una caverna oscura y lúgubre, se sorprendió al ver una cámara espaciosa y bien iluminada, que recibía la luz de una abertura en lo alto de la roca, y en la que había toda clase de provisiones, ricos fardos de seda, cosas, brocados y valiosas alfombras, apilados unos sobre otros, lingotes de oro y plata

en grandes montones, y dinero en bolsas. La vista de todas estas riquezas le hizo suponer que esta cueva debía haber sido ocupada durante siglos por ladrones, que se habían sucedido unos a otros.

Ali Baba entró audazmente en la cueva y recogió la mayor cantidad de la moneda de oro, que estaba en bolsas, como pensó que sus tres asnos podían llevar. Cuando los hubo cargado con las bolsas, les puso leña encima de tal manera que no se pudieran ver. Cuando hubo entrado y salido tantas veces como quiso, se paró frente a la puerta y pronunció las palabras: "¡Cállate, Sésamo!" la puerta se cerró sola. Luego hizo lo mejor que pudo en su camino a la ciudad.

Cuando Alí Babá llegó a casa, llevó sus asnos a un pequeño patio, cerró las puertas con mucho cuidado, tiró la madera que cubría las alforjas, llevó las bolsas a la casa y las colocó en orden ante su esposa. Luego vació las bolsas, que levantaron un montón de oro tan grande que deslumbró los ojos de su mujer, y luego le contó toda la aventura de principio a fin y, sobre todo, le recomendó que la mantuviera en secreto.

La esposa se regocijaba mucho por su buena fortuna y contaba todo el oro pieza por pieza. "Esposa", respondió Ali Baba, "tú no sabes lo que emprendes, cuando finges contar el dinero; nunca lo habrás hecho. Cavaré un hoyo y lo enterraré. No hay tiempo que perder". "Tienes razón, esposo", respondió ella; pero haznos saber, lo más cerca posible, cuánto tenemos. Tomaré prestada una pequeña medida y la mediré mientras cavas el hoyo.

La esposa corrió hacia su cuñado Cassim, que vivía cerca, y, dirigiéndose a su esposa, le pidió que le prestara una medida por un rato.

Su cuñada le preguntó si tendría uno grande o uno pequeño. El otro pidió uno pequeño. Ella le pidió que se quedara un poco, y de buena gana iría a buscar uno.

La cuñada así lo hizo, pero como conocía la pobreza de Alí Babá, sintió curiosidad por saber qué tipo de grano quería medir su esposa, y, poniendo arteramente un poco de sebo en el fondo de la medida, se lo llevó, con la excusa de que lamentaba haber hecho que se quedara tanto tiempo, pero que no pudo encontrarlo antes.

La esposa de Ali Baba fue a casa, colocó la medida sobre el montón de oro, lo llenó y lo vació a menudo sobre el sofá, hasta que hubo terminado, cuando estuvo muy satisfecha de encontrar que el número de medidas ascendía a tantas como eran. , y fue a contárselo a su marido, que casi había terminado de cavar el hoyo. Mientras Alí Baba enterraba el oro, su mujer, para mostrar su exactitud y diligencia a su cuñada, llevó de nuevo la medida, pero sin darse cuenta de que una pieza de oro se había pegado al fondo. "Hermana", dijo ella, dándosela de nuevo, "ya ves que no he guardado tu medida por mucho tiempo. Te lo agradezco y te lo devuelvo con agradecimiento".

Tan pronto como la esposa de Ali Baba se fue, la esposa de Cassim miró la parte inferior de la medida y se sorprendió al encontrar una pieza de oro pegada a ella.

La envidia inmediatamente se apoderó de su pecho. "¡Qué!" dijo ella, "¿tiene Alí Babá tanto oro como para medirlo? ¿De dónde tiene él toda esta riqueza?"

Cassim, su marido, estaba en su despacho. Cuando llegó a casa, su esposa le dijo: "Cassim, sé que te crees rico, pero Ali Baba es infinitamente más rico que tú. No cuenta su dinero, sino que lo mide". Cassim le pidió que explicara el acertijo, lo que hizo al contarle la estratagema que había usado para hacer el descubrimiento, y le mostró la moneda, que era tan antigua que no podían decir en qué reinado del príncipe fue acuñada.

Cassim, después de casarse con la viuda rica, nunca había tratado a Ali Baba como a un hermano, sino que lo descuidó; y ahora, en lugar de estar complacido, concibió una vil envidia por la prosperidad de su hermano. No pudo dormir en toda la noche, y fue a él por la mañana antes del amanecer. "Ali Baba", dijo él, "¿Me sorprendes! Pretendes ser miserablemente pobre y, sin embargo, mides oro. Mi esposa encontró esto en el fondo de la medida que tomaste prestada ayer".

Por este discurso, Ali Baba percibió que Cassim y su esposa, a través de la locura de su propia esposa, sabían lo que tenían tantas razones para ocultar; pero lo que se hizo no se podía deshacer. Por lo tanto, sin mostrar la menor sorpresa o preocupación, confesó todo y ofreció a su hermano parte de su tesoro para guardar el secreto.

—Eso espero —respondió Cassim con altivez; pero debo saber exactamente dónde está este tesoro, y cómo puedo visitarlo yo mismo cuando lo desee; de lo contrario, iré e informaré contra ti, y entonces no solo no obtendrás más, sino que perderás todo lo que tienes, y Tendré una parte para mi información".

Ali Baba le dijo todo lo que deseaba, incluso las mismas palabras que iba a utilizar para poder entrar en la cueva.

Cassim se levantó a la mañana siguiente mucho antes que el sol, y partió hacia el bosque con diez mulas cargando grandes cofres, que él diseñó para llenar, y siguió el camino que Ali Baba le había indicado. No pasó mucho tiempo antes de que llegara a la roca y descubriera el lugar, por el árbol y otras marcas que su hermano le había dado. Cuando llegó a la entrada de la caverna, pronunció las palabras: "¡Ábrete, Sésamo!" La puerta se abrió de inmediato, y cuando estuvo dentro, se cerró tras él. Al examinar la cueva, quedó muy admirado al encontrar muchas más riquezas de las que esperaba del pariente de Ali Baba. Rápidamente colocó tantas bolsas de oro como pudo llevar en la puerta de la caverna; pero sus pensamientos estaban tan llenos de las grandes riquezas que debería poseer, que no pudo pensar en la palabra necesaria para abrirla, y en lugar de "Sesame" dijo: "¡Abre, Cebada!" y se asombró mucho al ver que la puerta permanecía bien cerrada.

Nombró varios tipos de grano, pero la puerta seguía sin abrirse.

Cassim nunca había esperado tal incidente, y estaba tan alarmado por el peligro en el que se encontraba, que cuanto más se esforzaba por recordar la palabra "Sesame", más se confundía su memoria, y la había olvidado tanto como si la hubiera olvidado. Nunca lo escuché mencionar. Arrojó las bolsas con las que se había cargado y caminó distraídamente de un lado a otro de la cueva, sin tener la menor consideración por las riquezas que lo rodeaban.

Alrededor del mediodía los ladrones visitaron su cueva. A cierta distancia vieron las mulas de Cassim rezagadas por la roca, con grandes pechos a la espalda. Alarmados por esto, galoparon a toda velocidad hacia la cueva. Ahuyentaron las mulas, que

se desviaron tanto por el bosque que pronto se perdieron de vista, y se dirigieron directamente, con sus sables desnudos en sus manos, a la puerta, la cual, al pronunciar su capitán las palabras apropiadas, se abrió de inmediato.

Cassim, que escuchó el ruido de los pasos de los caballos, adivinó de inmediato la llegada de los ladrones y resolvió hacer un esfuerzo por su vida. Corrió hacia la puerta, y tan pronto como la vio abierta, salió corriendo y tiró al líder al suelo, pero no pudo escapar de los otros ladrones, quienes con sus cimitarras pronto lo privaron de la vida.

El primer cuidado de los ladrones después de esto fue examinar la cueva. Encontraron todas las bolsas que Cassim había traído a la puerta, para estar listas para cargar sus mulas, y las llevaron de nuevo a sus lugares, pero no se perdieron lo que Alí Babá se había llevado antes. Luego, celebrando un consejo y deliberando sobre este suceso, supusieron que Cassim, cuando estaba dentro, no podía volver a salir, pero no podía imaginarse cómo había aprendido las palabras secretas por las cuales solo podía entrar. No podían negar el hecho de que él estaba allí; y para aterrorizar a cualquier persona o cómplice que intentara lo mismo, acordaron cortar el cuerpo de Cassim en cuatro cuartos, para colgar dos de un lado y dos del otro, dentro de la puerta de la cueva. Apenas habían tomado esta resolución cuando la pusieron en ejecución; y cuando no tuvieron más que detenerlos, dejaron bien cerrado el lugar de sus tesoros. Montaron sus caballos, fueron a batir de nuevo los caminos ya atacar las caravanas que pudieran encontrar.

Mientras tanto, la esposa de Cassim estaba muy inquieta cuando llegó la noche y su esposo no fue devuelto. Corrió hacia Alí Baba muy alarmada y le dijo: "Creo, cuñado, que sabes que Cassim se ha ido al bosque y por qué motivo; ahora es de noche y no ha regresado; estoy Temo que le haya ocurrido alguna desgracia". Alí Babá le dijo que no tenía por qué asustarse, porque ciertamente Cassim no consideraría apropiado ir al pueblo hasta que la noche estuviera bastante avanzada.

La esposa de Cassim, teniendo en cuenta lo mucho que le preocupaba a su marido mantener el secreto comercial, se convenció más fácilmente de que creyera a su cuñado. Volvió a casa y esperó pacientemente hasta la medianoche. Entonces su miedo se redobló, y su dolor fue más sensible porque se vio obligada a guardarlo para sí misma. Se arrepintió de su tonta curiosidad y maldijo su deseo de entrometerse en los asuntos de su hermano y su cuñada. Pasó toda la noche llorando; y, tan pronto como se hizo de día, fue a ellos, diciéndoles, con sus lágrimas, la causa de su venida.

Alí Babá no esperó a que su cuñada deseara que fuera a ver qué había sido de Cassim, sino que partió inmediatamente con sus tres asnos, rogándole primero que moderase su aflicción. Fue al bosque, y cuando llegó cerca de la peña, sin haber visto a su hermano ni a las mulas en su camino, se alarmó seriamente al encontrar algo de sangre derramada cerca de la puerta, lo que tomó por un mal augurio; pero cuando hubo pronunciado la palabra y la puerta se abrió, quedó horrorizado ante la lúgubre vista del cuerpo de su hermano. No tardó en determinar cómo debía pagar las últimas cuotas a su hermano; pero sin advertir el poco afecto fraternal que le había mostrado, entró en el

cueva para encontrar algo para envolver sus restos; y habiendo cargado uno de sus asnos con ellos, los cubrió con leña. Los otros dos asnos los cargó con sacos de oro, cubriéndolos también con madera como antes; y luego, ordenando que se cerrara la puerta, salió; pero fue tan cauteloso que se detuvo algún tiempo al final del bosque, para no entrar en la ciudad antes de la noche. Cuando llegó a casa, condujo los dos asnos cargados de oro a su pequeño patio, y dejó el cuidado de descargarlos a su esposa, mientras conducía al otro a la casa de su cuñada.

Alí Babá llamó a la puerta, que abrió Morgiana, una esclava hábil, inteligente, fecunda en inventos para hacer frente a las circunstancias más difíciles. Cuando entró en el patio, descargó el asno y, tomando aparte a Morgiana, le dijo: "Debes guardar un secreto inviolable. El cuerpo de tu amo está contenido en estos dos cestos. Debemos enterrarlo como si hubiera muerto de forma natural". muerte. Ve ahora y díselo a tu señora. Dejo el asunto a tu ingenio y hábiles dispositivos ".

Ali Baba ayudó a colocar el cuerpo en la casa de Cassim, nuevamente recomendó a Morgiana que hiciera bien su papel y luego regresó con su trasero.

Morgiana salió temprano a la mañana siguiente a un boticario y pidió una especie de pastilla que se consideraba eficaz en los desórdenes más peligrosos. El boticario preguntó quién estaba enfermo. Ella respondió, con un suspiro, Su buen amo, el mismo Cassim, y que no podía comer ni hablar. Por la tarde Morgiana fue otra vez al mismo boticario, y con lágrimas en los ojos, pidió una esencia que solían dar a los enfermos sólo cuando estaban en el último extremo. "¡Pobre de mí!" -dijo ella tomándolo del boticario-. Temo que este remedio no haga mejor efecto que las pastillas, y que pierda a mi buen amo.

Por otro lado, como Ali Baba y su esposa fueron vistos a menudo entre la casa de Cassim y su propia casa todo el día, y parecían melancólicos, nadie se sorprendió al escuchar los gritos y gritos lamentables de la esposa de Cassim y Morgiana. que dio a conocer por todas partes que su amo estaba muerto. A la mañana siguiente, al amanecer, Morgiana fue a ver a un viejo zapatero que sabía que siempre llegaba temprano a su puesto y, deseándole buenos días, puso una pieza de oro en su mano y le dijo: "Baba Mustapha, debes traer contigo tu equipo de costura y ven conmigo; pero debo decirte que te vendaré los ojos cuando llegues a un lugar así".

Baba Mustapha pareció vacilar un poco ante estas palabras. "¡Ay! ¡Ay!" respondió él, "usted debe hacerme hacer algo en contra de mi conciencia, o en contra de mi honor?" —¡Dios me libre —dijo Morgiana, poniendo otra pieza de oro en su mano— que yo pida nada que sea contrario a tu honor! Sólo ven conmigo y no temas nada.

Baba Mustapha fue con Morgiana, quien, después de que ella le vendió los ojos con un pañuelo en el lugar que ella había mencionado, lo llevó a la casa de su difunto amo, y nunca le quitó los ojos hasta que entró en la habitación donde ella había puesto el cadáver. .

"Baba Mustapha", dijo ella, "debes darte prisa y coser las partes de este cuerpo; y cuando hayas terminado, te daré otra pieza de oro".

Después de que Baba Mustapha hubo terminado su tarea, ella le vendió los ojos nuevamente, le dio la tercera moneda de oro como había prometido y, recomendándole el secreto, lo llevó de regreso al lugar donde primero le vendió los ojos, le quitó el vendaje y dejarlo ir a su casa, pero observándolo que regresaba hacia su puesto, hasta que estuvo completamente fuera de la vista, por temor a que tuviera la curiosidad de regresar y esquivarla; luego se fue a casa. Morgiana, a su regreso, calentó un poco de agua para lavar el cuerpo, y al mismo tiempo Alí Babá lo perfumó con incienso, y lo envolvió en las ropas de entierro con las ceremonias acostumbradas. No mucho después, el oficial correspondiente trajo el féretro, y cuando los asistentes de la mezquita, cuyo trabajo era lavar a los muertos, se ofrecieron a cumplir con su deber, ella les dijo que ya estaba hecho. Poco después llegaron el imaun y los demás ministros de la mezquita. Cuatro vecinos llevaron el cadáver al cementerio, siguiendo al imaun, quien recitó unas oraciones. Alí Baba vino después con algunos vecinos, quienes a menudo relevaron a los demás llevando el féretro al cementerio. Morgiana, una esclava del difunto, siguió en la procesión, llorando, golpeándose el pecho y tirándose de los cabellos. La esposa de Cassim se quedó en casa de duelo, lanzando gritos de lastima con las mujeres del vecindario, que acudían, según la costumbre, durante el funeral, y, uniendo sus lamentos a los de ella, llenaban el barrio de lejos y de cerca con sonidos de

pena.

De esta manera se ocultó la melancólica muerte de Cassim y se la silenció entre Alí Babá, su viuda, y Morgiana, su esclava, con tanta artimaña que nadie en la ciudad tuvo el menor conocimiento o sospecha de la causa. Tres o cuatro días después del entierro, Alí Babá se llevó abiertamente sus pocos bienes a la casa de su cuñada, en la que se acordó que viviría en el futuro; pero el dinero que había tomado de los ladrones lo llevó allí por la noche. En cuanto al almacén de Cassim, lo confió por completo a la gestión de su hijo mayor.

Mientras se hacían estas cosas, los cuarenta ladrones visitaron de nuevo su refugio en el bosque. Grande, entonces, fue su sorpresa al encontrar el cuerpo de Cassim llevado, con algunas de sus bolsas de oro. "Ciertamente estamos descubiertos", dijo el capitán.

"El levantamiento del cuerpo y la pérdida de parte de nuestro dinero muestran claramente que el hombre a quien matamos tenía un cómplice; y por el bien de nuestras propias vidas debemos tratar de encontrarlo. ¿Qué dicen ustedes, mis muchachos?"

Todos los ladrones aprobaron por unanimidad la propuesta del capitán.

-Bueno -dijo el capitán-, uno de vosotros, el más audaz y hábil entre vosotros, debe ir al pueblo, disfrazado de viajero y forastero, para ver si oye hablar algo del hombre que hemos matado. , y esforzarse por saber quién era y dónde vivía. Esto es asunto de primera importancia, y por temor a cualquier traición, propongo que quien emprenda este negocio sin éxito, aunque el fracaso provenga sólo de un error del juicio, sufrirá la muerte".

Sin esperar los sentimientos de sus compañeros, uno de los ladrones se sobresaltó y dijo: "Me someto a esta condición, y creo que es un honor exponer mi vida para servir a la tropa".

Después que este ladrón hubo recibido grandes elogios del capitán y sus compañeros, se disfrazó para que nadie lo tomara por lo que era; y al despedirse de la tropa esa noche, entró en la ciudad justo al amanecer, y caminó de un lado a otro, hasta que accidentalmente llegó al puesto de Baba Mustapha, que siempre estaba abierto antes de cualquiera de las tiendas.

Baba Mustapha estaba sentado con un punzón en la mano, yendo a trabajar.

El ladrón lo saludó, deseándole buenos días; y, al ver que era viejo, dijo: "Hombre honesto, usted comienza a trabajar muy temprano: ¿es posible que uno de su edad pueda ver tan bien? ."

"Tú no me conoces", respondió Baba Mustapha; "Por viejo que soy, tengo una vista extraordinariamente buena; y no lo dudarán cuando les diga que cosí el cuerpo de un hombre muerto en un lugar donde no tenía tanta luz como ahora".

"¡Un cuerpo muerto!" -exclamó el ladrón con fingido asombro. "Sí, sí", respondió Baba Mustapha; "Veo que quieres que hable, pero no sabrás más".

El ladrón estaba seguro de que había descubierto lo que buscaba. Sacó una pieza de oro y, poniéndola en la mano de Baba Mustapha, le dijo: "No quiero saber tu secreto, aunque puedo suponer que puedes confiarme el secreto con seguridad. Lo único que deseo de ti es mostrarme la casa donde cosiste el cadáver.

"Si estuviera dispuesto a hacerte ese favor", respondió Baba Mustapha, "te aseguro que no puedo. Me llevaron a cierto lugar, de donde me llevaron con los ojos vendados a la casa, y luego me trajeron de vuelta de la misma manera; ves, por tanto, la imposibilidad de que yo haga lo que deseas".

"Bueno", respondió el ladrón, "puedes, sin embargo, recordar un poco de la forma en que te llevaron con los ojos vendados. Ven, déjame cegarte los ojos en el mismo lugar. Caminaremos juntos; tal vez reconozcas alguna parte; y como a todos se les debe pagar por su trabajo, hay otra pieza de oro para ti; concédeme lo que te pido". Diciendo esto, puso otra pieza de oro en su mano.

Las dos piezas de oro fueron grandes tentaciones para Baba Mustapha. Las miró largamente en su mano sin decir una palabra, pero al final sacó su bolsa y las metió. "No puedo prometer", le dijo al ladrón, "que puedo recordar exactamente el camino; pero ya que lo deseas, intentaré lo que pueda hacer". Ante estas palabras, Baba Mustapha se levantó, para gran alegría del ladrón, y lo condujo al lugar donde Morgiana le había vendado los ojos. "Fue aquí", dijo Baba Mustafá, "me vendaron los ojos y me volví hacia aquí". El ladrón se ató el pañuelo a los ojos y caminó junto a él hasta que se detuvieron directamente en la casa de Cassim, donde entonces vivía Ali Baba. El ladrón, antes de quitarse la banda, marcó la puerta con un trozo de tiza, que tenía preparada en la mano,

y luego le preguntó si sabía de quién era esa casa; a lo que Baba Mustafá respondió que como no vivía en ese barrio no podía decirlo.

El ladrón, al ver que no podía averiguar nada más de Baba Mustapha, le agradeció la molestia que se había tomado y lo dejó para que regresara a su puesto, mientras él regresaba al bosque, convencido de que sería muy bien recibido.

Poco después de que el ladrón y Baba Mustapha se separaran, Morgiana salió de la casa de Ali Baba para hacer un recado y, al regresar, al ver la marca que había hecho el ladrón, se detuvo para observarla. "¿Cuál puede ser el significado de esta marca?" se dijo a sí misma; "alguien tiene la intención de mi amo ningún bien: sin embargo, cualquiera que sea la intención que se hizo, es aconsejable guardarse de lo peor".

En consecuencia, ella fue a buscar un trozo de tiza y marcó dos o tres puertas a cada lado, de la misma manera, sin decir una palabra a su amo o señora.

Mientras tanto, el ladrón se reunió con su tropa en el bosque y les contó su éxito, explayándose en su buena fortuna al encontrarse tan pronto con la única persona que podía informarle de lo que quería saber. Todos los ladrones lo escucharon con la mayor satisfacción; cuando el capitán, después de elogiar su diligencia, dirigiéndose a todos, dijo: "Compañeros, no tenemos tiempo que perder: partamos bien armados, sin que se vea quiénes somos; pero para no despertar ninguna sospecha, dejemos que solo uno o dos vayan juntos al pueblo, y se unan a nuestra cita, que será la gran plaza. Mientras tanto, nuestro camarada que nos trajo las buenas noticias y yo iremos a buscar la casa, para que podamos consultar. lo que era mejor hacer".

Este discurso y plan fueron aprobados por todos, y pronto estuvieron listos. Partieron en grupos de dos cada uno, después de algún intervalo de tiempo, y entraron en la ciudad sin que se sospechara lo más mínimo. El capitán, y el que había visitado el pueblo por la mañana como espía, llegaron los últimos. Condujo al capitán a la calle donde había marcado la residencia de Ali Baba; y cuando llegaron a la primera de las casas que Morgiana había marcado, la señaló. Pero el capitán observó que la puerta de al lado estaba pintada con tiza de la misma manera y en el mismo lugar; y mostrándosela a su guía, le preguntó qué casa era, ésa o la primera. El guía estaba tan confundido que no sabía qué respuesta dar, pero aún más desconcertado cuando él y el capitán vieron cinco o seis casas marcadas de manera similar. Aseguró al capitán, con juramento, que había marcado sólo uno, y no podía decir quién había escrito con tiza el resto, de modo que no podía distinguir la casa donde se había detenido el zapatero.

El capitán, al darse cuenta de que su diseño había resultado fallido, fue directamente al lugar de encuentro y le dijo a su tropa que habían perdido su trabajo y debían regresar a su cueva. Él mismo les dio el ejemplo, y todos volvieron como habían venido.

Cuando la tropa estuvo toda junta, el capitán les dijo la razón de su regreso; y luego el conductor fue declarado por todos digno de muerte. Se condenó a sí mismo, reconociendo que debió haber tomado mejores precauciones, y se preparó para recibir el golpe de aquel que estaba designado para cortarle la cabeza. Pero como la seguridad de la tropa requería el descubrimiento del segundo intruso en la cueva, otro de la pandilla, quien se prometió a sí mismo que

debería tener más éxito, se presentó, y siendo aceptada su oferta, fue y corrompió a Baba Mustapha, como lo había hecho el otro; y, mostrándole la casa, la marcó en un lugar más alejado de la vista con tiza roja.

No mucho después, Morgiana, a cuyos ojos nada podía escapar, salió, y al ver la tiza roja, y discutiendo consigo misma como antes, marcó las casas de los demás vecinos en el mismo lugar y manera.

El ladrón, al volver a su compañía, se valoró mucho por la precaución que había tomado, la cual vio como una manera infalible de distinguir la casa de Alí Babá de las demás; y el capitán y todos ellos pensaron que debía tener éxito. Entraron en la ciudad con la misma precaución que antes; pero cuando el ladrón y su capitán salieron a la calle encontraron la misma dificultad; ante lo cual el capitán se enfureció, y el ladrón en tanta confusión como su predecesor.

Así el capitán y su tropa se vieron obligados a retirarse por segunda vez, y mucho más descontentos; mientras que el ladrón, que había sido el autor del error, sufrió el mismo castigo, al que se sometió voluntariamente.

El capitán, habiendo perdido dos valientes compañeros de su tropa, temía disminuirla demasiado siguiendo este plan para obtener información de la residencia de su saqueador. Encontró por su ejemplo que sus cabezas no eran tan buenas como sus manos en tales ocasiones, y por lo tanto resolvió tomar sobre sí mismo la importante comisión.

En consecuencia, fue y se dirigió a Baba Mustapha, quien le hizo el mismo servicio que había hecho a los otros ladrones. No puso ninguna marca particular en la casa, sino que la examinó y la observó con tanto cuidado, pasando a menudo junto a ella, que le fue imposible confundirla.

El capitán, bien satisfecho de su intento, y enterado de lo que quería saber, volvió al bosque; y cuando llegó a la cueva, donde la tropa lo esperaba, dijo: "Ahora, camaradas, nada puede impedir nuestra completa venganza, ya que estoy seguro de la casa; y en mi camino hasta aquí he pensado cómo ponerla en ejecución, pero si alguno puede formar un expediente mejor, que lo comunique".

Luego les contó su artificio; y como lo aprobaron, les mandó que fueran a los pueblos de alrededor y compraran diecinueve mulos, con treinta y ocho tinajas grandes de cuero, una llena de aceite y las otras vacías.

En dos o tres días los ladrones habían comprado las mulas y los cántaros, y como las bocas de los cántaros eran demasiado estrechas para su propósito, el capitán hizo que las ensancharan; y después de haber puesto uno de los suyos en cada uno, con las armas que creyó conveniente, dejando abierta la costura que se había desatado para dejarles lugar para respirar, untó las tinajas por fuera con aceite de la vasija llena.

Preparadas así las cosas, cargadas las diecinueve mulas con treinta y siete ladrones en cántaros y el cántaro de aceite, partió el capitán, como cochero de ellos, y llegó al pueblo al anochecer, como había hecho. destinado. Los condujo por las calles hasta llegar a la casa de Ali Baba, a cuya puerta se proponía llamar; pero se lo impidió sentarse allí después de la cena para

tomar un poco de aire fresco. Detuvo sus mulas, se dirigió a él y dijo: "He traído un poco de aceite muy bien para vender en el mercado de mañana; y ahora es tan tarde que no sé dónde alojarme. Si no estuviera molesto para usted, hágame el favor de dejarme pasar la noche con usted, y estaré muy agradecido por su hospitalidad".

Aunque Ali Baba había visto al capitán de los ladrones en el bosque y lo había oído hablar, era imposible reconocerlo disfrazado de comerciante de petróleo. Le dijo que sería bienvenido e inmediatamente abrió las puertas para que las mulas entraran al patio. Al mismo tiempo llamó a un esclavo y le ordenó que, cuando las mulas estuvieran descargadas, las metiera en el establo y las alimentara; y luego fue a ver a Morgiana para pedirle que preparara una buena cena para su invitado. Después de que terminaron de cenar, Ali Baba, encargando nuevamente a Morgiana que cuidara de su invitado, le dijo: "Mañana por la mañana planeo ir al baño antes del amanecer; ten cuidado de que mi ropa de baño esté lista, dásela a Abdalla". (que era el nombre del esclavo) y hazme un buen caldo contra mi regreso. Después de esto se fue a la cama.

Mientras tanto, el capitán de los ladrones salió al patio, quitó la tapa de cada cántaro y dio órdenes a su gente de lo que debían hacer. Comenzando por el primer cántaro, y así hasta el último, dijo a cada hombre: "Tan pronto como arroje algunas piedras por la ventana de la cámara donde estoy acostado, no dejéis de salir, e inmediatamente me reuniré con vosotros." Después de esto volvió a la casa, cuando Morgiana, tomando una luz, lo condujo a su cámara, donde lo dejó; y él, para evitar cualquier sospecha, apagó la luz poco después y se acostó con su ropa, para estar más listo para levantarse.

Morgiana, recordando las órdenes de Ali Baba, preparó su ropa de baño y ordenó a Abdalla que pusiera en la olla para el caldo; pero mientras ella lo preparaba, la lámpara se apagó, y no había más aceite en la casa, ni velas. No sabía qué hacer, pues había que preparar el caldo. Abdalla, al verla muy inquieta, dijo: "No te inquietes ni te burles, sino ve al patio y saca un poco de aceite de una de las tinajas".

Morgiana agradeció a Abdalla su consejo, tomó la aceitera y salió al patio; cuando, cuando se acercó al primer frasco, el ladrón que estaba dentro dijo en voz baja: "¿Es hora?"

Aunque, naturalmente, se sorprendió mucho al encontrar a un hombre en el frasco en lugar del aceite que quería, inmediatamente sintió la importancia de guardar silencio, ya que Ali Baba, su familia y ella misma estaban en gran peligro; y recobrándose, sin mostrar la menor emoción, respondió: "Todavía no, pero dentro de poco". Ella fue en silencio de esta manera a todas las tinajas, dando la misma respuesta, hasta que llegó a la tinaja de aceite.

Por este medio, Morgiana descubrió que su amo Ali Baba había admitido a treinta y ocho ladrones en su casa, y que este pretendido comerciante de petróleo era su capitán. Se apresuró lo que pudo para llenar su aceitera y volvió a la cocina, donde, tan pronto como hubo encendido su lámpara, tomó una gran tetera, fue de nuevo a la aceitera, llenó la tetera y la puso a calentar. en un gran fuego de leña, y tan pronto como hirvió, fue y vertió lo suficiente en cada tinaja para sofocar y destruir al ladrón dentro.

Cuando esta acción, digna del coraje de Morgiana, fue ejecutada sin ruido alguno, como ella lo había proyectado, volvió a la cocina con la tetera vacía; y habiendo apagado el gran fuego, había hecho hervir el aceite, y dejando sólo lo suficiente para hacer el caldo, apagó también la lámpara, y permaneció en silencio, resolviendo no ir a descansar hasta que hubiera observado lo que podría seguir a través de un ventana de la cocina, que daba al patio.

No esperó mucho cuando el capitán de los ladrones se levantó, abrió la ventana, y al no encontrar luz, ni oír ruido, ni nadie moviéndose en la casa, dio la señal señalada tirando piedritas, varias de las cuales dieron en el suelo. tinajas, pues no dudó por el sonido que daban. Entonces escuchó, pero no oyendo ni percibiendo nada por lo que pudiera juzgar que sus compañeros se movieran, comenzó a inquietarse mucho, tiró piedras una segunda y también una tercera vez, y no pudo comprender la razón de que ninguno de ellos respondiera a su señal. . Muy alarmado, bajó sigilosamente al patio, y acercándose al primer cántaro, mientras preguntaba al ladrón, a quien creía vivo, si estaba preparado, olió el aceite hervido caliente, que desprendía un vapor del cántaro. Por lo tanto, sospechó que se descubrió su complot para asesinar a Ali Baba y saquear su casa. Examinando todos los frascos, uno tras otro, encontró que toda su pandilla estaba muerta; y, enfurecido hasta la desesperación por haber fracasado en su diseño, forzó la cerradura de una puerta que conducía del patio al jardín y, saltando las paredes, se escapó.

Cuando Morgiana lo vio partir, se fue a la cama, satisfecha y complacida de haber logrado tan bien salvar a su amo y su familia.

Ali Baba se levantó antes del amanecer y, seguido por su esclavo, fue a los baños, completamente ignorante del importante evento que había ocurrido en casa.

Cuando volvió de los baños, se extrañó mucho de ver las tinajas de aceite, y que el mercader no se había ido con las mulas. Le preguntó a Morgiana, quien abrió la puerta, la razón de ello. "Mi buen amo", respondió ella, "Dios te guarde a ti ya toda tu familia. Estarás mejor informado de lo que deseas saber cuando hayas visto lo que tengo que mostrarte, si me sigues".

Tan pronto como Morgiana hubo cerrado la puerta, Ali Baba la siguió, cuando ella le pidió que mirara en el primer frasco y viera si había algo de aceite. Alí Babá lo hizo y, al ver a un hombre, retrocedió alarmado y gritó. "No tengas miedo", dijo Morgiana, "el hombre que ves allí no puede hacerte daño a ti ni a nadie más. Está muerto". "Ah, Morgiana", dijo Ali Baba, "¿qué es lo que me muestras?"

Explícate. —Lo haré —respondió Morgiana—. Modera tu asombro y no excites la curiosidad de tus vecinos; porque es de gran importancia mantener este asunto en secreto. Mira en todos los otros frascos".

Ali Baba examinó todos los demás frascos, uno tras otro; y cuando llegó a la que tenía el aceite, la halló prodigiosamente hundida, y estuvo algún tiempo inmóvil, mirando unas veces a las tinajas, y otras a Morgiana, sin decir palabra, tan grande fue su sorpresa.

Por fin, cuando se hubo recobrado, dijo: "¿Y qué ha sido del mercader?"

"¡Comerciante!" respondió ella; es tan uno como yo. Te diré quién es y qué ha sido de él; pero será mejor que oigas la historia en tu propia habitación, porque es hora de que tu salud beba tu caldo después. tu baño".

Morgiana luego le contó todo lo que había hecho, desde la primera observación de la marca en la casa, hasta la destrucción de los ladrones y la huida de su capitán.

Al enterarse de estas valientes hazañas de labios de Morgiana, Ali Baba le dijo: "Dios, por medio de ti, me ha librado de las trampas que estos ladrones tendieron para mi destrucción. Por lo tanto, te debo mi vida; y, como primera señal de mi reconocimiento, te doy tu libertad desde este momento, hasta que pueda completar tu recompensa, como pretendo".

El jardín de Ali Baba era muy largo y estaba sombreado en el otro extremo por una gran cantidad de árboles grandes. Cerca de estos, él y el esclavo Abdalla cavaron una trinchera, lo suficientemente larga y ancha para contener los cuerpos de los ladrones; y como la tierra era ligera, no tardaron en hacerlo. Hecho esto, Alí Babá escondió las vasijas y las armas; y como no tenía necesidad de las mulas, las envió en diferentes tiempos para que su esclavo las vendiera en el mercado.

Mientras Alí Babá tomaba estas medidas, el capitán de los cuarenta ladrones volvió al bosque con inconcebible mortificación. No se quedó mucho tiempo: la soledad de la lóbrega caverna se volvió espantosa para él. Decidió, sin embargo, vengar la suerte de sus compañeros y llevar a cabo la muerte de Alí Babá. Con este fin volvió a la ciudad y se alojó en un khan, y se disfrazó de mercader de sedas. Bajo este supuesto carácter, gradualmente transportó una gran cantidad de géneros de telas ricas y ropa blanca fina a su alojamiento desde la caverna, pero con todas las precauciones necesarias para ocultar el lugar de donde los trajo. Para disponer de las mercaderías, una vez así reunidas, tomó un almacén, que resultó estar frente al de Cassim, que había ocupado el hijo de Alí Babá desde la muerte de su tío.

Tomó el nombre de Cogia Houssain y, como recién llegado, era, según la costumbre, extremadamente cortés y complaciente con todos los comerciantes de sus vecinos. El hijo de Ali Baba fue, desde su vecindad, uno de los primeros en conversar con Cogia Houssain, quien se esforzó por cultivar más particularmente su amistad. Dos o tres días después de haberse instalado, Ali Baba fue a ver a su hijo, y el capitán de los ladrones lo reconoció de inmediato, y pronto supo por su hijo quién era. Después de esto aumentó sus asiduidades, lo acarició de la manera más graciosa, le hizo algunos obsequios, y muchas veces lo invitó a cenar y cenar con él, cuando lo trataba muy amablemente.

El hijo de Ali Baba no eligió mentir bajo tal obligación a Cogia Houssain; pero estaba tan apretado por falta de espacio en su casa que no podía recibirlo. Por lo tanto, informó a su padre, Ali Baba, de su deseo de invitarlo a cambio.

Ali Baba con gran placer tomó el regalo sobre sí mismo. "Hijo", dijo, "mañana siendo viernes, que es un día que las tiendas de tan grandes comerciantes como

Cogia Houssain y tú están encerrados, haz que te acompañe, y cuando pases por mi puerta, llama. Iré y ordenaré a Morgiana que prepare una cena.

Al día siguiente el hijo de Alí Babá y Cogia Houssain se encontraron con cita previa, dieron su paseo y cuando regresaban, el hijo de Alí Babá condujo a Cogia Houssain por la calle donde vivía su padre, y cuando llegaron a la casa, se detuvo y llamó a la puerta. . -Esta, señor -dijo- es la casa de mi padre, el cual, de la cuenta que le he dado de vuestra amistad, me encargó procurarle el honor de vuestra amistad; y deseo que añadais este placer a los de que ya estoy en deuda contigo".

Aunque el único objetivo de Cogia Houssain era introducirse en la casa de Ali Baba para poder matarlo, sin arriesgar su propia vida ni hacer ningún ruido, se excusó y se ofreció a despedirse; pero cuando un esclavo abrió la puerta, el hijo de Alí Babá lo tomó cortésmente de la mano y, en cierto modo, lo obligó a entrar.

Ali Baba recibió a Cogia Houssain con semblante sonriente y de la manera más complaciente que pudiera desear. Le agradeció todos los favores que le había hecho a su hijo; además, la obligación era tanto mayor cuanto que era un hombre joven, poco familiarizado con el mundo, y que podía contribuir a su información.

Cogia Houssain le devolvió el cumplido asegurando a Ali Baba que aunque su hijo no haya adquirido la experiencia de los hombres mayores, tenía un sentido común igual al de muchos otros. Después de un poco más de conversación sobre diferentes temas, se ofreció nuevamente a despedirse, cuando Alí Babá, deteniéndolo, le dijo: "¿Adónde va, señor, con tanta prisa? Le ruego que me haga el honor de cenar con él". mí, aunque mi entretenimiento no sea digno de su aceptación; tal como es, lo ofrezco de todo corazón". "Señor", respondió Cogia Houssain, "estoy completamente convencido de su buena voluntad; pero la verdad es que no puedo comer vituallas que tengan algo de sal; por lo tanto, juzgue cómo debo sentirme en su mesa". "Si esa es la única razón", dijo Ali Baba, "no debería privarme del honor de su compañía; porque, en primer lugar, nunca se le pone sal a mi pan, y en cuanto a la carne, Tendré esta noche, te prometo que no habrá nada en eso. Por lo tanto, debes hacerme el favor de quedarte. Regresaré de inmediato.

Ali Baba fue a la cocina y le ordenó a Morgiana que no pusiera sal en la carne que se iba a aliñar esa noche; y que hiciera rápidamente dos o tres ragúes además de lo que había pedido, pero no les pusiera sal.

Morgiana, que siempre estaba dispuesta a obedecer a su amo, no pudo evitar sorprenderse ante su extraña orden. "¿Quién es este hombre extraño", dijo ella, "que no come sal con su carne? Tu cena se echará a perder si la demoro tanto tiempo". "No te enojas, Morgiana", respondió Ali Baba; "él es un hombre honesto, por lo tanto, haz lo que te ordeno".

Morgiana obedeció, aunque con no pocas reticencias, y sintió curiosidad por ver a este hombre que no comía sal. Para ello, cuando hubo terminado lo que tenía que hacer en la cocina, ayudó a Abdalla a subir los platos; y mirando a Cogia Houssain, supe a primera vista que, a pesar de su disfraz, era el capitán

de los ladrones, y examinándolo con mucha atención, vio que tenía un puñal debajo de la ropa. "No me sorprende en lo más mínimo", se dijo a sí misma, "que este malvado, que es el mayor enemigo de mi amo, no coma sal con él, ya que pretende asesinarlo; pero yo se lo impediré".

Morgiana, mientras cenaban, decidió en su propia mente ejecutar uno de los actos más audaces jamás meditados.

Cuando Abdalla vino por el postre o la fruta, y lo hubo puesto con el vino y las copas ante Alí Babá, Morgiana se retiró, se vistió pulcramente, con un tocado adecuado como de bailarina, se ciñó la cintura con un cinturón de plata dorada, para la cual colgó un puñal con empuñadura y guarda del mismo metal, y puso una hermosa máscara en su rostro.

Cuando se hubo disfrazado así, dijo a Abdalla: "Toma tu tabor, y vayamos y distraigamos a nuestro amo y al amigo de su hijo, como hacemos a veces cuando está solo".

Abdalla tomó su tambor y tocó todo el camino hasta el salón delante de Morgiana, quien, cuando llegó a la puerta, hizo una reverencia pidiendo permiso para exhibir su habilidad, mientras que Abdalla dejó de tocar. "Entra, Morgiana", dijo Ali Baba, "y deja que Cogia Houssain vea lo que puedes hacer, para que nos diga lo que piensa de tu actuación".

Cogia Houssain, que no esperaba esta diversión después de la cena, comenzó a temer no poder aprovechar la oportunidad que creía haber encontrado; pero esperaba, si ahora fallaba en su objetivo, asegurarlo en otra ocasión, manteniendo una correspondencia amistosa con el padre y el hijo; por lo tanto, aunque hubiera deseado que Ali Baba hubiera rechazado el baile, fingió estar agradecido por él y tuvo la complacencia de expresar su satisfacción por lo que vio, lo que complació a su anfitrión.

Abdalla, en cuanto vio que Ali Baba y Cogia Houssain habían terminado de hablar, se puso a tocar el tambor, y lo acompañó con un aire, al que Morgiana, que era una excelente ejecutante, bailó de tal manera que habría causado admiración en cualquier empresa.

Después de haber bailado varias danzas con mucha gracia, sacó el puñal y, sosteniéndolo en la mano, comenzó una danza en la que se superó a sí misma por las muchas figuras diferentes, los movimientos ligeros y los saltos sorprendentes y los esfuerzos maravillosos con los que bailaba. ella lo acompañó. A veces presentaba el puñal en un pecho, a veces en otro, y muchas veces parecía golpear el suyo propio. Por fin le arrebató el tabor a Abdalla con la mano izquierda, y sosteniendo el puñal en la derecha, presentó el otro lado del tabor, a la manera de los que se ganan la vida bailando y solicitan la generosidad de los espectadores.

Ali Baba puso una pieza de oro en el tabor, al igual que su hijo; y Cogia Houssain, al ver que venía hacia él, se había sacado la bolsa del pecho para hacerle un regalo; pero mientras él metía la mano en él, Morgiana, con un coraje y una resolución dignos de ella, le clavó el puñal en el corazón.

Ali Baba y su hijo, conmocionados por esta acción, gritaron en voz alta. "¡Mujer infeliz!" exclamó Ali Baba, "¿qué has hecho para arruinarme a mí y a mi familia?"

"Fue para preservarte, no para arruinarte", respondió Morgiana; -Pues mira -continuó, abriendo el vestido del pretendido Cogia Houssain y mostrando la daga-, ¡qué enemigo habías entretenido! Míralo bien y verás que es tanto el ficticio comerciante de aceite como el capitán de la banda de cuarenta ladrones. Recuerda, también, que él no comería sal contigo; ¿y qué tendrías más para persuadirte de su malvado designio? Antes de verlo, sospeché de él tan pronto como me dijiste que habías un invitado así. Lo conocía, y ahora descubres que mi sospecha no era infundada.

Alí Babá, quien inmediatamente sintió la nueva obligación que tenía con Morgiana por haberle salvado la vida por segunda vez, la abrazó: "Morgiana", le dijo, "te di tu libertad, y luego te prometí que mi gratitud no se detendría ahí, pero que pronto te daría mayores pruebas de su sinceridad, lo cual hago ahora haciéndote mi nuera. Luego, dirigiéndose a su hijo, dijo: "Creo, hijo, que eres un niño tan obediente que no rechazarás a Morgiana como tu esposa. Ves que Cogia Houssain buscó tu amistad con un diseño traicionero para quitarme mi vida; y si lo hubiera logrado, no hay duda de que también te habría sacrificado a ti para su venganza. Considera, que al casarte con Morgiana te casas con el preservador de mi familia y la tuya".

El hijo, lejos de mostrar disgusto, consintió de buena gana en el matrimonio; no sólo porque no desobedecería a su padre, sino también porque era conforme a su inclinación. Después de esto pensaron en enterrar al capitán de los ladrones con sus camaradas, y lo hicieron tan privadamente que nadie descubrió sus huesos hasta muchos años después, cuando nadie se preocupó por la publicación de esta notable historia. Pocos días después, Ali Baba celebró las nupcias de su hijo y Morgiana con gran solemnidad, un banquete suntuoso, y los bailes y espectáculos habituales; y tuvo la satisfacción de ver que sus amigos y vecinos, a quienes invitó, no tenían conocimiento de los verdaderos motivos del matrimonio; pero que los que no desconocían las buenas cualidades de Morgiana, alababan su generosidad y bondad de corazón. Ali Baba no visitó la cueva de los ladrones durante todo un año, ya que supuso que los otros dos podrían estar vivos.

Al final del año, cuando comprobó que no habían hecho ningún intento por molestarlo, tuvo la curiosidad de hacer otro viaje. Montó su caballo, y cuando llegó a la cueva se apeó, ató su caballo a un árbol, luego se acercó a la entrada y pronunció las palabras: "¡Ábrete, Sésamo!" la puerta se abrió. Entró en la caverna y por el estado en que encontró las cosas, juzgó que nadie había estado allí desde que el capitán había ido a buscar las mercancías para su tienda. Desde ese momento creyó que era la única persona en el mundo que tenía el secreto para abrir la cueva, y que todo el tesoro estaba a su entera disposición. Puso tanto oro en su alforja como su caballo podía llevar, y regresó a la ciudad.

Algunos años después llevó a su hijo a la cueva y le enseñó el secreto, que descendió a su posteridad, quienes, usando su buena fortuna con moderación, vivieron con honor y esplendor.

LA HISTORIA DE ALADDIN; O LO MARAVILLOSO LÁMPARA

Una vez vivió, en una de las grandes y ricas ciudades de China, un sastre, llamado Mustafá. Él era muy pobre. Apenas podía, con su trabajo diario, mantenerse a sí mismo ya su familia, que consistía únicamente en su esposa y un hijo.

Su hijo, que se llamaba Aladino, era un tipo muy descuidado y ocioso. Era desobediente a su padre ya su madre, y salía temprano en la mañana y se quedaba fuera todo el día, jugando en las calles y lugares públicos con niños ociosos de su misma edad.

Cuando tuvo la edad suficiente para aprender un oficio, su padre lo llevó a su propia tienda y le enseñó a usar la aguja; pero todos los esfuerzos de su padre para mantenerlo en su trabajo fueron en vano, porque tan pronto como le dio la espalda, se fue por ese día. Mustafá lo reprendió; pero Aladino era incorregible, y su padre, con gran pesar suyo, se vio obligado a abandonarlo en su ociosidad, y estaba tan preocupado por él que enfermó y murió a los pocos meses.

Aladdin, que ahora ya no estaba contenido por el miedo a un padre, se entregó por completo a sus hábitos ociosos y nunca estuvo fuera de las calles de sus compañeros. Este camino lo siguió hasta los quince años, sin dedicar su mente a ninguna ocupación útil, ni la menor reflexión sobre lo que sería de él. Mientras un día estaba jugando, según la costumbre, en la calle con sus malvados asociados, un extraño que pasaba se puso a observarlo.

Este extraño era un hechicero, conocido como el mago africano, ya que había llegado a dos días de África, su país natal.

El mago africano, al observar en el semblante de Aladino algo que le aseguraba que era un muchacho apto para su propósito, preguntó su nombre y la historia de algunos de sus compañeros; y cuando hubo aprendido todo lo que deseaba saber, se acercó a él, y tomándolo aparte de sus camaradas, dijo: "Hijo, ¿no se llamaba tu padre Mustapha el sastre?" "Sí, señor", respondió el niño; pero lleva muerto mucho tiempo.

Ante estas palabras, el mago africano echó sus brazos alrededor del cuello de Aladino y lo besó varias veces, con lágrimas en los ojos, y dijo: "Soy tu tío. Tu digno padre era mi propio hermano. Te conocí a primera vista; tú son tan parecidos a él". Luego le dio a Aladdin un puñado de dinero pequeño, diciendo: "Ve, hijo mío, a tu madre, dale mi amor y dile que la visitaré mañana, para ver dónde vivía mi buen hermano tanto". largo, y acabó sus días".

Aladino corrió hacia su madre, feliz por el dinero que su tío le había dado.

"Madre", dijo él, "¿tengo un tío?" "No, niño", respondió su madre, "tú no tienes ningún tío por parte de tu padre ni por parte mía". "Acabo de venir", dijo Aladino, "de un hombre que dice ser mi tío y el hermano de mi padre. Lloró y me besó cuando le dije que mi padre había muerto, y me dio dinero, enviándote su amor. , y prometiendo ir a visitarte, para que pueda ver la casa en la que mi padre vivió y murió". "Ciertamente, niña", respondió la madre, "tu padre no tenía hermano, ni tú tienes un tío".

Al día siguiente el mago encontró a Aladino jugando en otra parte del pueblo, y abrazándolo como antes, le puso dos piezas de oro en la mano y le dijo: "Llévale esto, niño, a tu madre. ven a verla esta noche y pídele que nos traiga algo para la cena; pero primero muéstrame la casa donde vives.

Aladdin le mostró la casa al mago africano y llevó las dos piezas de oro a su madre, quien salió y compró provisiones; y, considerando que necesitaba varios utensilios, los pidió prestados a sus vecinos. Pasó todo el día preparando la cena; y por la noche, cuando estuvo lista, dijo a su hijo: "Tal vez el forastero no sabe cómo encontrar nuestra casa; ve y tráelo, si te encuentras con él".

Aladino estaba listo para irse, cuando el mago llamó a la puerta, y entró cargado de vino y todo tipo de frutas, que trajo de postre. Después de haber entregado lo que trajo a las manos de Aladdin, saludó a su madre y le pidió que le mostrara el lugar donde su hermano Mustapha solía sentarse en el sofá; y cuando ella lo hubo hecho, él se echó y la besó varias veces, gritando con lágrimas en los ojos: "¡Pobre hermano mío! ¡Qué desgraciado soy por no haber venido lo suficientemente pronto para darte un último abrazo!" La madre de Aladdin le pidió que se sentara en el mismo lugar, pero él se negó.

"No", dijo, "no haré eso; pero dame permiso para sentarme frente a él, para que, aunque no vea al dueño de una familia tan querida para mí, al menos pueda contemplar el lugar donde solía sentarse."

Cuando el mago hubo elegido un lugar y se sentó, comenzó a entablar una conversación con la madre de Aladino. "Mi buena hermana", dijo él, "no te sorprendas de no haberme visto nunca en todo el tiempo que has estado casada con mi hermano Mustapha de feliz memoria. He estado cuarenta años ausente de este país, que es mi lugar natal. , así como la de mi difunto hermano, y durante ese tiempo he viajado a las Indias, Persia, Arabia, Siria y Egipto, y luego he cruzado a África, donde establecí mi residencia. Por fin, como es natural para un hombre, deseaba volver a ver mi país natal y abrazar a mi querido hermano, y al ver que tenía fuerzas suficientes para emprender un viaje tan largo, hice los preparativos necesarios y me puse en marcha. de la muerte de mi hermano ¡Pero Dios sea alabado por todo!

Es un consuelo para mí encontrar, por así decirlo, a mi hermano en un hijo que tiene sus rasgos más notables".

El mago africano, al ver que la viuda lloraba al recordar a su marido, cambió la conversación y, volviéndose hacia su hijo, le preguntó: "¿Qué negocio haces? ¿Eres de algún oficio?"

Ante esta pregunta, el joven agachó la cabeza y no se sintió un poco avergonzado cuando su madre respondió: "Aladino es un tipo holgazán. Su padre, cuando vivía, hizo todo lo que pudo para enseñarle su oficio, pero no tuvo éxito; y desde su muerte, a pesar de todo lo que puedo decirle, no hace más que perder el tiempo en las calles, como lo viste, sin considerar que ya no es un niño; y si no lo avergüenzas, yo desesperación de que alguna vez viniera a cualquier

bien. Por mi parte, estoy resuelto, uno de estos días, a echarlo de la casa y dejar que se mantenga a sí mismo".

Después de estas palabras, la madre de Aladino se echó a llorar; y el mago dijo: "Esto no está bien, sobrino; debes pensar en ayudarte a ti mismo y ganarte la vida. Hay muchos tipos de oficios. Tal vez no te guste el de tu padre y prefieras otro; me esforzaré por ayudarte". Si no tiene intención de aprender ningún oficio, tomaré una tienda para usted, la amueblaré con todo tipo de telas finas y ropa de cama, y luego, con el dinero que gane con ellos, podrá comprar artículos nuevos y vivir en de una manera honorable. Dime libremente lo que piensas de mi propuesta; siempre me encontrarás dispuesto a cumplir mi palabra".

Este plan le sentaba bien a Aladdin, que odiaba el trabajo. Le dijo al mago que tenía una mayor inclinación por ese negocio que por cualquier otro, y que le estaría muy agradecido por su amabilidad. "Bueno, entonces", dijo el mago africano, "mañana te llevaré conmigo, te vestiré tan elegantemente como los mejores comerciantes de la ciudad, y después abriremos una tienda como te mencioné".

La viuda, después de sus promesas de bondad a su hijo, ya no dudó de que el mago era el hermano de su marido. Ella le agradeció sus buenas intenciones; y después de haber exhortado a Aladino para que se hiciera digno del favor de su tío, sirvió la cena, en la que hablaron de varios asuntos indiferentes; y luego el mago se despidió y se retiró.

Regresó al día siguiente, como había prometido, y llevó a Aladdin con él a un comerciante, que vendió todo tipo de ropa confeccionada para diferentes edades y rangos, y una variedad de telas finas, y le pidió a Aladdin que eligiera las que prefería. por el que pagó.

Cuando Aladdin se encontró tan bien equipado, le devolvió las gracias a su tío, quien se dirigió a él de esta manera: "Como pronto serás un comerciante, es apropiado que frecuentes estas tiendas y te familiarices con ellas". Luego le mostró las mezquitas más grandes y hermosas, lo llevó a los khans o posadas donde se alojaban los mercaderes y viajeros, y después al palacio del sultán, donde tenía libre acceso; y finalmente lo llevó a su propio khan, donde, al reunirse con algunos comerciantes con los que se había familiarizado desde su llegada, les dio un regalo para que ellos y su supuesto sobrino los conocieran.

Este entretenimiento duró hasta la noche, cuando Aladino se habría despedido de su tío para irse a casa; el mago no lo dejó ir solo, sino que lo condujo a su madre, la cual, en cuanto lo vio tan bien vestido, se llenó de alegría y le dio mil bendiciones al mago.

Temprano a la mañana siguiente, el mago volvió a llamar a Aladino y le dijo que lo llevaría a pasar ese día en el campo y que al siguiente compraría la tienda. Luego lo condujo por una de las puertas de la ciudad, a algunos palacios magníficos, a cada uno de los cuales pertenecían hermosos jardines, en los que cualquiera podía entrar. En cada edificio al que llegaba, le preguntaba a Aladdin si no le parecía bien; y el joven estaba listo para responder, cuando alguien se presentó, gritando: "Aquí hay una casa más hermosa, tío, que cualquiera que hayamos visto hasta ahora". Mediante este artificio, el astuto mago condujo a Aladino de algún modo al interior del país; y

como, queriendo llevarlo más lejos, para ejecutar su designio, aprovechó la oportunidad para sentarse en uno de los jardines, al borde de una fuente de agua clara, que se descargaba por la boca de bronce de un león en un estanque, fingiendo estar cansado. "Ven, sobrino", dijo, "debes estar cansado, como yo; descansenos, y estaremos en mejores condiciones para seguir nuestro camino".

El mago sacó luego de su cinto un pañuelo con tortas y frutas, y durante este breve refrigerio exhortó a su sobrino a dejar las malas compañías, y buscar la de los sabios y prudentes, para mejorar en su conversación; "porque", dijo él, "pronto estarás en el estado del hombre, y no puedes comenzar demasiado pronto a imitar su ejemplo". Cuando hubieron comido todo lo que quisieron, se levantaron y prosiguieron su paseo por huertas separadas unas de otras sólo por pequeños fosos, que marcaban los límites sin interrumpir la comunicación, tanta era la confianza que los habitantes depositaban entre sí. . De esta manera, el mago africano atrajo a Aladino insensiblemente más allá de los jardines y cruzó el país hasta casi llegar a las montañas.

Por fin llegaron entre dos montañas de mediana altura e igual tamaño, divididas por un estrecho valle, que era el lugar donde el mago pretendía ejecutar el designio que lo había traído de África a China. "No iremos más lejos ahora", le dijo a Aladino; "Te mostraré aquí algunas cosas extraordinarias, que, cuando las hayas visto, me las agradecerás; pero mientras enciendo una luz, junta todas las ramas sueltas y secas que veas, para encender un fuego".

Aladdin encontró tantos palos secos que pronto reunió un gran montón. El mago pronto les prendió fuego; y cuando estaban en llamas, arrojó un poco de incienso, pronunciando varias palabras mágicas que Aladino no entendió.

Apenas lo había hecho cuando la tierra se abrió justo ante el mago y descubrió una piedra con un anillo de bronce fijado en ella. Aladino estaba tan asustado que hubiera huido, pero el mago lo agarró y le dio tal bofetada en la oreja que lo derribó. Aladino se levantó temblando y, con lágrimas en los ojos, le dijo al mago: "¿Qué he hecho, tío, para que me traten de esta manera tan severa?" "Soy tu tío", respondió el mago; Yo supliré el lugar de tu padre, y tú no debes responder. Pero, niña —añadió, ablandándose—, no temas, porque nada te pediré, sino que me obedezcas puntualmente, si me lo pides. cosecharíais las ventajas que os pretendo.

Sabed, pues, que bajo esta piedra se esconde un tesoro, destinado a ser vuestro, y que os hará más ricos que el monarca más grande del mundo. A nadie más que a ti se le permite levantar esta piedra o entrar en la cueva; así que debes ejecutar puntualmente lo que te ordene, porque es un asunto de gran importancia tanto para ti como para mí".

Aladdin, asombrado por todo lo que vio y oyó, olvidó lo que había pasado y, levantándose, dijo: "Bueno, tío, ¿qué se debe hacer? Mándame, estoy listo para obedecer". "Estoy muy contento, niño", dijo el mago africano, abrazándolo. "Toma el anillo y levanta esa piedra". "De hecho, tío", respondió Aladino, "no soy lo suficientemente fuerte; debes ayudarme". "No tienes ocasión de mi ayuda", respondió el mago; "si te ayudo, no podremos hacer nada. Toma fuerza

del anillo y levántalo; encontrarás que vendrá fácilmente." Aladino hizo lo que el mago le ordenó, levantó la piedra con facilidad y la colocó a un lado.

Cuando se levantó la piedra, apareció una escalera de unos tres o cuatro pies de profundidad que conducía a una puerta. "Desciende, hijo mío", dijo el mago africano, "esos escalones, y abre esa puerta. Te llevará a un palacio, dividido en tres grandes salones. En cada uno de estos verás cuatro grandes cisternas de bronce colocadas a cada lado, llenas de oro y plata; pero ten cuidado de no entrometerte con ellos. Antes de entrar en el primer salón, asegúrate de arremangarte la túnica, envuélvete con ella y luego pasa por el segundo al tercero sin detenerte. Arriba todas las cosas, tenga cuidado de no tocar las paredes, tanto como con su ropa, porque si lo hace, morirá instantáneamente. Al final del tercer pasillo, encontrará una puerta que da a un jardín, plantado con hermosos árboles cargados de fruta. Cruza directamente el jardín hasta una terraza, donde verás un nicho delante de ti, y en ese nicho una lámpara encendida. Baja la lámpara y apágala. Cuando hayas tirado la mecha y derramó el licor, póngalo en su cintura y tráigamelo.

No temas que el licor estropee tu ropa, porque no es aceite, y la lámpara se secará tan pronto como la tires".

Después de estas palabras, el mago se sacó un anillo del dedo y se lo puso en uno de los de Aladino, diciendo: "Es un talismán contra todo mal, mientras me obedezcas. Ve, pues, con valentía, y ambos seremos ricos". todas nuestras vidas."

Aladdin descendió los escalones y, al abrir la puerta, encontró los tres pasillos tal como los había descrito el mago africano. Los recorrió con toda la precaución que el miedo a la muerte podía inspirar, atravesó el jardín sin detenerse, bajó la lámpara del nicho, arrojó la mecha y el licor, y, como había querido el mago, se lo puso en la cintura. Pero al bajar de la terraza, al ver que estaba perfectamente seca, se detuvo en el jardín para observar los árboles, que estaban cargados de frutos extraordinarios, de diferentes colores en cada árbol.

Algunos dieron frutos completamente blancos, y algunos claros y transparentes como el cristal; algunos de color rojo pálido, y otros más profundo; unos verdes, azules y morados, y otros amarillos; en fin, había fruta de todos los colores. Los blancos eran perlas; los claros y transparentes, diamantes; el rojo intenso, rubíes; los más pálidos, rubíes balas; el verde, esmeraldas; los azules, turquesas; las moradas, amatistas; y el amarillo, topacios. Aladino, ignorante de su valor, hubiera preferido los higos, las uvas o las granadas; pero como tenía permiso de su tío, resolvió juntar algunas de todas clases. Habiendo llenado las dos carteras nuevas que su tío le había comprado con su ropa, envolvió un poco en las faldas de su chaleco y se llenó el pecho tanto como pudo.

Aladino, habiéndose cargado así de riquezas cuyo valor desconocía, volvió por las tres salas con la mayor precaución, y pronto llegó a la boca de la cueva, donde el mago africano lo esperaba con la mayor impaciencia. Tan pronto como Aladino lo vio, gritó: "Por favor, tío, dame tu mano para ayudarme". "Dame la lámpara primero", respondió el mago; "Será problemático para ti". "Ciertamente, tío", respondió Aladino, "no puedo ahora, pero lo haré tan pronto como me levante". El mago africano estaba decidido a tener la lámpara antes de ayudarlo a levantarse; y Aladdin, que se había engordado tanto con su fruta que no podía alcanzarla bien,

se negó a dárselo hasta que estuvo fuera de la cueva. El mago africano, provocado por esta obstinada negativa, se enfureció, arrojó un poco de su incienso al fuego y pronunció dos palabras mágicas, cuando la piedra que había cerrado la boca de la escalera se movió en su lugar, con la tierra. sobre él de la misma manera que yacía a la llegada del mago y Aladino.

Esta acción del mago le reveló claramente a Aladino que no era un tío suyo, sino uno que lo diseñó mal. Lo cierto era que había aprendido de sus libros de magia el secreto y el valor de esta maravillosa lámpara, cuyo dueño se haría más rico que cualquier gobernante terrenal, y de ahí su viaje a China. Su arte también le había dicho que no se le permitía tomarlo él mismo, sino que debía recibirlo como un regalo voluntario de manos de otra persona. Por lo tanto, empleó al joven Aladino y esperaba, mediante una mezcla de bondad y autoridad, hacerlo obediente a su palabra y voluntad. Cuando descubrió que su intento había fracasado, se dispuso a regresar a África, pero evitó la ciudad, no fuera a ser que cualquier persona que lo había visto partir en compañía de Aladino indagara sobre el joven. Aladino, repentinamente envuelto en la oscuridad, lloró y llamó a su tío para decirle que estaba listo para darle la lámpara; pero en vano, ya que no se escuchaban sus gritos. Descendió hasta el pie de la escalinata, con el propósito de entrar en el palacio, pero la puerta, que antes se abría por encantamiento, ahora se cerraba por el mismo medio. Entonces redobló sus llantos y lágrimas, se sentó en los escalones sin ninguna esperanza de volver a ver la luz y con la expectativa de pasar de las tinieblas presentes a una muerte rápida. En esta gran emergencia dijo: "No hay fuerza ni poder sino en el Dios grande y alto"; y al juntar sus manos para orar, frotó el anillo que el mago le había puesto en el dedo. Inmediatamente apareció un genio de aspecto espantoso, y dijo: "¿Qué quieres tener? Estoy listo para obedecerte. Sirvo al que posee el anillo en tu dedo; yo y los demás esclavos de ese anillo". En otro momento, Aladdin se habría asustado al ver una figura tan extraordinaria, pero el peligro en el que se encontraba le hizo responder sin dudar: "Quienquiera que seas, sácame de este lugar".

Tan pronto como hubo dicho estas palabras, se encontró en el mismo lugar donde el mago lo había dejado por última vez, y sin señales de cueva o abertura, ni perturbación de la tierra. Dando gracias a Dios por encontrarse una vez más en el mundo, hizo lo mejor posible su camino a casa. Cuando cruzó la puerta de su madre, la alegría de verla y su debilidad por falta de sustento lo desmayaron tanto que permaneció mucho tiempo como muerto. Tan pronto como se recuperó, contó a su madre todo lo que le había sucedido, y ambos fueron muy vehementes en sus quejas contra el cruel mago. Aladino durmió profundamente hasta tarde a la mañana siguiente, cuando lo primero que le dijo a su madre fue que quería algo de comer y deseaba que ella le diera el desayuno.

"¡Ay, niña!", dijo ella, "no tengo un poco de pan para darte: te comiste todas las provisiones que tenía en la casa ayer; pero tengo un poco de algodón, que he hilado; iré y véndelo, y compra pan y algo para nuestra cena.

"Madre", respondió Aladino, "guarda tu algodón para otro momento, y dame la lámpara que traje a casa conmigo ayer; iré y la venderé, y el dinero que obtendré por ella servirá tanto para el desayuno como para la cena, y tal vez la cena también".

La madre de Aladino tomó la lámpara y le dijo a su hijo: "Aquí está, pero está muy sucia; si estuviera un poco más limpia, creo que traería algo más". Tomó un poco de arena fina y agua para limpiarlo; pero tan pronto como había comenzado a frotarlo, en un instante apareció ante ella un espantoso genio de tamaño gigantesco, y le dijo con voz de trueno: "¿Qué quieres? Estoy dispuesto a obedecerte como a tu esclavo, y el esclavo de todos los que tienen esa lámpara en sus manos; yo y los demás esclavos de la lámpara".

La madre de Aladino, aterrorizada al ver al genio, se desmayó; cuando Aladino, que había visto tal fantasma en la caverna, arrebató la lámpara de la mano de su madre y le dijo al genio con valentía: "Tengo hambre, tráeme algo de comer".

El genio desapareció inmediatamente, y en un instante volvió con una gran bandeja de plata, con doce platos cubiertos del mismo metal, que contenían las más deliciosas viandas; seis grandes tortas de pan blanco en dos platos, dos jarras de vino y dos copas de plata. Todo esto lo colocó sobre una alfombra y desapareció; esto se hizo antes de que la madre de Aladdin se recuperara de su desmayo.

Aladdin había ido a buscar un poco de agua y se la roció en la cara para recuperarla. Si eso o el olor de la carne efectuaron su curación, no pasó mucho tiempo antes de que volviera en sí misma. "Madre", dijo Aladdin, "no tengas miedo; levántate y come; esto es lo que te pondrá en el corazón, y al mismo tiempo satisfará mi hambre extrema".

Su madre se sorprendió mucho al ver la gran bandeja, los doce platos, las seis hogazas, las dos jarras y las copas, y al oler el sabroso olor que exhalaban los platos. "Hija", dijo ella, "¿a quién estamos obligados por esta gran abundancia y liberalidad? ¿Ha conocido el sultán nuestra pobreza y ha tenido compasión de nosotros?" -No importa, madre -dijo Aladino-, sentémonos y comamos, porque tú tienes casi tanta necesidad de un buen desayuno como yo; cuando hayamos terminado, te lo diré.

En consecuencia, tanto la madre como el hijo se sentaron y comieron con más gusto porque la mesa estaba tan bien amueblada. Pero todo el tiempo la madre de Aladino no podía dejar de mirar y admirar la bandeja y los platos, aunque no podía juzgar si eran de plata o de cualquier otro metal, y la novedad más que el valor atrajo su atención.

La madre y el hijo se sentaron a desayunar hasta que llegó la hora de la cena, y entonces pensaron que sería mejor juntar las dos comidas; sin embargo, después de esto descubrieron que les quedaba suficiente para la cena y dos comidas para el día siguiente.

Cuando la madre de Aladino hubo quitado y puesto lo que quedaba, fue y se sentó junto a su hijo en el sofá, diciendo: "Espero que ahora satisfagas mi impaciencia y me digas exactamente lo que pasó entre el genio y tú mientras estaba desmayado"; que cumplió de buena gana.

Estaba tan asombrada por lo que le dijo su hijo como por la aparición del genio; y le dijo: "Pero, hijo, ¿qué tenemos que ver con los genios? Nunca oí que ninguno de mis conocidos haya visto uno. ¿Cómo fue que ese vil genio se dirigió a mí, y no a ti, a quien él había aparecido antes en la cueva?" "Madre", respondió Aladdin, "el genio que viste no es el que se me apareció. Si recuerdas, el que vi por primera vez se llamaba a sí mismo el esclavo de

el anillo en mi dedo; y este que viste se llamó a sí mismo el esclavo de la lámpara que tenías en tu mano; pero creo que no lo oíste, porque creo que te desmayaste tan pronto como él comenzó a hablar.

"¡Qué!" -exclamó la madre-, ¿fue tu lámpara, entonces, la ocasión de que ese genio maldito se dirigiera a mí más que a ti? ¡Ah!, hijo mío, quítala de mi vista y ponla donde quieras. venderlo que correr el riesgo de volver a morir de miedo al tocarlo; y si acepta mi consejo, también se despedirá del anillo y no tendrá nada que ver con los genios, que, como nos ha dicho nuestro profeta, son solo demonios".

"Con tu permiso, madre", respondió Aladdin, "ahora me ocuparé de cómo vender una lámpara que puede ser tan útil tanto para ti como para mí. Ese mago falso y malvado no habría emprendido un viaje tan largo para asegurar este maravilloso lámpara, si no supiera que su valor excede al del oro y de la plata, y ya que la hemos adquirido con honradez, aprovechémosla, sin hacer gran alarde, y excitando la envidia y los celos de nuestros vecinos. Sin embargo, como los genios te asustan tanto, te lo quitaré de la vista y lo pondré donde pueda encontrarlo cuando lo necesite. El anillo no puedo decidirme a separarme, porque sin él nunca me habías vuelto a ver; y aunque estoy vivo ahora, tal vez, si se hubiera ido, podría no estarlo dentro de unos momentos; por lo tanto, espero que me dé permiso para guardarlo y llevarlo siempre en mi dedo.

La madre de Aladino respondió que podía hacer lo que quisiera; por su parte, no quería tener nada que ver con los genios, y nunca más hablaría de ellos.

A la noche siguiente se habían comido todas las provisiones que había traído el genio; y al día siguiente Aladdin, que no podía soportar la idea del hambre, puso uno de los platos de plata debajo de su chaleco, salió temprano a venderlo, y dirigiéndose a un judío que encontró en las calles, lo llevó aparte, y sacando el plato, le preguntó si lo compraría. El astuto judío tomó el plato, lo examinó, y tan pronto como comprobó que era buena plata, le preguntó a Aladino cuánto lo valoraba. Aladdin, que nunca había estado acostumbrado a tal tráfico, le dijo que confiaría en su juicio y honor. El judío estaba algo confundido por este trato sencillo; y dudando si Aladdin entendía el material o el valor total de lo que ofrecía vender, sacó una pieza de oro de su bolsa y se la dio, aunque era solo la sexagésima parte del valor del plato. Aladino, tomando el dinero con mucha avidez, se retiró con tanta prisa que el judío, no contento con la exorbitancia de su ganancia, se enojó porque no había penetrado en su ignorancia, e iba a correr tras él, para tratar de conseguir algo de cambio. de la pieza de oro; pero corría tan rápido, y había llegado tan lejos, que le hubiera sido imposible alcanzarlo.

Antes de irse a casa, Aladino fue a una panadería, compró algunas tortas de pan, cambió su dinero y, a su regreso, le dio el resto a su madre, quien fue y compró provisiones suficientes para que les durara algún tiempo. De esta manera vivieron, hasta que Aladino hubo vendido los doce platos uno a uno, como apremiaba la necesidad, al judío, por el mismo dinero; quien, después de la primera vez, no se atrevió a ofrecerle menos por temor a perder tan buena ganga. Cuando hubo vendido el último plato recurrió a la bandeja, que pesaba diez veces más que los platos, y habría

se lo llevó a su antiguo comprador, pero que era demasiado grande y engorroso; por lo tanto, se vio obligado a llevarlo a casa de su madre, donde, después de que el judío hubo examinado el peso de la bandeja, colocó diez piezas de oro, con lo que Aladino quedó muy satisfecho.

Cuando se gastó todo el dinero, Aladino recurrió de nuevo a la lámpara. Lo tomó en su mano, buscó la parte donde su madre lo había frotado con la arena, lo frotó también, cuando inmediatamente apareció el genio y le dijo: "¿Qué quieres? Estoy listo para obedecerte como tu esclavo, y el esclavo de todos los que tienen esa lámpara en sus manos, yo y los demás esclavos de la lámpara". "Tengo hambre", dijo Aladino; "Tráeme algo de comer". El genio desapareció, y luego regresó con una bandeja, la misma cantidad de platos cubiertos que antes, los dejó y desapareció.

Tan pronto como Aladdin vio que sus provisiones se habían agotado nuevamente, tomó uno de los platos y fue a buscar a su buhonero judío; pero pasando por la tienda de un orfebre, el orfebre, al verlo, lo llamó y le dijo: "Muchacho, me imagino que tienes algo que vender al judío, a quien te veo visitar muchas veces; pero tal vez no sepas que él es el mayor pícaro incluso entre los judíos.

Te daré el valor total de lo que tengas para vender, o te enviaré a otros comerciantes que no te engañarán".

Esta oferta indujo a Aladino a sacar su plato de debajo de su chaleco y mostrárselo al orfebre, quien a primera vista vio que estaba hecho de la plata más fina y le preguntó si se lo había vendido al judío; cuando Aladdin le dijo que le había vendido doce, por una pieza de oro cada uno. "¡Qué villano!" gritó el orfebre. "Pero", agregó, "hijo mío, lo pasado no se puede recordar. Al mostrarte el valor de este plato, que es de la plata más fina que usamos en nuestras tiendas, te mostraré cuánto ha engañado el judío. tú."

El orfebre tomó una balanza, pesó el plato y le aseguró que su plato valdría por peso sesenta piezas de oro, que se ofreció a pagar de inmediato.

Aladdin le agradeció por su trato justo y nunca más fue con otra persona.

Aunque Aladdin y su madre tenían un tesoro inagotable en su lámpara, y podrían haber tenido todo lo que deseaban, vivían con la misma frugalidad que antes, y fácilmente se puede suponer que el dinero por el cual Aladdin había vendido los platos y la bandeja era suficiente para mantenerlos algún tiempo.

Durante este intervalo, Aladino frecuentaba las tiendas de los principales mercaderes, donde vendían telas de oro y plata, linos, telas de seda y joyas, y muchas veces uniéndose a su conversación, adquiría un conocimiento del mundo y un deseo de superación. Por su amistad entre los joyeros, llegó a saber que los frutos que había recogido cuando tomó la lámpara eran, en lugar de cristales de colores, piedras de valor inestimable; pero tuvo la prudencia de no decírselo a nadie, ni siquiera a su madre.

Un día, mientras Aladdin caminaba por la ciudad, escuchó una orden proclamada ordenando a la gente cerrar sus tiendas y casas, y mantenerse dentro de sus casas.

puertas mientras la princesa Buddir al Buddoor, hija del sultán, iba al baño y volvía.

Esta proclama inspiró a Aladino un ávido deseo de ver el rostro de la princesa, el cual decidió satisfacer colocándose detrás de la puerta del baño, para no dejar de ver su rostro.

Aladdin no se había escondido mucho antes de que llegara la princesa. La acompañaba una gran multitud de damas, esclavos y mudos, que caminaban a cada lado y detrás de ella. Cuando estuvo a tres o cuatro pasos de la puerta del baño, se quitó el velo y le dio a Aladdin la oportunidad de ver su rostro por completo.

La princesa era una belleza notable: sus ojos eran grandes, vivos y chispeantes; su sonrisa cautivadora; su nariz impecable; su boca pequeña; sus labios bermellón. Por lo tanto, no es de extrañar que Aladdin, que nunca antes había visto tal resplandor de encantos, estuviera deslumbrado y encantado.

Después de que la princesa pasó y entró en el baño, Aladino salió de su escondite y se fue a casa. Su madre lo percibió más pensativo y melancólico que de costumbre, y le preguntó qué había pasado para que estuviera así, o si estaba enfermo. Luego le contó a su madre toda su aventura y concluyó declarando: "Amo a la princesa más de lo que puedo expresar, y estoy resuelto a pedirla en matrimonio al sultán".

La madre de Aladino escuchó con sorpresa lo que le dijo su hijo; pero cuando habló de pedirle matrimonio a la princesa, ella se echó a reír a carcajadas. "¡Ay, niña!", dijo ella, "¿en qué estás pensando? Debes estar loco para hablar así".

"Te aseguro, madre", respondió Aladino, "que no estoy loco, pero estoy en mi sano juicio. Preví que me reprocharías la locura y la extravagancia, pero debo decirte una vez más que estoy resuelto a exigir el princesa del sultán en matrimonio, ni me desespero del éxito. Tengo a los esclavos de la Lámpara y del Anillo para ayudarme, y sabéis lo poderosa que es su ayuda. Y tengo otro secreto que contaros: esos pedazos de los vidrios, que saqué de los árboles del jardín del palacio subterráneo, son joyas de valor inestimable, y dignas de los más grandes monarcas. Todas las piedras preciosas que los joyeros tienen en Bagdad no se pueden comparar con las mías en tamaño ni en belleza; y estoy seguro de que el ofrecimiento de ellos asegurará el favor del sultán. Tienes un gran plato de porcelana adecuado para contenerlos; tráelo, y veamos cómo se verán, cuando los hayamos arreglado según sus diferentes colores. ."

La madre de Aladino trajo el plato de porcelana, cuando él sacó las joyas de los dos bolsos en que las había guardado, y las colocó en orden según su fantasía. Pero el brillo y el brillo que emitían durante el día, y la variedad de colores, deslumbraron tanto los ojos de la madre como del hijo, que quedaron asombrados sin medida. La madre de Aladino, envalentonada por la vista de estas ricas joyas, y temerosa de que su hijo fuera culpable de mayores extravagancias, cumplió con su pedido y prometió ir temprano a la mañana siguiente al palacio del sultán. Aladdin se levantó antes del amanecer, despertó a su madre, presionándola para que fuera al palacio del sultán y para que la admitieran, si era posible.

antes que el gran visir, los demás visires y los grandes oficiales del estado entraran a tomar asiento en el diván, donde siempre asistía en persona el sultán.

La madre de Aladino tomó el plato de porcelana en el que habían puesto las joyas el día anterior, lo envolvió en dos finas servilletas y se dirigió al palacio del sultán. Cuando llegó a las puertas, acababan de entrar el gran visir, los demás visires y los más distinguidos señores de la corte; pero a pesar de que la multitud era grande, entró en el diván, un salón espacioso, cuya entrada era muy magnífica. Se colocó justo ante el sultán, el gran visir y los grandes señores, quienes se sentaron en consejo a su derecha e izquierda. Varias causas fueron convocadas, según su orden, defendidas y adjudicadas, hasta el momento en que generalmente se disolvía el diván, cuando el sultán, levantándose, volvía a su aposento, acompañado del gran visir; los demás visires y ministros de estado se retiraron entonces, al igual que todos aquellos cuyos negocios los habían llamado allí.

La madre de Aladino, al ver que el sultán se retiraba y toda la gente partía, juzgó con razón que no volvería a sentarse ese día y resolvió irse a casa; y a su llegada dijo con mucha sencillez: "Hijo, he visto al sultán, y estoy muy seguro de que él también me ha visto a mí, porque me puse justo delante de él; pero estaba tan ocupado con los que atendían". por todos lados, que me compadecí de él y me maravillé de su paciencia. Finalmente, creo que estaba muy cansado, porque se levantó de repente y no quiso escuchar a muchos que estaban listos para hablarle, sino que se fue. de lo cual me alegré mucho, porque en verdad comencé a perder toda la paciencia, y estaba muy fatigado de estar tanto tiempo. Pero no pasa nada: volveré mañana; tal vez el sultán no esté tan ocupado.

A la mañana siguiente se dirigió al palacio del sultán con el presente, tan temprano como el día anterior; pero cuando llegó allí encontró cerradas las puertas del diván. Fue seis veces después en los días señalados, colocándose siempre directamente ante el sultán, pero con tan poco éxito como la primera mañana.

Sin embargo, al sexto día, después de que se rompiera el diván, cuando el sultán regresó a su propio apartamento, le dijo a su gran visir: "He observado durante algún tiempo a cierta mujer, que asiste constantemente todos los días que doy audiencia. , con algo envuelto en una servilleta, siempre se pone de pie desde el principio hasta que se separa el público, y finge colocarse justo delante de mí. Si esta mujer llega a nuestro próximo público, no dejéis de llamarla, que Puedo escuchar lo que ella tiene que decir". El gran visir respondió bajando la mano y luego levantándola por encima de su cabeza, lo que significa que estaba dispuesto a perderla si fallaba.

El siguiente día de audiencia, cuando la madre de Aladino fue al diván y se colocó frente al sultán como de costumbre, el gran visir llamó inmediatamente al jefe de los portadores de mazas y, señalándola, le ordenó que la llevara ante el sultán. La anciana siguió inmediatamente al portador de la maza, y cuando llegó junto al sultán, inclinó la cabeza hacia la alfombra que cubría la plataforma del trono, y permaneció en esa postura hasta que él le ordenó que se levantara, lo que ella había hecho apenas. que él le dijo: "Buena mujer, te he observado pararte

muchos días, desde el principio hasta la subida del diván; ¿Qué negocio te trae por aquí?

Después de estas palabras, la madre de Aladino se postró por segunda vez y, cuando se levantó, dijo: "Monarca de los monarcas, te ruego que perdones la osadía de mi petición y que me asegures tu perdón y perdón". "Bien," respondió el sultán: "Te perdonaré, sea lo que fuere, y no sufrirás daño alguno.

Habla con valentía".

Cuando la madre de Aladino hubo tomado todas estas precauciones por temor a la ira del sultán, le contó fielmente la misión a la que la había enviado su hijo, y el hecho que le llevó a hacer tan atrevida petición a pesar de todas sus amonestación.

El sultán escuchó este discurso sin mostrar el menor enfado; pero, antes de que él le diera respuesta, le preguntó qué había traído atado en la servilleta. Tomó el plato de porcelana que había dejado al pie del trono, lo desató y se lo presentó al sultán.

El asombro y la sorpresa del sultán fueron inexpresables al ver tantas joyas grandes, hermosas y valiosas reunidas en el plato. Permaneció durante algún tiempo perdido en la admiración. Por fin, cuando se hubo recuperado, recibió el regalo de manos de la madre de Aladino, diciendo: "¡Qué rico! ¡Qué hermoso!" Después de haber admirado y tocado todas las joyas una tras otra, se volvió hacia su gran visir y, mostrándole el plato, dijo: "¡Mira! ¡Admira! ¡Maravíllate! ¡Y confiesa que tus ojos nunca antes contemplaron joyas tan ricas y hermosas!" El visir estaba encantado. -Bien -continuó el sultán-, ¿qué dices de semejante regalo? ¿No es digno de la princesa, mi hija? ¿Y no debo dárselo a quien la valora a tan alto precio? -No puedo dejar de reconocer -respondió el gran visir- que el presente es digno de la princesa; pero ruego a vuestra majestad que me conceda tres meses antes de que toméis una resolución definitiva. Espero que antes de ese tiempo, hijo mío, a quien que has mirado con tu favor, podrá hacerte un regalo más noble que este Aladino, que es un completo extraño para tu majestad.

El sultán accedió a su pedido y le dijo a la anciana: "Buena mujer, ve a tu casa y dile a tu hijo que estoy de acuerdo con la propuesta que me has hecho; pero no puedo casarme con la princesa, mi hija, hasta dentro de tres meses". la expiración de ese tiempo venga de nuevo".

La madre de Aladino volvió a casa mucho más gratificada de lo que esperaba, y con mucha alegría le contó a su hijo la condescendiente respuesta que había recibido de boca del propio sultán; y que volvería al diván ese día dentro de tres meses.

Aladdin se consideró el más feliz de todos los hombres al escuchar esta noticia, y agradeció a su madre por los esfuerzos que se había tomado en el asunto, cuyo buen éxito era de tanta importancia para su paz que contaba cada día, semana y semana. incluso hora mientras pasaba. Cuando pasaron dos de los tres meses, su madre una noche, no teniendo aceite en la casa, salió a comprar un poco y encontró un regocijo general: las casas vestidas con follaje, sedas y alfombras, y todos esforzándose por mostrar su alegría según su capacidad. Las calles

estaban llenos de oficiales en hábitos de ceremonia, montados en caballos ricamente enjaezados, cada uno asistido por un gran número de lacayos. La madre de Aladino preguntó al comerciante de aceite cuál era el sentido de toda esta preparación de fiesta pública. "¿De dónde vienes, buena mujer", dijo él, "que no sabes que el hijo del gran visir se va a casar esta noche con la princesa Buddir al Buddoor, la hija del sultán? Ella regresará dentro de poco del baño; y estos los oficiales que veis asistirán a la cabalgata al palacio, donde se solemnizará la ceremonia".

La madre de Aladino al escuchar esta noticia corrió a casa muy rápido. "Niña", gritó ella, "estás perdido; ¡la hermosa promesa del sultán quedará en nada! Esta noche, el hijo del gran visir se casará con la princesa Buddir al Buddoor".

Ante este relato, Aladino quedó atónito, y se acordó de la lámpara y del genio que había prometido obedecerle; y sin caer en palabras ociosas contra el sultán, el visir o su hijo, determinó, si era posible, impedir el matrimonio.

Cuando Aladdin hubo entrado en su habitación, tomó la lámpara, la frotó en el mismo lugar que antes, cuando inmediatamente apareció el genio y le dijo: "¿Qué quieres? Estoy listo para obedecerte como tu esclavo; yo y los demás esclavos de la lámpara". "Escúchame", dijo Aladino. "Hasta ahora me has obedecido; pero ahora estoy a punto de imponerte una tarea más difícil. La hija del sultán, que me fue prometida como mi esposa, está casada esta noche con el hijo del gran visir. Tráemelos a ambos aquí inmediatamente que se retiren a su dormitorio".

"Maestro", respondió el genio, "te obedezco".

Aladdin cenó con su madre como era su costumbre, y luego se fue a su propio apartamento y se sentó para esperar el regreso del genio, de acuerdo con sus órdenes.

Mientras tanto, las festividades en honor del matrimonio de la princesa se llevaron a cabo en el palacio del sultán con gran magnificencia. Las ceremonias terminaron por fin, y la princesa y el hijo del visir se retiraron a la alcoba preparada para ellos. Tan pronto como entraron y despidieron a sus asistentes, el genio, el fiel esclavo de la lámpara, con gran asombro y alarma de los novios, tomó la cama y, por un medio invisible para ellos, la transportó. en un instante a la cámara de Aladino, donde lo dejó. "Llévate al novio", dijo Aladino al genio, "y mantenlo prisionero hasta mañana al amanecer, y luego regresa con él aquí". Al quedar Aladino a solas con la princesa, trató de calmar sus temores y le explicó la traición que le había hecho el sultán de su padre. Luego se acostó a su lado, poniendo una cimitarra desenvainada entre ellos, para demostrar que estaba decidido a garantizar su seguridad y a tratarla con el mayor respeto posible. Al romper el día, el genio apareció a la hora señalada, trayendo de vuelta al novio, a quien, al soplar sobre él, había dejado inmóvil y extasiado a la puerta de la cámara de Aladino durante la noche; y, por orden de Aladino, transportó el lecho con la novia y el novio sobre él, por la misma agencia invisible, al palacio del sultán.

En el instante en que el genio había colocado el lecho con los novios en su propia cámara, el sultán se acercó a la puerta para ofrecer sus buenos deseos a su hija.

El hijo del gran visir, que estuvo a punto de morir de frío al permanecer de pie toda la noche en ropa interior, tan pronto como llamaron a la puerta, se levantó de la cama y corrió al vestuario, donde se había desnudado toda la noche. antes.

El sultán, habiendo abierto la puerta, se acercó a la cama, besó a la princesa en la frente, pero se sorprendió mucho al verla tan melancólica. Ella sólo le dirigió una mirada afligida, expresión de una gran aflicción. Sospechó que había algo extraordinario en este silencio, y luego fue inmediatamente a los aposentos de la sultana, le dijo en qué estado había encontrado a la princesa y cómo lo había recibido. —Señor —dijo la sultana—, iré a verla; ella no me recibirá de la misma manera.

La princesa recibió a su madre con suspiros y lágrimas, y signos de profundo abatimiento. Al fin, al imponerle el deber de contarle todos sus pensamientos, dio a la sultana una descripción precisa de todo lo que le sucedió durante la noche; en lo cual la sultana le prescribió la necesidad de silencio y discreción, pues nadie daría crédito a tan extraña historia. El hijo del gran visir, exaltado con el honor de ser yerno del sultán, guardó silencio por su parte, y los acontecimientos de la noche no permitieron que los festejos del día siguiente, en continua celebración, ensombrecieran lo más mínimo. del matrimonio real.

Cuando llegó la noche, la novia y el novio fueron nuevamente atendidos en su cámara con las mismas ceremonias que la noche anterior. Aladino, sabiendo que así sería, ya le había dado sus órdenes al genio de la lámpara; y tan pronto como estuvieron solos, su cama fue removida de la misma manera misteriosa que la noche anterior; y habiendo pasado la noche de la misma manera desagradable, por la mañana fueron conducidos al palacio del sultán. Apenas se habían vuelto a colocar en sus aposentos, el sultán vino a hacer los cumplidos a su hija, cuando la princesa no pudo ocultarle más el desdichado trato al que había sido sometida, y le contó todo lo sucedido, como ya había dicho. lo relacionó con su madre. El sultán, al oír estas extrañas noticias, consultó con el gran visir; y encontrando de él que su hijo había sido sometido a un trato aún peor por una agencia invisible, determinó declarar cancelado el matrimonio, y todas las festividades, que aún habían de durar varios días, anuladas y terminadas.

Este cambio repentino en la mente del sultán dio lugar a diversas especulaciones e informes. Nadie más que Aladino conocía el secreto, y lo guardó con el más escrupuloso silencio; y ni el sultán ni el gran visir, que se habían olvidado de Aladino y su petición, pensaron en lo más mínimo que él tenía algo que ver con las extrañas aventuras que sucedieron a los novios.

El mismo día en que expiraron los tres meses contenidos en la promesa del sultán, la madre de Aladino fue nuevamente al palacio, y se paró en el mismo lugar en

el diván El sultán volvió a reconocerla y ordenó a su visir que la trajera ante él.

Después de haberse postrado, respondió, en respuesta al sultán: "Señor, vengo al cabo de tres meses a pedirte el cumplimiento de la promesa que hiciste a mi hijo". El sultán no pensó que la petición de la madre de Aladdin se le hiciera en serio, o que escucharía más sobre el asunto. Por lo tanto, tomó consejo con su visir, quien sugirió que el sultán debería imponer tales condiciones al matrimonio que nadie en la humilde condición de Aladino podría cumplir.

De acuerdo con esta sugerencia del visir, el sultán respondió a la madre de Aladino: "Buena mujer, es cierto que los sultanes deben cumplir su palabra, y yo estoy dispuesto a cumplir la mía, haciendo feliz a tu hijo en matrimonio con el princesa, mi hija Pero como no puedo casarme con ella sin alguna prueba más de que su hijo puede mantenerla en el estado real, puede decirle que cumpliré mi promesa tan pronto como me envíe cuarenta bandejas de oro macizo, llenas de las mismas joyas que ya me has regalado, y llevadas por igual número de esclavos negros, que serán conducidos por otros tantos esclavos blancos jóvenes y hermosos, todos magníficamente vestidos. En estas condiciones, estoy dispuesto a otorgar el princesa mi hija sobre él; por lo tanto, buena mujer, ve y díselo, y esperaré hasta que me traigas su respuesta".

La madre de Aladino se postró por segunda vez ante el trono del sultán y se retiró. De camino a casa, se rió de sí misma ante la tonta imaginación de su hijo. "¿De dónde", dijo ella, "puede conseguir tantas bandejas de oro y piedras tan preciosas para llenarlas? Está totalmente fuera de su alcance, y creo que esta vez no estará muy complacido con mi embajada". Cuando llegó a casa, llena de estos pensamientos, le contó a Aladdin todas las circunstancias de su entrevista con el sultán y las condiciones en las que él consintió en el matrimonio. "El sultán espera su respuesta de inmediato", dijo ella; y luego agregó, riéndose: "¡Creo que puede esperar lo suficiente!"

"No tanto, madre, como te imaginas", respondió Aladino. "Esta demanda es una mera insignificancia y no será un impedimento para mi matrimonio con la princesa. Me prepararé de inmediato para satisfacer su pedido".

Aladdin se retiró a su propio apartamento y convocó al genio de la lámpara, y le pidió que preparara y presentara inmediatamente el regalo, antes de que el sultán cerrara su audiencia matutina, de acuerdo con los términos en que había sido prescrito. El genio profesó su obediencia al dueño de la lámpara y desapareció. En muy poco tiempo, una caravana de cuarenta esclavos negros, conducida por la misma cantidad de esclavos blancos, apareció frente a la casa en la que vivía Aladino. Cada esclavo negro llevaba sobre su cabeza una vasija de oro macizo, llena de perlas, diamantes, rubíes y esmeraldas. Aladdin luego se dirigió a su madre; "Señora, le ruego que no pierda tiempo; antes de que se levanten el sultán y el diván, quiero que vuelva a palacio con este presente como dote exigido para la princesa, para que juzgue por mi diligencia y exactitud del ardiente y sincero deseo". Tengo que procurarme el honor de esta alianza".

Tan pronto como esta magnífica procesión, con la madre de Aladino a la cabeza, comenzó a marchar desde la casa de Aladino, toda la ciudad se llenó con la multitud de personas deseosas de ver un espectáculo tan grandioso. El porte agraciado, la forma elegante y la maravillosa semejanza de cada esclavo; sus tumbas caminan a la misma distancia entre sí; el brillo de sus cinturones enjoyados, y el brillo de los aigrettes de piedras preciosas en sus turbantes, despertaban la mayor admiración en los espectadores. Como tenían que pasar por varias calles hasta el palacio, todo el camino estaba lleno de filas de espectadores. De hecho, nunca se vio nada tan hermoso y brillante en el palacio del sultán, y las más ricas ropas de los emires de su corte no podían compararse con los costosos vestidos de estos esclavos, a quienes suponían reyes.

Como el sultán, que había sido informado de su llegada, había dado orden para que fueran admitidos, no encontraron ningún obstáculo, sino que entraron en el diván en orden regular, una parte girando a la derecha y la otra a la izquierda. Una vez que todos entraron y formaron un semicírculo ante el trono del sultán, los esclavos negros colocaron las bandejas doradas sobre la alfombra, se postraron, tocando la alfombra con la frente, y al mismo tiempo los esclavos blancos hicieron lo mismo. . Cuando se levantaron, los esclavos negros destaparon las bandejas y luego todos se pararon con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mientras tanto, la madre de Aladdin avanzó al pie del trono y, habiéndose postrado, le dijo al sultán: "Señor, mi hijo sabe que este regalo está muy por debajo de la atención de la princesa Buddir al Buddoor; pero espera, sin embargo, que su majestad lo aceptará, y lo hará agradable a la princesa, y con la mayor confianza que se ha esforzado en ajustarse a las condiciones que quisisteis imponer.

El sultán, abrumado al ver tan magnificencia más que real, respondió sin vacilar a las palabras de la madre de Aladino: "Ve y dile a tu hijo que espero con los brazos abiertos para abrazarlo; y cuanto más se apresure a venir a recibirlo la princesa mi hija de mis manos, mayor placer me hará. Tan pronto como la madre de Aladino se hubo retirado, el sultán puso fin a la audiencia; y levantándose de su trono, ordenó que los asistentes de la princesa vinieran y llevaran las bandejas al aposento de su ama, donde él mismo fue a examinarlas con ella en su tiempo libre. Los ochenta esclavos fueron conducidos al palacio; y el sultán, informando a la princesa de sus magníficos atavíos, ordenó que los trajeran ante su aposento, para que pudiera ver a través de las celosías que no había exagerado en su descripción de ellos.

Mientras tanto, la madre de Aladino llegó a casa y mostró en su aire y semblante las buenas noticias que traía a su hijo. "Hijo mío", dijo ella, "puedes regocijarte de haber llegado a la cima de tus deseos. El sultán ha declarado que te casarás con la princesa Buddir al Buddoor. Te espera con impaciencia".

Aladdin, extasiado con esta noticia, respondió muy poco a su madre, pero se retiró a su habitación. Allí frotó su lámpara y apareció el genio obediente. "Genio", dijo Aladdin, "Ilévame de inmediato a un baño y provéeme la túnica más lujosa y magnífica que jamás haya usado un monarca".

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, el genio lo hizo, así como a sí mismo, invisible, y lo transportó a un hummum del más fino mármol de todos los colores, donde fue desvestido, sin ver quién, en un Magnífico y amplio salón. Luego lo frotaron bien y lo lavaron con varias aguas perfumadas. Después de haber pasado por varios grados de calor, salió como un hombre muy diferente de lo que era antes. Su piel era clara como la de un niño, su cuerpo ligero y libre; y cuando volvió a la sala, encontró, en lugar de su pobre ropa, una túnica cuya magnificencia lo asombró. El genio lo ayudó a vestirse y, cuando terminó, lo transportó de regreso a su propia habitación, donde le preguntó si tenía otras órdenes. "Sí", respondió Aladino; "Tráeme un corcel que supere en belleza y bondad a los mejores en los establos del sultán, con una silla de montar, bridas y otros caparazones que correspondan a su valor. Proporciona también veinte esclavos, tan ricamente vestidos como los que llevaron el presente al sultán. , para caminar a mi lado y seguirme, y veinte más para ir delante de mí en dos filas. Además de estos, trae a mi madre seis esclavas para que la atiendan, tan ricamente vestidas al menos como cualquiera de las de la princesa Buddir al Buddoor, cada una llevando un vestido completo digno de cualquier sultana. Quiero también diez mil piezas de oro en diez bolsas; ve y date prisa.

Tan pronto como Aladino hubo dado estas órdenes, el genio desapareció, pero volvió con el caballo, los cuarenta esclavos, diez de los cuales llevaban cada uno una bolsa que contenía diez mil piezas de oro, y seis esclavas, cada una de las cuales llevaba sobre la cabeza un objeto diferente. vestido para la madre de Aladdin, envuelto en un trozo de tejido plateado, y se los presentó a Aladdin.

Presentó las seis esclavas a su madre, diciéndole que eran sus esclavas y que los vestidos que habían traído eran para su uso. De las diez carteras, Aladdin tomó cuatro, que le dio a su madre, diciéndole que eran para abastecerla de lo necesario; los otros seis los dejó en manos de los esclavos que los trajeron, con orden de arrojarlos a puñados entre la gente que se dirigía al palacio del sultán. A los seis esclavos que llevaban las bolsas también les ordenó marchar delante de él, tres a la derecha y tres a la izquierda.

Cuando Aladdin se hubo preparado así para su primera entrevista con el sultán, despidió al genio e inmediatamente montó en su corcel, comenzó su marcha, y aunque nunca antes había montado a caballo, apareció con una gracia que el jinete más experimentado podría envidiar. La innumerable concurrencia de gente por donde pasaba hacía eco en el aire con sus aclamaciones, sobre todo cada vez que los seis esclavos que llevaban las bolsas arrojaban puñados de oro entre el populacho.

A la llegada de Aladino al palacio, el sultán se sorprendió al encontrarlo más rica y magníficamente ataviado de lo que nunca había estado él mismo, y quedó impresionado por su buena apariencia y su dignidad de modales, que eran tan diferentes de lo que esperaba en el hijo de Aladino. uno tan humilde como la madre de Aladino. Lo abrazó con todas las muestras de alegría, y cuando iba a caer a sus pies, lo tomó de la mano y lo hizo sentar cerca de su trono. Poco después lo condujo, en medio de sonidos de trompetas, hautboys y toda clase de música, a un espectáculo magnífico, en el que el sultán y Aladino comieron solos,

y los grandes señores de la corte, según su rango y dignidad, se sentaban en distintas mesas. Después de la fiesta, el sultán envió a buscar al cadí principal y le ordenó redactar un contrato de matrimonio entre la princesa Buddir al Buddoor y Aladino. Cuando se redactó el contrato, el sultán le preguntó a Aladino si se quedaría en el palacio y completaría las ceremonias del matrimonio ese día.

"Señor", dijo Aladino, "aunque mi impaciencia es grande para acceder al honor que me ha concedido su majestad, le ruego que me permita primero construir un palacio digno de recibir a la princesa su hija. Le ruego que me conceda terreno suficiente cerca de tu palacio, y haré que se complete con la mayor prontitud.

El sultán le concedió a Aladino su pedido y nuevamente lo abrazó. Después de lo cual se despidió con tanta cortesía como si hubiera sido educado y hubiera vivido siempre en la corte.

Aladino regresó a casa en el orden en que había venido, en medio de las aclamaciones del pueblo, que le deseaba toda la felicidad y prosperidad. Tan pronto como desmontó, se retiró a su propia habitación, tomó la lámpara y convocó al genio como de costumbre, quien le profesó lealtad.

"Genio", dijo Aladino, "construye un palacio adecuado para recibir a la princesa Buddir al Buddoor. Que sus materiales estén hechos de nada menos que pórfido, jaspe, ágata, lapislázuli y el mármol más fino. Que sus paredes sean macizas. Ladrillos de oro y plata colocados alternativamente, que cada frente tenga seis ventanas, y que las celosías de estas (excepto una, que debe dejarse sin terminar) estén enriquecidas con diamantes, rubíes y esmeraldas, de modo que excedan a todo lo de este género. visto en el mundo. Que haya un atrio interior y otro exterior delante del palacio, y un espacioso jardín; pero, sobre todas las cosas, preparad un tesoro seguro, y llenadlo de oro y plata. Que haya también cocinas y almacenes, establos llenos de los mejores caballos, con sus palafreneros y palafreneros, y equipo de caza, oficiales, ayudantes y esclavos, tanto hombres como mujeres, para formar un séquito para la princesa y para mí. Ve y ejecuta mis deseos.

Cuando Aladino dio estas órdenes al genio, el sol se puso. A la mañana siguiente, al amanecer, el genio se presentó y, habiendo obtenido el consentimiento de Aladino, lo transportó en un momento al palacio que había construido. El genio lo condujo por todos los aposentos, donde encontró oficiales y esclavos, vestidos de acuerdo con su rango y los servicios a los que estaban destinados. El genio entonces le mostró el tesoro, que fue abierto por un tesorero, donde Aladino vio grandes jarrones de diferentes tamaños, apilados hasta arriba con dinero, alineados alrededor de la cámara. El genio lo condujo desde allí a los establos, donde estaban algunos de los mejores caballos del mundo, y los mozos de cuadra ocupados en acicalarlos; de allí iban a los almacenes, que estaban llenos de todo lo necesario, tanto para comida como para adorno.

Cuando Aladino hubo examinado cada parte del palacio, y en particular el salón con las veinticuatro ventanas, y descubrió que superaba con creces sus expectativas más preciadas, dijo: "Genio, falta una cosa: una alfombra fina para la princesa para caminar desde el palacio del sultán hasta el mío. Acuéstese inmediatamente".

El genio desapareció y Aladdin vio lo que deseaba ejecutado en un instante. El genio luego regresó y lo llevó a su propia casa.

Cuando los porteros del sultán llegaron para abrir las puertas, se sorprendieron al encontrar lo que había sido un jardín desocupado lleno de un magnífico palacio, y una espléndida alfombra que se extendía hasta él desde el palacio del sultán. Le contaron las extrañas noticias al gran visir, quien informó al sultán, quien exclamó: "Debe ser el palacio de Aladino, que le di permiso para construir para mi hija. Ha querido sorprendernos y dejarnos ver qué maravillas puede hacer". hacerse en una sola noche".

Aladdin, al ser transportado por el genio a su propia casa, le pidió a su madre que fuera a la princesa Buddir al Buddoor y le dijera que el palacio estaría listo para su recepción por la noche. Iba acompañada de sus esclavas, en el mismo orden que el día anterior. Poco después de su llegada a los aposentos de la princesa, el propio sultán entró y se sorprendió al encontrarla, a quien conocía como su suplicante en su diván con un disfraz tan humilde, ahora ataviada con más riqueza y suntuosidad que su propia hija. Esto le dio una mejor opinión de Aladdin, quien cuidó tanto de su madre y la hizo compartir su riqueza y honores. Poco después de su partida, Aladino, montado en su caballo y acompañado por su séquito de magníficos asistentes, dejó para siempre la casa paterna y se dirigió al palacio con la misma pompa que el día anterior.

Tampoco se olvidó de llevar consigo la maravillosa lámpara, a la que debía toda su buena fortuna, ni de lucir el anillo que le fue dado como talismán. El sultán agasajó a Aladino con la mayor magnificencia, y por la noche, al concluir las ceremonias matrimoniales, la princesa se despidió del sultán su padre. Bandas de música encabezaban la procesión, seguidas por cien ujieres estatales y otro número similar de mudos negros, en dos filas, con sus oficiales a la cabeza.

Cuatrocientos de los pajes jóvenes del sultán llevaban antorchas a cada lado, lo que, junto con las iluminaciones de los palacios del sultán y de Aladino, lo hacían tan claro como el día. En este orden la princesa, llevada en su litera, y acompañada también por la madre de Aladino, llevada en soberbia litera y atendida por sus esclavas, avanzaba sobre la alfombra que se extendía desde el palacio del sultán hasta el de Aladino. A su llegada, Aladino estaba listo para recibirla en la entrada y la condujo a un gran salón, iluminado con una infinidad de velas de cera, donde se servía un noble banquete. Los platos eran de oro macizo y contenían las viandas más delicadas. Los jarrones, tazones y copas también eran de oro y de exquisita mano de obra, y todos los demás ornamentos y adornos de la sala respondían a esta exhibición. La princesa, deslumbrada al ver tantas riquezas reunidas en un solo lugar, le dijo a Aladino: "Pensé, príncipe, que nada en el mundo era tan hermoso como el palacio del sultán de mi padre, pero la sola vista de este salón es suficiente para mostrar Fui engañado".

Terminada la cena, entró una compañía de bailarinas, que actuaron, según la costumbre del país, cantando al mismo tiempo versos de alabanza a los novios.

Alrededor de la medianoche, la madre de Aladdin condujo a la novia al apartamento nupcial y poco después se retiró.

A la mañana siguiente se presentaron los sirvientes de Aladino para vestirlo, y le trajeron otro hábito, tan rico y magnífico como el del día anterior. Luego mandó preparar uno de los caballos, lo montó y fue en medio de una gran tropa de esclavos al palacio del sultán, para rogarle que comiera en el palacio de la princesa, acompañado por su gran visir y todos los señores de su corte. El sultán consintió complacido, se levantó inmediatamente y, precedido de los principales oficiales de su palacio, y seguido de todos los grandes señores de su corte, acompañó a Aladino.

Cuanto más se acercaba el sultán al palacio de Aladino, más le impresionaba su belleza; pero cuando entró, llegó al salón y vio las vidrieras enriquecidas con diamantes, rubíes, esmeraldas, todas piedras grandes y perfectas, quedó completamente sorprendido y le dijo a su yerno: "Este palacio es uno de las maravillas del mundo; porque ¿dónde en todo el mundo además encontraremos paredes construidas de oro macizo y plata, y diamantes, rubíes y esmeraldas componiendo las ventanas? Pero lo que más me sorprende es que un salón de esta magnificencia se deje con una de sus ventanas incompleta e inacabada". "Señor", respondió Aladdin, "la omisión fue a propósito, ya que deseaba que tuvieras la gloria de terminar este salón". "Acepto amablemente su intención", dijo el sultán, "y daré órdenes al respecto de inmediato".

Después de que el sultán hubo terminado este magnífico entretenimiento provisto para él y su corte por Aladino, se le informó que asistían los joyeros y orfebres; Después de lo cual regresó al salón y les mostró la ventana que estaba sin terminar. "Te envié a buscar", dijo, "para que arregles esta ventana con tanta perfección como las demás. Examínalas bien y haz todo el despacho que puedas".

Los joyeros y orfebres examinaron con gran atención las veintitrés vidrieras, y después de haber consultado entre sí para saber qué podía aportar cada uno, volvieron y se presentaron ante el sultán, cuyo joyero principal, comprometiéndose a hablar por los demás, dijo: "Señor, todos estamos dispuestos a ejercer nuestro mayor cuidado e industria para obedecerte; pero entre todos nosotros no podemos proporcionar suficientes joyas para una obra tan grande". "Tengo más de lo necesario", dijo el sultán; "Ven a mi palacio, y elegirás lo que responda a tu propósito".

Cuando el sultán volvió a su palacio, mandó sacar sus alhajas, y los joyeros se llevaron gran cantidad, sobre todo las que le había regalado Aladino, que pronto usaron, sin adelantar mucho en su trabajo. Vinieron varias veces por más, y en un mes no habían terminado la mitad de su trabajo. En resumen, usaron todas las joyas que tenía el sultán y tomaron prestadas del visir, pero aún así el trabajo no estaba a la mitad.

Aladino, que sabía que todos los esfuerzos del sultán para hacer esta ventana como las demás eran en vano, mandó llamar a los joyeros y orfebres, y no sólo les ordenó que desistieran de su trabajo, sino que les ordenó deshacer lo que habían comenzado y llevar todas sus joyas al sultán y al visir. Deshicieron en pocas horas lo que habían estado haciendo durante seis semanas y se retiraron, dejando a Aladdin solo en el pasillo. Tomó la lámpara que llevaba consigo, la frotó y al cabo de un momento apareció el genio. "Genio", dijo Aladino, "te ordené que

deja imperfecta una de las veinticuatro ventanas de esta sala, y habrás ejecutado mis órdenes puntualmente; ahora quiero que la hagas como los demás." El genio desapareció de inmediato. Aladino salió del salón, y al regresar poco después, encontró la ventana, como él deseaba que fuera, como las demás.

Mientras tanto, los joyeros y orfebres se dirigieron al palacio y fueron presentados a la presencia del sultán, donde el jefe de los joyeros presentó las piedras preciosas que había traído. El sultán les preguntó si Aladino les había dado alguna razón para hacerlo, y respondiendo que no les había dado ninguna, mandó traer un caballo, lo montó y cabalgó hasta el palacio de su yerno, con algunos asistentes a pie, para preguntar por qué había ordenado que se detuviera la finalización de la ventana. Aladdin lo recibió en la puerta, y sin dar ninguna respuesta a sus preguntas lo condujo al gran salón, donde el sultán, para su gran sorpresa, encontró la ventana que había quedado imperfecta para corresponder exactamente con las demás. Creyó al principio que se equivocaba, y examinó las dos ventanas de cada lado, y después las veinticuatro; pero cuando se convenció de que la ventana por la que varios obreros habían trabajado durante tanto tiempo estaba terminada en tan poco tiempo, abrazó a Aladino y lo besó entre los ojos. "Hijo mío", dijo, "¡qué hombre eres para hacer cosas tan sorprendentes siempre en un abrir y cerrar de ojos! No hay tu prójimo en el mundo; cuanto más sé, más te admiro".

El sultán volvía al palacio, y después de esto se asomaba con frecuencia a la ventana para contemplar y admirar el maravilloso palacio de su yerno.

Aladino no se encerraba en su palacio, sino que iba con mucho esplendor, unas veces a una mezquita, otras veces a otra, para rezar, o para visitar al gran visir, o a los principales señores de la corte. Cada vez que salía, hacía que dos esclavos, que caminaban al lado de su caballo, arrojaran puñados de dinero entre la gente a su paso por las calles y plazas. Esta generosidad le ganó el amor y las bendiciones de la gente, y era común que juraran por su cabeza. Así Aladino, mientras rendía todos sus respetos al sultán, se ganaba con su comportamiento afable y liberalidad el afecto del pueblo.

Aladino se había comportado de esta manera varios años, cuando el mago africano, que lo había borrado de su memoria durante algunos años, determinó informarse con certeza si pereció, como suponía, en la cueva subterránea o no. Después de haber recurrido a un largo curso de ceremonias mágicas y haber formado un horóscopo mediante el cual determinar el destino de Aladino, cuál fue su sorpresa al encontrar las apariencias para declarar que Aladino, en lugar de morir en la cueva, había escapado, y ¡Vivía en esplendor real, con la ayuda del genio de la lámpara maravillosa!

Al día siguiente, el mago partió y viajó a toda prisa a la capital de China, donde, a su llegada, se alojó en un khan.

Luego aprendió rápidamente sobre la riqueza, las organizaciones benéficas, la felicidad y el espléndido palacio del Príncipe Aladdin. En cuanto vio el maravilloso tejido, supo que nadie sino los genios, los esclavos de la lámpara, podrían haber realizado tales prodigios; y picado hasta lo más vivo por la alta posición de Aladino, volvió con el khan.

A su regreso recurrió a una operación de geomancia para averiguar dónde estaba la lámpara, si Aladino la llevaba consigo o dónde la había dejado. El resultado de su consulta le informó, con gran alegría, que la lámpara estaba en el palacio. "Bueno", dijo, frotándose las manos con júbilo, "tendré la lámpara y haré que Aladino vuelva a su mezquina condición original".

Al día siguiente el mago se enteró, por el superintendente en jefe del khan donde se alojaba, que Aladino había ido en una expedición de caza, que iba a durar ocho días, de los cuales sólo habían transcurrido tres. El mago no quiso saber más. Resolvió de inmediato sus planes. Fue a un calderero, y pidió una docena de lámparas de cobre: el dueño del taller le dijo que no tenía tantas, pero que si tenía paciencia hasta el día siguiente, las tendría listas. El mago señaló su tiempo y le pidió que cuidara de que fueran hermosos y bien pulidos.

Al día siguiente, el mago pidió las doce lámparas, pagó al hombre su precio completo, las puso en una canasta que colgaba de su brazo y fue directamente al palacio de Aladino. Mientras se acercaba, comenzó a llorar: "¿Quién cambiará las lámparas viejas por unas nuevas?" A su paso, se reunió una multitud de niños, que aullaron y pensaron que él, como todos los que pasaban por casualidad, era un loco o un tonto, para ofrecer cambiar lámparas nuevas por viejas.

El mago africano no tomó en cuenta sus burlas, aullidos, o todo lo que pudieran decirle, pero aun así continuó llorando: "¿Quién cambiará las lámparas viejas por nuevas?" Repitió esto tantas veces, caminando de un lado a otro frente al palacio, que la princesa, que estaba entonces en el salón de las veinticuatro ventanas, oyendo a un hombre gritar algo, y viendo una gran turba agolpándose a su alrededor, envió a una de sus esclavas a saber lo que lloraba.

La esclava volvió riéndose con tanta fuerza que la princesa la reprendió. —Señora —respondió el esclavo, todavía riéndose—, ¿quién puede contener la risa al ver a un anciano con un cesto en el brazo, lleno de hermosas lámparas nuevas, pidiendo que se las cambien por otras viejas? Los niños y la multitud arremolinándose a su alrededor, de modo que apenas puede moverse, hacer todo el ruido que pueden para burlarse de él".

Otra esclava, al oír esto, dijo: "Ahora hablas de lámparas, no sé si la princesa las habrá visto, pero hay una vieja en un estante del guardarropa del Príncipe Aladino, y quienquiera que sea su dueño no querrá". Si la princesa quiere, puede tener el placer de probar si este viejo es tan tonto como para dar una lámpara nueva por una vieja, sin tomar nada a cambio.

La princesa, que desconocía el valor de esta lámpara, y el interés que tenía Aladino en mantenerla a salvo, entró en la broma y ordenó a un esclavo que la tomara y realizara el intercambio. El esclavo obedeció, salió del salón y, apenas llegó a las puertas del palacio, vio al mago africano, lo llamó y, mostrándole la lámpara vieja, dijo: "Dame una lámpara nueva para esto".

El mago nunca dudó pero esta era la lámpara que quería. No podía haber otro igual en este palacio, donde cada utensilio era de oro o plata. Lo arrebató ansiosamente de la mano del esclavo y, hundiéndolo todo lo que pudo en su pecho,

le ofreció su cesta y le pidió que escogiera la que más le gustaba. El esclavo escogió uno y se lo llevó a la princesa; pero tan pronto como se hizo el cambio, el lugar retumbó con los gritos de los niños, burlándose de la locura del mago.

El mago africano ya no se quedó cerca del palacio, ni gritó más: "¡Lámparas nuevas para las viejas!" pero hizo lo mejor que pudo para llegar a su khan. Su fin fue respondido; y con su silencio se deshizo de los niños y de la turba.

Tan pronto como estuvo fuera de la vista de los dos palacios, se apresuró por las calles menos frecuentadas; y, no teniendo más ocasión para sus lámparas o cesta, puso todo en un lugar donde nadie lo viera. Luego, bajando una o dos calles más, caminó hasta llegar a una de las puertas de la ciudad, y siguiendo su camino a través de los suburbios, que eran muy extensos, finalmente llegó a un lugar solitario, donde se detuvo hasta la oscuridad de la noche. como el momento más adecuado para el diseño que tenía en contemplación. Cuando se hizo completamente oscuro, sacó la lámpara de su pecho y la frotó. A esa llamada apareció el genio y dijo: "¿Qué quieres tener? Estoy listo para obedecerte como tu esclavo, y el esclavo de todos aquellos que tienen esa lámpara en sus manos; tanto yo como los demás esclavos de la lámpara. " "Te ordeno", respondió el mago, "que me transportes inmediatamente, y el palacio que tú y los otros esclavos de la lámpara han construido en esta ciudad, con toda la gente en él, a África". El genio no respondió, pero, con la ayuda de los otros genios, los esclavos de la lámpara, inmediatamente lo transportó a él ya todo el palacio al lugar donde se le había pedido que lo llevara.

Temprano a la mañana siguiente cuando el sultán, según la costumbre, fue a contemplar y admirar el palacio de Aladino, su asombro fue ilimitado al comprobar que no se veía por ninguna parte. No podía comprender cómo un palacio tan grande, que había visto claramente todos los días durante algunos años, se desvaneciera tan pronto y no dejara el menor resto atrás. En su perplejidad mandó llamar al gran visir con expedición.

El gran visir, que en secreto no tenía buena voluntad con Aladdin, insinuó su sospecha de que el palacio fue construido por arte de magia, y que Aladdin había hecho de su excursión de caza una excusa para el traslado de su palacio con la misma rapidez con la que había sido erigido. . Indujo al sultán a enviar un destacamento de sus guardias y a capturar a Aladdin como prisionero de estado. Cuando trajeron a su yerno ante él, no quiso oír una palabra de él, sino que ordenó que lo mataran. El decreto causó tanto descontento entre el pueblo, cuyo afecto Aladino se había ganado con sus generosidades y caridades, que el sultán, temeroso de una insurrección, se vio obligado a concederle la vida. Cuando Aladdin se encontró en libertad, se dirigió de nuevo al sultán: "Señor, te ruego que me hagas saber el crimen por el cual he perdido el favor de tu rostro". "Tu crimen", respondió el sultán, "¡desdichado! ¿No lo sabes? Sígueme y te lo mostraré". Luego, el sultán llevó a Aladdin al apartamento desde donde solía mirar y admirar su palacio, y dijo: "Deberías saber dónde estaba tu palacio. ¡Mira! ¡Cuéntame y dime qué ha sido de él!". Aladdin lo hizo y, al estar completamente asombrado por la pérdida de su palacio, se quedó sin palabras. Por fin, recuperándose, dijo: "Es verdad, no veo el palacio. Ha desaparecido; pero no me preocupé de que se lo llevaran. Le ruego que lo haga".

dame cuarenta días, y si en ese tiempo no puedo restituirla, ofreceré mi cabeza para que la dispongas a tu gusto. tú mismo antes que yo".

Aladino salió del palacio del sultán en un estado de extrema humillación.

Los señores que lo habían cortejado en los días de su esplendor ahora se negaron a tener comunicación con él. Durante tres días vagó por la ciudad, despertando el asombro y la compasión de la multitud, preguntando a todos los que encontraba si habían visto su palacio, o si podían contarle algo de él. Al tercer día vagó por el campo y, cuando se acercaba a un río, cayó por la orilla con tanta violencia que frotó con tanta fuerza el anillo que el mago le había dado, aferrándose a la roca para salvarlo. mismo, que inmediatamente apareció el mismo genio que había visto en la cueva donde el mago lo había dejado. "¿Qué quieres tener?" dijo el genio. "Estoy dispuesto a obedecerte como esclavo tuyo, y esclavo de todos los que tienen ese anillo en el dedo; tanto yo como los demás esclavos del anillo".

Aladdin, gratamente sorprendido por una oferta de ayuda tan poco esperada, respondió: "Genio, muéstrame dónde se encuentra ahora el palacio que hice construir, o transpórtalo de vuelta a donde estuvo primero". "Tu orden", respondió el genio, "no está del todo en mi poder; solo soy el esclavo del anillo, y no de la lámpara". "Te ordeno, entonces", respondió Aladdin, "por el poder del anillo, que me transportes al lugar donde se encuentra mi palacio, en cualquier parte del mundo que sea". Tan pronto como estas palabras salieron de su boca, el genio lo transportó a África, en medio de una gran llanura, donde se encontraba su palacio, no muy lejos de una ciudad, y, colocándolo exactamente debajo de la ventana de la casa de la princesa. apartamento, lo dejó.

Ahora bien, sucedió que poco después de que Aladdin fuera transportado por el esclavo del anillo a las cercanías de su palacio, uno de los asistentes de la princesa Buddir al Buddoor, mirando a través de la ventana, lo percibió e instantáneamente se lo dijo a su ama. La princesa, que no podía creer las alegres noticias, se apresuró hacia la ventana y, al ver a Aladino, la abrió de inmediato. El ruido de abrir la ventana hizo que Aladino volviera la cabeza en esa dirección, y al ver a la princesa, la saludó con un aire que expresaba su alegría.

-Para no perder tiempo -le dijo ella-, he mandado que te abran la puerta privada. Entra y sube.

La puerta privada, que estaba justo debajo del apartamento de la princesa, pronto se abrió y Aladdin condujo a la cámara. Es imposible expresar la alegría de ambos al verse después de una separación tan cruel. Después de abrazarse y derramar lágrimas de alegría, se sentaron y Aladino dijo: "Te ruego, princesa, que me digas qué pasó con una vieja lámpara que estaba sobre un estante en mi cámara de ropa".

"¡Pobre de mí!" —respondió la princesa—, temía que nuestra desgracia se debiera a esa lámpara; y lo que más me aflige es que yo he sido la causa de ella. Fui lo suficientemente tonto como para cambiar la lámpara vieja por una nueva, y a la mañana siguiente me encontré en este país desconocido, que me dijeron que es África".

"Princesa", dijo Aladino, interrumpiéndola, "me has explicado todo diciéndome que estamos en África. Solo deseo que me digas si sabes dónde está ahora la vieja lámpara". -El mago africano lo lleva cuidadosamente envuelto en su seno -dijo la princesa-; y esto os lo aseguro, porque lo sacó delante de mí y me lo mostró triunfalmente.

"Princesa", dijo Aladino, "creo que he encontrado los medios para liberarte y recuperar la posesión de la lámpara, de la que depende toda mi prosperidad. Para ejecutar este diseño es necesario que vaya a la ciudad. Lo haré. Regresaré al mediodía y luego te diré lo que debes hacer para asegurar el éxito. Mientras tanto, me disfrazaré y ruego que se abra la puerta privada al primer golpe.

Cuando Aladdin estuvo fuera del palacio, miró a su alrededor por todos lados, y al ver a un campesino que se adentraba en el campo, se apresuró tras él; y cuando lo hubo alcanzado, le hizo una propuesta para cambiarse de ropa, a lo que el hombre accedió. Cuando hubieron hecho el canje, el paisano se ocupó de sus asuntos, y Aladino entró en la ciudad vecina. Después de recorrer varias calles, llegó a esa parte del pueblo donde los comerciantes y artesanos tenían sus calles particulares según sus oficios. Entró en el de los boticarios, y entrando en una de las tiendas más grandes y mejor amuebladas, preguntó al boticario si tenía cierto polvo, que nombró.

El boticario, juzgando a Aladino por su hábito como muy pobre, le dijo que lo tenía, pero que era muy caro. Ante lo cual Aladino, penetrando en sus pensamientos, sacó su bolsa, y mostrándole algo de oro, pidió medio dracma del polvo, que el boticario pesó y le dio, diciéndole que el precio era una pieza de oro. Aladino puso el dinero en su mano y se apresuró al palacio, al que entró de inmediato por la puerta privada. Cuando entró en el aposento de la princesa, le dijo: "Princesa, debes tomar parte en el plan que propongo para nuestra liberación. Debes superar tu aversión al mago, y asumir una actitud muy amistosa hacia él, y pídele que te complazca participando en un entretenimiento en tus aposentos. Antes de que se vaya, pídele que intercambie copas contigo, lo cual él, complacido por el honor que le haces, hará con gusto, cuando debas darle la copa que contiene este polvo. Al beberlo, se dormirá instantáneamente, y obtendremos la lámpara, cuyos esclavos cumplirán todas nuestras órdenes, y nos devolverán a nosotros y al palacio a la capital de China".

La princesa obedeció al máximo las instrucciones de su marido. Asumió una mirada de placer ante la próxima visita del mago y lo invitó a un entretenimiento, que él aceptó de muy buena gana. Al final de la velada, durante la cual la princesa había hecho todo lo posible por complacerlo, le pidió que intercambiara copas con ella y, dando la señal, hizo que le trajeran la copa drogada, que le dio al mago. Se lo bebió por elogio a la princesa hasta la última gota, cuando cayó de espaldas sin vida en el sofá.

La princesa, anticipándose al éxito de su plan, había colocado a sus mujeres desde el gran salón hasta el pie de la escalera, de modo que tan pronto como se corrió la voz de que el mago africano había caído hacia atrás, se abrió la puerta y Aladino. admitido en la sala. La princesa se levantó de su asiento y

corrió encantada a abrazarlo; pero él la detuvo y dijo: "Princesa, retírese a su apartamento y déjeme estar solo, mientras trato de transportarla de regreso a China tan rápido como la trajeron de allí".

Cuando la princesa, sus mujeres y los esclavos salieron del salón, Aladino cerró la puerta y, dirigiéndose directamente al cadáver del mago, abrió su chaleco, sacó la lámpara, que estaba cuidadosamente envuelta, y la frotó. , el genio apareció de inmediato. "Genio", dijo Aladdin, "te ordeno que transportes este palacio instantáneamente al lugar de donde fue traído aquí".

El genio inclinó la cabeza en señal de obediencia y desapareció. Inmediatamente el palacio fue transportado a China, y su remoción sólo se sintió por dos pequeños golpes, uno cuando fue levantado, el otro cuando fue puesto abajo, y ambos en un intervalo de tiempo muy corto.

A la mañana siguiente de la restauración del palacio de Aladino, el sultán miraba por la ventana y lamentaba el destino de su hija, cuando pensó que veía que la vacante creada por la desaparición del palacio se llenaba nuevamente. Al mirar con más atención, se convenció más allá de toda duda de que se trataba del palacio de su yerno. El gozo y la alegría sucedieron al dolor y la tristeza. Inmediatamente ordenó que ensillaran un caballo, el cual montó en ese instante, pensando que no podría apresurarse lo suficiente para llegar al lugar.

Aladino se levantó aquella mañana al amanecer, se puso uno de los hábitos más suntuosos que le permitía su guardarropa, y subió al salón de las veinticuatro ventanas, desde donde vio acercarse al sultán, y lo recibió al pie de la gran escalera, ayudándole a desmontar.

Condujo al sultán al apartamento de la princesa. El padre feliz la abrazó con lágrimas de alegría; y la princesa, por su parte, brindó testimonios similares de su extremo placer. Después de un breve intervalo dedicado a explicaciones mutuas de todo lo sucedido, el sultán devolvió a Aladino a su favor y expresó su pesar por la aparente dureza con que lo había tratado. -Hijo mío -le dijo-, no te disgustes de mis procedimientos contra ti, que nacieron de mi amor paternal, y por eso debes perdonar los excesos a que me precipité. "Señor", respondió Aladino, "no tengo la menor razón para quejarme de su conducta, ya que no hizo nada más que lo que su deber exigía. Este infame mago, el más bajo de los hombres, fue la única causa de mi desgracia".

El mago africano, que así fracasó dos veces en su intento de arruinar a Aladino, tenía un hermano menor, que era un mago tan hábil como él, y lo superaba en maldad y odio a la humanidad. De común acuerdo se comunicaban entre sí una vez al año, por muy separados que estuvieran sus lugares de residencia. El hermano menor, al no haber recibido como de costumbre su comunicación anual, se preparó para tomar un horóscopo y averiguar los procedimientos de su hermano. Él, al igual que su hermano, siempre llevaba consigo un instrumento cuadrado geomántico; preparó la arena, echó las puntas y dibujó las figuras. Al examinar el cristal planetario, descubrió que su hermano ya no vivía, sino que había sido envenenado; y por otra observación, que estaba en la capital del reino de China; también que el

La persona que lo había envenenado era de mala cuna, aunque estaba casado con una princesa, hija de un sultán.

Cuando el mago se hubo enterado de la suerte de su hermano, resolvió inmediatamente vengar su muerte y partió de inmediato para China; donde, después de atravesar sin demora llanuras, ríos, montañas, desiertos y una larga extensión de terreno, llegó después de increíbles fatigas. Cuando llegó a la capital de China, se alojó en un khan. Su arte mágico pronto le reveló que Aladdin era la persona que había sido la causa de la muerte de su hermano. También había oído a todas las personas de renombre de la ciudad hablar de una mujer llamada Fátima, que estaba retirada del mundo, y de los milagros que obraba. Como pensó que esta mujer podría serle útil en el proyecto que había concebido, hizo más averiguaciones minuciosas y pidió que se le informara más particularmente quién era esa santa mujer y qué tipo de milagros realizaba.

"¡Qué!" dijo la persona a quien se dirigía, ¿nunca la has visto ni oído hablar de ella? Es la admiración de todo el pueblo, por sus ayunos, sus austeridades y su vida ejemplar. celda; y en los días que viene al pueblo hace un bien infinito, porque no hay enfermo que no le ponga la mano encima y los cure.

Habiendo averiguado el lugar donde estaba la ermita de la santa mujer, el mago fue de noche y, hundiendo un puñal en su corazón, mató a esta buena mujer. Por la mañana se tiñó el rostro del mismo tono que el de ella, y se vistió con su atuendo, tomando su velo, el gran collar que llevaba alrededor de la cintura y su bastón, se dirigió directamente al palacio de Aladino.

Tan pronto como la gente vio a la santa mujer, tal como se la imaginaban, se reunieron alrededor de él en una gran multitud. Unos suplicaban su bendición, otros besaban su mano, y otros, más reservados, sólo el borde de su manto; mientras que otros, aquejados de alguna enfermedad, se agacharon para que les impusiera las manos, lo cual hizo, murmurando algunas palabras en forma de oración, y, en fin, fingiendo tan bien que todos lo tomaron por la santa mujer. Llegó por fin a la plaza frente al palacio de Aladino. La multitud y el ruido fueron tan grandes que la princesa, que estaba en el salón de las veinticuatro ventanas, lo oyó y preguntó qué sucedía. Una de sus mujeres le dijo que era una gran multitud de personas reunidas alrededor de la santa mujer para ser curadas de enfermedades por la imposición de sus manos.

La princesa, que hacía mucho tiempo que había oído hablar de esta santa mujer, pero nunca la había visto, estaba muy deseosa de tener una conversación con ella; lo cual, al ver el primer oficial, le dijo que era cosa fácil traerla, si ella lo deseaba y lo mandaba; y la princesa, expresando sus deseos, envió inmediatamente cuatro esclavos para la pretendida mujer santa.

Tan pronto como la multitud vio a los asistentes del palacio, se abrieron paso; y el mago, percibiendo también que venían por él, avanzó a su encuentro, lleno de alegría al ver que su trama había tenido tanto éxito. "Santa mujer", dijo uno de los esclavos, "la princesa quiere verte y nos ha enviado por ti". "La princesa

me hace un gran honor", respondió la falsa Fátima; "estoy dispuesta a obedecer sus órdenes", y al mismo tiempo siguió a los esclavos al palacio.

Cuando la fingida Fátima hubo hecho su reverencia, la princesa dijo: "Mi buena madre, una cosa tengo que pedirte, que no me debes negar: que te quedes conmigo, para que me edifiques con tu manera de vivir". , y que pueda aprender de tu buen ejemplo". "Princesa", dijo la falsa Fátima, "te ruego que no pidas lo que no puedo consentir sin descuidar mis oraciones y devoción". "Eso no será un obstáculo para ti", respondió la princesa; Tengo muchos aposentos desocupados; elegirás el que más te guste y tendrás tanta libertad para realizar tus devociones como si estuvieras en tu propia celda.

El mago, que en realidad no deseaba nada más que introducirse en el palacio, donde le sería mucho más fácil ejecutar sus designios, no se excusó mucho tiempo de aceptar la complaciente oferta que le hacía la princesa. "Princesa", dijo él, "cualquiera que sea la resolución que una pobre mujer como yo haya tomado para renunciar a la pompa y grandeza de este mundo, no me atrevo a oponerme a la voluntad y órdenes de una princesa tan piadosa y caritativa".

Ante esto, la princesa, levantándose, dijo: "Ven conmigo; te mostraré los apartamentos vacíos que tengo, para que puedas elegir el que más te guste". El mago siguió a la princesa, y de todos los aposentos que ella le mostró escogió el que era peor, diciendo que era demasiado bueno para él, y que sólo lo aceptaba para complacerla.

Después, la princesa lo habría llevado de nuevo al gran salón para hacerle cenar con ella; pero él, considerando que entonces se vería obligado a mostrar su rostro, que siempre había cuidado de ocultar con el velo de Fátima, y temiendo que la princesa descubriera que él no era Fátima, le rogó encarecidamente que lo disculpara, diciéndole ella que él nunca comía otra cosa que pan y frutas secas, y deseando tomar esa comida ligera en su propio apartamento. La princesa accedió a su pedido, diciendo: "Puedes estar tan libre aquí, buena madre, como si estuvieras en tu propia celda: te ordenaré una cena, pero recuerda que te espero tan pronto como hayas terminado tu comida".

Después de que la princesa hubo cenado y uno de los asistentes envió a buscar a la falsa Fátima, volvió a atenderla.

"Mi buena madre", dijo la princesa, "me llena de alegría ver a una mujer tan santa como tú, que bendecirá este palacio. Pero ahora estoy hablando del palacio, por favor, ¿cómo te gusta? Y antes Te lo muestro todo, dime primero lo que piensas de este salón".

Ante esta pregunta, la falsa Fátima inspeccionó la sala de un extremo al otro. Cuando la hubo examinado bien, dijo a la princesa: "En cuanto a un ser tan solitario como yo, que desconozco lo que el mundo llama bello, puede juzgar, esta sala es verdaderamente admirable; sólo falta una cosa. " "¿Qué es eso, buena madre?" exigió la princesa; "dime, te conjuro. Por mi parte, siempre creí, y he oído decir, que no necesitaba nada; pero si falta, se le proporcionará".

-Princesa -dijo la falsa Fátima con gran disimulo-, perdóname la libertad que me he tomado; pero mi opinión es, si puede tener alguna importancia, que si se colgara un huevo de roc en medio de la cúpula, este salón no tendría paralelo en las cuatro partes del mundo, y tu palacio sería la maravilla del universo".

"Mi buena madre", dijo la princesa, "¿qué es un roc, y dónde se puede conseguir un huevo?" "Princesa", respondió la fingida Fátima, "es un pájaro de tamaño prodigioso, que habita en la cumbre del monte Cáucaso; el arquitecto que construyó tu palacio puede conseguirte uno".

Después que la princesa hubo dado las gracias a la falsa Fátima por lo que ella creyó su buen consejo, conversó con ella sobre otros asuntos; pero no podía olvidar el huevo de roc, que resolvió pedirle a Aladino la próxima vez que visitara sus aposentos. Lo hizo en el transcurso de esa velada, y poco después de entrar, la princesa se dirigió a él así: "Siempre creí que nuestro palacio era el más soberbio, magnífico y completo del mundo: pero ahora te diré lo que es". quiere, y ese es un huevo de roc colgado en medio de la cúpula". "Princesa", respondió Aladino, "es suficiente que pienses que necesita tal adorno; verás por la diligencia que uso para obtenerlo, que no hay nada que no haría por ti".

Aladino dejó en ese momento a la Princesa Buddir al Buddoor, y subió al salón de las veinticuatro ventanas, donde, sacando de su seno la lámpara que, después del peligro al que había estado expuesto, siempre llevaba consigo, lo frotó; sobre lo cual apareció inmediatamente el genio. "Genio", dijo Aladdin, "te ordeno en nombre de esta lámpara, trae un huevo de roc para colgarlo en el medio de la cúpula del salón del palacio".

Aladdin apenas había pronunciado estas palabras cuando el salón tembló como si estuviera a punto de caer; y el genio dijo con voz fuerte y terrible: "¿No es suficiente que yo y los otros esclavos de la lámpara hayamos hecho todo por ti, sino que tú, por una ingratitud inaudita, debes ordenarme que traiga a mi amo y lo cuelgue?" en medio de esta cúpula? Este intento merece que tú, la princesa y el palacio, seáis reducidos inmediatamente a cenizas; pero os salváis porque esta petición no procede de vosotros. Su verdadero autor es el hermano del Mago africano, vuestro enemigo, a quien habéis destruido. Ahora está en vuestro palacio, disfrazado con el hábito de la santa mujer Fátima, a quien ha asesinado; a sugerencia suya, vuestra esposa hace esta perniciosa demanda. Su designio es mataros, por lo tanto, cuídate". Después de estas palabras el genio desapareció.

Aladdin resolvió de inmediato qué hacer. Regresó al aposento de la princesa y, sin mencionar una palabra de lo que había sucedido, se sentó y se quejó de un gran dolor que repentinamente se había apoderado de su cabeza. Al oír esto, la princesa le contó cómo había invitado a la santa Fátima a quedarse con ella, y que ahora estaba en el palacio; y a petición del príncipe, ordenó que la llamaran a ella de inmediato.

Cuando llegó la fingida Fátima, Aladino dijo: "Ven aquí, buena madre; me alegro de verte aquí en un momento tan afortunado. Me atormenta una violenta

dolor en mi cabeza, y pido tu ayuda, y espero que no me niegues la cura que impartes a las personas afligidas".

Diciendo esto, se levantó, pero mantuvo la cabeza baja. La falsa Fátima avanzó hacia él, con la mano todo el tiempo sobre una daga escondida en su cinturón debajo de su túnica; Aladino, al observarlo, le arrebató el arma de la mano, lo atravesó hasta el corazón con su propia daga y luego lo empujó al suelo.

"Mi querido príncipe, ¿qué has hecho?" gritó la princesa sorprendida. "¿Has matado a la santa mujer!" "No, mi princesa", respondió Aladino con emoción, "no he matado a Fátima, sino a un villano, que me habría asesinado si yo no se lo hubiera impedido. Este malvado", agregó, destapándose el rostro, "es el hermano del mago que intentó nuestra ruina. Ha estrangulado a la verdadera Fátima, y se ha disfrazado con sus ropas con la intención de asesinarme".

Aladdin luego le informó cómo el genio le había contado estos hechos, y cuán por poco ella y el palacio habían escapado de la destrucción a través de su traicionera sugerencia que había llevado a su pedido.

Así fue liberado Aladino de la persecución de los dos hermanos, que eran magos. A los pocos años murió el sultán en una buena vejez, y como no dejó hijos varones, le sucedió la princesa Buddir al Buddoor, y ella y Aladino reinaron juntos muchos años, dejando una numerosa e ilustre posteridad.

SINDBAD EL MARINERO

En el reinado del mismo califa, Haroun-al-Raschid, de quien ya hemos oído hablar, vivía en Bagdad un pobre portero llamado Hindbad. Un día, cuando el clima era demasiado caluroso, se empleó para llevar una carga pesada de un extremo al otro del pueblo. Estando muy fatigado, se quitó la carga y se sentó en ella, cerca de una gran mansión.

Estaba muy complacido de haberse detenido en este lugar; pues el agradable olor a madera de aloes y de pastillas que salía de la casa, mezclándose con el olor del agua de rosas, perfumaba y embalsamaba completamente el aire. Además, escuchó desde adentro un concierto de música instrumental, acompañado con las notas armoniosas de los ruiseñores y otras aves. Esta encantadora melodía, y el olor de varios tipos de platos sabrosos, hizo que el portero concluyera que había una fiesta con gran regocijo en su interior. Se acercó a algunos de los sirvientes, a quienes vio de pie junto a la puerta con ropas lujosas, y preguntó el nombre del propietario. "¿Cómo", respondió uno de ellos, "vives en Bagdad y no sabes que esta es la casa de Simbad el Marinero, ese famoso viajero que ha navegado alrededor del mundo. El portero levantó los ojos al cielo y dijo en voz lo suficientemente alta como para ser oído: "Todopoderoso Creador de todas las cosas, ¿considera la diferencia entre Simbad y yo! Estoy expuesto todos los días a fatigas y calamidades, y apenas puedo obtener cebada gruesa. pan para mí y mi familia, mientras el feliz Sindbad gasta inmensas riquezas y lleva una vida de continuo placer.

obtener de Ti mucho tan agradable? ¿Y qué he hecho yo para merecer a uno tan desdichado?

Mientras el portero se entregaba así a su melancolía, un sirviente salió de la casa y, tomándolo del brazo, le ordenó que lo siguiera, porque Simbad, su amo, quería hablar con él. Los sirvientes lo llevaron a un gran salón, donde varias personas se sentaron alrededor de una mesa, cubierta con todo tipo de platos sabrosos. En el extremo superior se sentaba un caballero apuesto y venerable, con una larga barba blanca, y detrás de él se encontraban varios oficiales y criados, todos listos para atender su placer. Esta persona era Sindbad. Hindbad, cuyo temor se acrecentaba al ver tanta gente y un banquete tan suntuoso, saludó temblando a la compañía. Simbad le ordenó que se acercara y, sentándolo a su derecha, le sirvió él mismo y le dio un vino excelente, que abundaba en el aparador.

Ahora bien, Sindbad había oído quejarse al portero a través de la ventana, y esto fue lo que lo indujo a hacer que lo trajeran. Cuando terminó la comida, Sindbad dirigió su conversación a Hindbad, le preguntó su nombre y empleo, y dijo: "Yo Quiero escuchar de tu propia boca lo que dijiste últimamente en la calle.

Ante esta petición, Hindbad agachó la cabeza confundido y respondió: "Mi señor, confieso que mi fatiga me puso fuera de humor y me obligó a pronunciar algunas palabras indiscretas, que le ruego me perdone". -No creas que soy tan injusto -continuó Sindbad- como para ofenderme por semejante queja. Pero debo corregir tu error respecto a mí mismo. Sin duda piensas que he adquirido sin trabajo ni molestias la comodidad y la indulgencia que ahora disfruten. Pero no se equivoquen, no llegué a esta feliz condición sin soportar durante varios años más molestias de cuerpo y de espíritu de las que bien pueden imaginarse. Sí, señores —añadió, dirigiéndose a toda la compañía—, les aseguro que mis sufrimientos han sido de una naturaleza tan extraordinaria que privarían al más avaro de su amor por las riquezas; y como una oportunidad que ahora se ofrece, con su permiso, relataré los peligros que he encontrado, que creo que no serán poco interesante para ti".

EL PRIMER VIAJE

Mi padre era un rico comerciante. Me legó una gran propiedad, que derroché en una vida desenfadada. Rápidamente percibí que estaba malgastando mi tiempo, que es lo más valioso de todas las cosas. Recordé el dicho del gran Salomón, que con frecuencia había oído de mi padre: "Mejor es el buen nombre que el ungüento precioso"; y otra vez, "La sabiduría es buena con una herencia". Decidí andar en los caminos de mi padre, e hice un contrato con algunos comerciantes, y me embarqué con ellos en un barco que habíamos armado en sociedad.

Zarpamos y dirigimos nuestro rumbo hacia las Indias, a través del Golfo Pérsico. Al principio me preocupaba el mareo, pero rápidamente recuperé mi salud. En nuestro viaje tocamos varias islas, donde vendimos o cambiamos nuestras mercancías. Un día estábamos en calma cerca de una pequeña isla, pero poco elevada sobre el nivel del agua, y parecida a un prado verde. El capitán ordenó a su

enrollar las velas y permitir que desembarcaran las personas que así lo desearan. Mientras nos divertíamos comiendo y bebiendo, y reponiéndonos del cansancio de la mar, la isla de repente tembló y nos sacudió terriblemente.

El temblor de la isla se notó a bordo del barco, y se nos pidió que reembarcáramos rápidamente, para que no nos perdiéramos todos; porque lo que tomamos por una isla resultó ser el lomo de un monstruo marino.

Los más ágiles subieron a la balandra, otros se dedicaron a nadar; pero en cuanto a mí, estaba todavía en la isla cuando desapareció en el mar, y sólo tuve tiempo de agarrar un trozo de madera que habíamos sacado del barco para hacer fuego. Mientras tanto, el capitán, habiendo recibido a bordo a los que estaban en la balandra, y tomado algunos de los que nadaban, resolvió aprovechar el vendaval favorable que acababa de levantarse, y izando las velas prosiguió su viaje.

Así estuve expuesto a la merced de las olas el resto de ese día y la noche siguiente. En ese momento descubrí que mi fuerza se había ido y desesperé de salvar mi vida, cuando felizmente una ola me arrojó a una isla. La orilla era alta y accidentada, de modo que apenas podría haberme levantado si no hubiera sido por algunas raíces de árboles que encontré a mi alcance. Cuando salió el sol yo estaba muy débil. Encontré algunas hierbas aptas para comer y tuve la buena suerte de descubrir un manantial de agua excelente. Después de esto avancé más adentro de la isla, y por fin llegué a una hermosa llanura, donde vi algunos caballos comiendo. En mi camino hacia ellos escuché la voz de un hombre, que me preguntó quién era yo. Le conté mi aventura, después de lo cual, tomándome de la mano, me llevó a una cueva, donde había otras personas, no menos asombradas de verme que yo de verlas a ellas.

Comí de algunas provisiones que me ofrecieron, y les pregunté qué hacían en un lugar tan desierto; a lo cual respondieron que eran mozos de cuadra del soberano de la isla, y que todos los años traían allí los caballos del rey para apacentar. Debían volver a casa por la mañana, y si hubiera ido un día después, habría perecido, porque la parte habitada de la isla estaba muy lejos, y me hubiera sido imposible llegar a ella sin un guía.

A la mañana siguiente regresaron a la capital de la isla, me llevaron con ellos y me presentaron a su rey. Me preguntó quién era yo y por qué aventura había llegado a sus dominios. Después de haberlo satisfecho, ordenó que nada me faltara.

Siendo comerciante, frecuentaba a hombres de mi propia profesión, y particularmente preguntaba por aquellos que eran extraños, para que tal vez pudiera escuchar noticias de Bagdad, o encontrar una oportunidad para regresar. Porque la capital del maharajá está situada en la costa del mar y tiene un buen puerto, donde llegan diariamente barcos de las diferentes partes del mundo. Frecuentaba también la sociedad de los indios eruditos, y me deleitaba en oírlos conversar; pero además, me cuidé de hacer mi corte regularmente al Maharaja, y conversé con los gobernadores y pequeños reyes, sus tributarios, que estaban alrededor de él. Me hacen mil preguntas respecto a mi país; y yo, queriendo informarme de sus leyes y costumbres, les pregunté acerca de todo lo que creí digno de saber.

Pertenece a este rey una isla llamada Cassel.

Me aseguraron que todas las noches se oía allí un ruido de tambores, por lo que los marineros imaginaban que era la residencia de Degial. Determiné visitar este maravilloso lugar, y en mi camino vi peces de 100 y 200 codos de largo que causan más temor que daño; porque son tan timoratos que volarán sobre el ruido de dos palos o tablas. Vi también otros peces como de un codo de largo, que tenían cabezas como lechuzas.

Como estaba un día en el puerto después de mi regreso, llegó el barco en el que había embarcado en Bussorah. Inmediatamente conocí al capitán, y fui y le pedí mis fardos. "Soy Sindbad", dije, "y esos fardos marcados con su nombre son míos".

Cuando el capitán me oyó hablar así, "¡Cielos!" exclamó, "¿en quién podemos confiar en estos tiempos? Vi a Sindbad perecer con mis propios ojos, al igual que los pasajeros a bordo, y sin embargo me dices que eres ese Sindbad. ¡Qué descaro es esto! y qué falso cuento para decir, para poseerte de lo que no te pertenece!" "Ten paciencia", le respondí; "hazme el favor de escuchar lo que tengo que decir". El capitán finalmente se convenció de que yo no era un tramposo; porque de su navío venía gente que me conocía, me hacía grandes cumplidos, y expresaba mucho gozo de verme vivo. Por fin me recogió él mismo, y abrazándome, "¡Alabado sea el cielo", dijo, "por tu feliz escape! No puedo expresar la alegría que me proporciona. Ahí están tus bienes; tómalos y haz con ellos lo que quieras".

Saqué lo más valioso de mis fardos y se los presenté al maharajá, quien, conociendo mi desgracia, me preguntó cómo llegué a tales rarezas.

Le informé de las circunstancias de su recuperación. Se alegró de mi buena suerte, aceptó mi regalo y, a cambio, me dio uno mucho más considerable. Después de esto me despedí de él y subí a bordo del mismo barco, después de haber cambiado mis bienes por las mercancías de ese país. Llevé conmigo madera de áloes, sandalias, alcanfor, nuez moscada, clavo, pimienta y jengibre. Pasamos por varias islas, y finalmente llegamos a Bussorah, de donde vine a esta ciudad, con el valor de 100,000 lentejuelas.

Sindbad se detuvo aquí y ordenó a los músicos que continuaran con su concierto, que la historia había interrumpido. Cuando se hizo de noche, Sindbad envió por una bolsa de 100 lentejuelas y, dándosela al portero, dijo: "Toma esto, Hindbad, regresa a tu casa y regresa mañana para escuchar más de mis aventuras". El portero se fue, asombrado del honor que se le hacía y del regalo que le hacía. El relato de esta aventura resultó muy agradable a su mujer e hijos, quienes no dejaron de agradecer lo que la Providencia les había enviado por mano de Simbad.

Hindbad se puso su mejor túnica al día siguiente y volvió al generoso viajero, quien lo recibió con un aire agradable y le dio la bienvenida cordialmente. Cuando llegaron todos los invitados, se sirvió la cena, y se prolongó largo tiempo. Cuando terminó, Sindbad, dirigiéndose a la compañía, dijo: "Señores, tengan el placer de escuchar las aventuras de mi segundo viaje. Merecen su atención aún más que las del primero". Ante lo cual todos callaron, y Simbad procedió.

EL SEGUNDO VIAJE

Me propuse, después de mi primer viaje, pasar el resto de mis días en Bagdad, pero no pasó mucho tiempo antes de que me cansara de una vida indolente y me hice a la mar por segunda vez, con mercaderes de reconocida probidad. Embarcamos a bordo de un buen barco y, después de encomendarnos a Dios, zarpamos. Comerciamos de isla en isla e intercambiamos productos con grandes ganancias. Un día desembarcamos en una isla cubierta de varias clases de árboles frutales, pero no pudimos ver ni hombre ni animal. Caminábamos en los prados, a lo largo de los arroyos que los regaban. Mientras unos se divertían en recoger flores, y otros frutas, yo tomé mi vino y provisiones, y me senté cerca de un arroyo entre dos altos árboles, que formaban una espesa sombra. Hice una buena comida y después me quedé dormido. No puedo decir cuánto tiempo dormí, pero cuando desperté, el barco ya no estaba.

En esta triste condición, estaba dispuesto a morir de dolor.

Grité en agonía, me golpeé la cabeza y el pecho y me tiré al suelo, donde me quedé algún tiempo desesperado. Me reprendí cien veces por no contentarme con el producto de mi primer viaje, que podría haberme bastado para toda la vida. Pero todo esto fue en vano, y mi arrepentimiento llegó demasiado tarde. Por fin me resigné a la voluntad de Dios. Sin saber qué hacer, subí a la copa de un árbol alto, desde el cual miré por todos lados, a ver si descubría algo que me diera esperanzas. Cuando miré hacia el mar no pude ver nada más que cielo y agua; pero mirando por encima de la tierra vi algo blanco; y bajando, tomé las provisiones que me quedaban y fui hacia él, siendo la distancia tan grande que no podía distinguir lo que era.

Al acercarme, pensé que era una cúpula blanca, de una altura y extensión prodigiosas; y cuando llegué a él, lo toqué, y encontré que era muy suave. Di la vuelta para ver si estaba abierto por algún lado, pero vi que no lo estaba, y que no había manera de subir a la cima, ya que era muy suave. Tenía por lo menos cincuenta pasos a la redonda.

En ese momento el sol estaba a punto de ponerse, y de repente el cielo se oscureció como si hubiera estado cubierto por una espesa nube. Me asombré mucho de esta repentina

oscuridad, pero mucho más cuando la encontré ocasionada por un pájaro de un tamaño monstruoso, que venía volando hacia mí. Recordé que a menudo había oído a los marineros hablar de un pájaro milagroso llamado roc, y concebí que la gran cúpula que tanto admiraba debía ser su huevo. En resumen, el pájaro se posó y se posó sobre el huevo. Cuando la vi venir, me arrastré cerca del huevo, de modo que tuve delante de mí una de las patas del pájaro, que era tan grande como el tronco de un árbol.

Me até fuertemente a él con mi turbante, con la esperanza de que el roc me llevara con ella a la mañana siguiente fuera de esta isla desierta. Después de haber pasado la noche en esta condición, el pájaro voló tan pronto como se hizo de día, y me llevó tan alto que no pude distinguir la tierra; después descendió con tanta rapidez que perdí el sentido. Pero cuando me encontré en el suelo, desaté rápidamente el nudo, y apenas lo había hecho, cuando el roc, habiendo tomado una serpiente de longitud monstruosa en su pico, se fue volando.

El lugar donde me dejó estaba rodeado por todos lados por montañas, que parecían elevarse por encima de las nubes, y tan empinadas que no había posibilidad de subir.

salir del valle. Esta era una nueva perplejidad; de modo que cuando comparé este lugar con la isla desierta de donde me había traído el roc, descubrí que no había ganado nada con el cambio.

Mientras caminaba por este valle, percibí que estaba cubierto de diamantes, algunos de los cuales eran de un tamaño sorprendente. Me complacía mirarlos; pero pronto vi a la distancia objetos que disminuyeron mucho mi satisfacción, y que no podía ver sin terror, a saber, un gran número de serpientes, tan monstruosas que la menor de ellas era capaz de tragarse un elefante. Se retiraban durante el día a sus guaridas, donde se escondían del roc, su enemigo, y salían solo de noche.

Pasé el día paseando por el valle, descansando a veces en los lugares que creí más convenientes. Cuando llegó la noche, entré en una cueva, donde pensé que podría descansar a salvo. Aseguré la entrada, que era baja y estrecha, con una gran piedra, para preservarme de las serpientes, pero no tanto como para excluir la luz. Cené parte de mis provisiones, pero las serpientes, que empezaron a silbar a mi alrededor, me dieron tal miedo que no dormí. Cuando apareció el día, las serpientes se retiraron y yo salí de la cueva temblando. Puedo decir con justicia que caminé sobre diamantes, sin sentir ninguna inclinación a tocarlos. Por fin me senté y, a pesar de mis aprensiones, sin haber cerrado los ojos durante la noche, me quedé dormido después de haber comido un poco más de mis provisiones. Pero apenas había cerrado los ojos cuando algo que cayó a mi lado con gran ruido me despertó. Este era un gran trozo de carne cruda; y al mismo tiempo vi a varios otros caer de las rocas en diferentes lugares. Siempre había considerado fabuloso lo que había oído a los marineros y otros relatar del valle de los diamantes, y de las estratagemas empleadas por los comerciantes para obtener joyas de allí; pero ahora descubrí que no habían dicho nada más que la verdad. Porque el hecho es que los mercaderes vienen a las cercanías de este valle, cuando las águilas tienen crías, y arrojando grandes pedazos de carne en el valle, los diamantes, sobre cuyas puntas caen, se les pegan; las águilas, que son más fuertes en este país que en ninguna otra parte, se abalanzan con mucha fuerza sobre aquellos pedazos de carne y los llevan a sus nidos en los precipicios de las rocas para alimentar a sus crías: los mercaderes en esta hora corren a sus nidos, perturban y ahuyentad las águilas con sus gritos, y quitad los diamantes que se pegan a la carne.

Percibí en este dispositivo el medio de mi liberación.

Después de reunir los diamantes más grandes que pude encontrar y ponerlos en la bolsa de cuero en la que solía llevar mis provisiones, tomé el mayor de los trozos de carne, lo até con la tela de mi turbante y luego Me acosté en el suelo, boca abajo, y la bolsa de diamantes se ató a mi cinturón.

Apenas me había colocado en esta postura, cuando una de las águilas, habiéndoseme levantado con el trozo de carne al que estaba atado, me llevó a su nido en la cima de la montaña. Los mercaderes inmediatamente comenzaron a gritar para asustar a las águilas; y cuando los hubieron obligado a dejar su presa, uno de ellos vino al nido donde yo estaba. Se alarmó mucho cuando me vio; pero

recuperándose, en lugar de preguntar cómo llegué allí, comenzó a pelear conmigo y me preguntó por qué le robé sus bienes. "Me tratarás", respondí, "con más cortesía, cuando me conozcas mejor. No te inquietes, tengo suficientes diamantes para ti y para mí, más que todos los demás comerciantes juntos.

Todo lo que tienen se lo deben al azar; pero seleccioné para mí, en el fondo del valle, los que ves en esta bolsa. Apenas había terminado de hablar, cuando los otros comerciantes se agolparon a nuestro alrededor, muy asombrados de verme; pero se sorprendieron mucho más cuando Les conté mi historia.

Me condujeron a su campamento; y allí, habiendo abierto mi bolsa, se sorprendieron de la grandeza de mis diamantes, y confesaron que nunca habían visto ninguno de tal tamaño y perfección. Rogué al mercader propietario del nido al que me habían llevado (porque cada mercader tenía el suyo) para que tomara tantos como quisiera de su parte. Se contentó con uno, y eso, también, el menor de ellos; y cuando lo presioné para que tomara más, sin temor a hacerme ningún daño, "No", dijo, "estoy muy satisfecho con esto, que es lo suficientemente valioso como para ahorrarme la molestia de hacer más viajes, y lo haré". levantar una fortuna tan grande como yo deseo".

Pasé la noche con los comerciantes, a quienes les conté mi historia por segunda vez, para satisfacción de los que no la habían oído. No pude moderar mi alegría cuando me encontré librado del peligro que he mencionado. Me creí en un sueño, y apenas podía creerme fuera de peligro.

Los mercaderes habían arrojado sus piezas de carne al valle durante varios días; y contentos cada uno de ellos con los diamantes que le habían caído en suerte, salimos del lugar a la mañana siguiente, y anduvimos cerca de altas montañas, donde había serpientes de prodigiosa longitud, de las cuales tuvimos la dicha de escapar. Embarcamos en el primer puerto al que llegamos y tocamos la isla de Roha, donde crecen los árboles que producen alcanfor. Este árbol es tan grande, y sus ramas tan gruesas, que cien hombres fácilmente pueden sentarse bajo su sombra. El jugo de que se hace el alcanfor sale de un agujero practicado en la parte superior del árbol, se recibe en un recipiente, donde se espesa hasta una consistencia, y se convierte en lo que llamamos alcanfor. Después de extraer el jugo, el árbol se marchita y muere.

En esta isla también se encuentra el rinoceronte, un animal menor que el elefante, pero más grande que el búfalo.

Tiene un cuerno sobre su nariz, como de un codo de largo; este cuerno es macizo y hendido por la mitad. El rinoceronte pelea con el elefante, le clava el cuerno en el vientre y se lo lleva sobre la cabeza; pero la sangre y la grasa del elefante le chorrean por los ojos y lo ciegan, y cae al suelo; y luego, por extraño que parezca, el roc viene y se los lleva a ambos con sus garras para alimentar a sus crías.

Paso por alto muchas otras cosas peculiares de esta isla, no sea que os canse. Aquí cambié algunos de mis diamantes por mercancía.

Desde allí nos dirigimos a otras islas, y finalmente, habiendo tocado varias ciudades comerciales del continente, desembarcamos en Bussorah, de donde procedí.

a Bagdad. Allí inmediatamente di grandes presentes a los pobres, y viví honorablemente de las vastas riquezas que había comprado y ganado con tanto cansancio.

Así Sinbad terminó la relación del segundo viaje, dio a Hindbad otras cien lentejuelas y lo invitó a que viniera al día siguiente para escuchar el relato del tercero.

EL TERCER VIAJE

Pronto me cansé de nuevo de vivir una vida de ociosidad, y endureciéndome contra la idea de cualquier peligro, me embarqué con algunos comerciantes en otro largo viaje. Tocamos en varios puertos, donde comerciamos. Un día nos sorprendió una terrible tempestad que nos desvió de nuestro rumbo.

La tormenta continuó varios días y nos llevó ante el puerto de una isla, en la cual el capitán no quería entrar; pero nos vimos obligados a echar el ancla. Cuando hubimos plegado nuestras velas, el capitán nos dijo que esta y otras islas vecinas estaban habitadas por peludos salvajes, que nos atacarían rápidamente; y aunque no eran más que enanos, sin embargo, no debemos oponer resistencia, porque eran más numerosos que las langostas; y si por casualidad matáramos a uno, todos caerían sobre nosotros y nos destruirían.

Pronto descubrimos que lo que el capitán nos había dicho era demasiado cierto. Una multitud innumerable de espantosos salvajes, como de dos pies de altura, cubiertos por completo de pelo rojo, vino nadando hacia nosotros y rodeó nuestro barco. Parloteaban cuando se acercaban, pero no entendíamos su idioma. Treparon por los costados del barco con tal agilidad que nos sorprendieron. Desmontaron nuestras velas, cortaron el cable, y tirando a la orilla, nos hicieron salir a todos, y después llevaron el barco a otra isla, de donde habían venido. A medida que avanzábamos, vimos a lo lejos una gran pila de edificios y nos dirigimos hacia ella.

Hallamos que era un palacio elegantemente construido y muy alto, con una puerta de ébano de dos hojas, que abrimos. Vimos ante nosotros un gran apartamento, con un porche, que tenía a un lado un montón de huesos humanos y al otro una gran cantidad de asadores. Temblamos ante este espectáculo, y nos invadió una aprensión mortal, cuando de repente la puerta del apartamento se abrió con un fuerte estruendo y salió la horrible figura de un hombre negro, tan alto como una alta palmera. Tenía un solo ojo, y eso en el medio de su frente, donde ardía brillante como un carbón encendido. Sus dientes delanteros eran muy largos y afilados, y sobresalían de su boca, que era tan profunda como la de un caballo. Su labio superior colgaba sobre su pecho. Sus orejas se parecían a las de un elefante y cubrían sus hombros; y sus uñas eran tan largas y torcidas como las garras de las aves más grandes.

A la vista de un genio tan espantoso, quedamos insensibles y yacíamos como muertos.

Por fin nos recuperamos y lo vimos sentado en el porche mirándonos.

Después de considerarnos bien, avanzó hacia nosotros y, poniendo su mano sobre mí, me tomó por la nuca y me dio la vuelta, como un carnicero haría con la cabeza de una oveja. Después de haberme examinado y verme tan flaco que no tenía más que piel y huesos, me dejó ir. Él tomó todo el resto

uno por uno, y los vio de la misma manera. Siendo el capitán el más gordo, lo sujetó con una mano, como yo haría con un gorrión, y le atravesó con un espetón; luego encendió un gran fuego, lo asó y se lo comió en su apartamento para la cena. Habiendo terminado su comida, volvió a su porche, donde se tumbó y se durmió, roncando más fuerte que un trueno. Así durmió hasta la mañana. En cuanto a nosotros, no nos fue posible disfrutar de ningún descanso, de modo que pasamos la noche en la más dolorosa aprensión que se pueda imaginar. Cuando apareció el día, el gigante se despertó, se levantó, salió y nos dejó en el palacio.

La noche siguiente decidimos vengarnos del gigante brutal, y lo hicimos de la siguiente manera. Después de haber terminado de nuevo su cena inhumana en otro de nuestros marineros, se tumbó boca arriba y se durmió. Tan pronto como le oímos roncar según su costumbre, nueve de los más atrevidos entre nosotros y yo, tomamos un espetón a cada uno de nosotros, y poniendo las puntas de ellos en su fuego hasta que estaban ardiendo, se las metimos en el ojo. todo a la vez, y lo cegó. El dolor le hizo estallar en un grito espantoso: se sobresaltó y estiró las manos para sacrificar a algunos de nosotros a su ira; pero corrimos a lugares a los que él no podía llegar; y después de habernos buscado en vano, buscó a tientas la puerta y salió aullando de dolor.

Inmediatamente dejamos el palacio y llegamos a la orilla, donde hicimos algunas balsas, cada una lo suficientemente grande para llevar a tres hombres, con algo de madera que había en grandes cantidades. Esperamos hasta que amaneciera para alcanzarlos, porque esperábamos que si el gigante no aparecía al salir el sol y dejaba de dar sus aullidos, que aún oíamos, resultaría estar muerto; y si así fuere, resolvimos quedarnos en aquella isla, y no arriesgar la vida en las balsas. Pero apenas había aparecido el día cuando vimos a nuestro cruel enemigo, acompañado de otros dos, casi del mismo tamaño, conduciéndolo; y un gran número más venía delante de él a paso rápido.

No dudamos en subir a nuestras balsas, y nos hicimos a la mar con toda la rapidez que pudimos. Los gigantes, que vieron esto, tomaron grandes piedras y, corriendo a la orilla, entraron en el agua hasta el medio, y arrojaron tan exactamente que hundieron todas las balsas excepto en la que yo estaba; y todos mis compañeros excepto los dos conmigo, se ahogaron. Remamos con todas nuestras fuerzas y salimos del alcance de los gigantes. Pero cuando salimos al mar, quedamos expuestos a la merced de las olas y los vientos, y pasamos ese día y la noche siguiente bajo la más dolorosa incertidumbre sobre nuestro destino; pero a la mañana siguiente tuvimos la suerte de ser arrojados a una isla, donde desembarcamos con mucha alegría. Encontramos excelente fruto, que nos proporcionó un gran alivio y recuperó nuestra fuerza.

Por la noche nos fuimos a dormir a la orilla del mar; pero fueron despertados por el ruido de una serpiente de sorprendente longitud y grosor, cuyas escamas crujían mientras se enroscaba. Se tragó a uno de mis camaradas, a pesar de sus fuertes gritos y los esfuerzos que hizo para salir de él; arrojándolo varias veces contra el suelo, lo aplastó, y pudimos oírlo roer y desgarrar los huesos del pobre hombre, aunque habíamos huido a una distancia considerable. Al día siguiente, con gran terror nuestro, volvimos a ver a la serpiente, cuando exclamé: "¡Oh Cielo, a qué peligros estamos expuestos! Nos regocijamos ayer de haber

escapados de la crueldad de un gigante y de la furia de las olas, ahora caímos en otro peligro igualmente espantoso".

Mientras caminábamos, vimos un árbol grande y alto, sobre el cual planeamos pasar la noche siguiente para nuestra seguridad; y habiendo satisfecho nuestra hambre con fruta, la montamos en consecuencia. Poco después la serpiente llegó silbando al pie del árbol; se levantó contra el tronco y, encontrándose con mi camarada, que estaba sentado más bajo que yo, se lo tragó de inmediato y se fue.

Permanecí en el árbol hasta que se hizo de día, y luego bajé, más como un muerto que como un vivo, esperando el mismo destino con mis dos compañeros. Esto me llenó de horror, y avancé algunos pasos para tirarme al mar; pero resistí este dictado de la desesperación y me sometí a la voluntad de Dios, que dispone de nuestras vidas a su antojo.

Mientras tanto, recogí una gran cantidad de madera pequeña, zarzas y espinos secos, y los hice haces de leña, hice un amplio círculo con ellos alrededor del árbol y también até algunos a las ramas sobre mi cabeza. Hecho esto, cuando llegó la noche, me encerré en este círculo, con la melancólica satisfacción de no haber descuidado nada que pudiera preservarme del destino cruel con que me amenazaban. La serpiente no dejó de venir a la hora acostumbrada, y rodeó el árbol buscando una oportunidad para devorarme, pero se lo impidió el muro que yo había hecho; de modo que se quedó tendido hasta el día, como un gato que acecha en vano a un ratón que afortunadamente ha llegado a un lugar seguro.

Cuando apareció el día se retiró, pero no me atreví a dejar mi fuerte hasta que salió el sol.

Dios se compadeció de mi estado desesperado; porque en el momento en que iba, en un ataque de desesperación, a tirarme al mar, vi a lo lejos un barco. Llamé tan fuerte como pude y, desdoblado el lino de mi turbante, lo mostré para que pudieran observarme. Esto tuvo el efecto deseado; la tripulación me percibió, y el capitán envió su bote por mí. Tan pronto como subí a bordo, los mercaderes y marineros me rodearon para saber cómo llegué a esa isla desierta; y después que les hube contado todo lo que me había acontecido, los mayores de ellos dijeron que habían oído hablar varias veces de los gigantes que moraban en aquella isla, que eran caníbales; y en cuanto a las serpientes, añadían que había abundancia en la isla; que se escondían de día y salían de noche. Después de haber testimoniado su alegría por haberme escapado de tantos peligros, me trajeron lo mejor de sus provisiones; y me llevó ante el capitán, quien, viendo que yo estaba en harapos, me dio uno de sus propios trajes. Mirándolo fijamente, supe que era la persona que, en mi segundo viaje, me había dejado en la isla donde me dormí, y navegó sin mí, o envió a buscarme.

No me extrañó que él, creyéndome muerto, no me reconociera.

"Capitán", le dije, "mírame, y sabrás que soy Sindbad, a quien dejaste en esa isla desierta".

Habiéndome considerado atentamente, el capitán me reconoció.

"¡Alabado sea Dios!" dijo, abrazándome; Me alegro de que la fortuna haya rectificado mi falta. Están tus bienes, que siempre cuidé de conservar.

Se los quité y le hice mis agradecimientos por cuidarlos.

Continuamos en el mar durante algún tiempo, tocamos en varias islas, y finalmente desembarcamos en la de Salabat, donde se obtiene el sándalo, que se usa mucho en medicina.

De la isla de Salabat pasamos a otra, donde me proveí de clavo, canela y otras especias. Cuando navegábamos de esta isla, vimos una tortuga de veinte codos de largo y ancho. Observamos también un animal anfibio como una vaca, que daba leche; su piel es tan dura que suelen hacer de ella rodela. Vi otro, que tenía la forma y el color de un camello.

En resumen, después de un largo viaje, llegué a Bussorah y de allí regresé a Bagdad con tanta riqueza que no sabía su extensión. Di mucho a los pobres y compré otra propiedad considerable además de la que ya tenía.

Así Sindbad terminó la historia de su tercer viaje. Le dio otras cien lentejuelas a Hindbad y lo invitó a cenar nuevamente al día siguiente para escuchar.

EL CUARTO VIAJE

Después de haber descansado de los peligros de mi tercer viaje, mi pasión por el comercio y mi amor por la novedad pronto prevalecieron de nuevo. Por lo tanto, arreglé mis asuntos y proporcioné un stock de mercancías adecuado para el tráfico que pensaba emprender. Tomé la ruta de Persia, viajé por varias provincias y luego llegué a un puerto, donde me embarqué. Al hacernos a la mar, fuimos alcanzados por una ráfaga de viento tan repentina que obligó al capitán a bajar sus vergas y tomar todas las demás precauciones necesarias para evitar el peligro que nos amenazaba. Pero todo fue en vano; nuestros esfuerzos no surtieron efecto; las velas se partieron en mil pedazos, y la nave quedó varada; varios de los comerciantes y marineros se ahogaron y el cargamento se perdió.

Tuve la buena fortuna, con varios de los mercaderes y marineros, de subir a unos tablones, y la corriente nos llevó a una isla que se extendía ante nosotros. Allí encontramos fruta y agua de manantial, que nos conservó la vida. Permanecimos toda la noche cerca del lugar donde nos habían arrojado a tierra.

A la mañana siguiente, tan pronto como salió el sol, exploramos la isla y vimos algunas casas, a las que nos acercamos. Tan pronto como nos acercamos, nos rodeó una gran cantidad de negros, que nos agarraron, nos repartieron entre ellos y nos llevaron a sus respectivas habitaciones.

Yo y cinco de mis camaradas fuimos llevados a un lugar; aquí nos hicieron sentar, y nos dieron cierta hierba, la cual nos hicieron señas para que comiéramos. Mis camaradas sin darse cuenta de que los negros no comían nada, pensaban solo en saciar su hambre y comían con avidez. Pero yo, sospechando algún truco, ni siquiera quise probarlo, lo que me sucedió bien; porque poco tiempo después vi que mis compañeros habían perdido el sentido, y que cuando me hablaban no sabían lo que decían.

Los negros nos dieron de comer después arroz preparado con aceite de coco; y mis camaradas, que habían perdido la razón, comieron con avidez. Yo también lo tomé, pero

con mucha moderación. Aquella yerba nos la dieron en un principio con el propósito de despojarnos de nuestros sentidos, para que no nos demos cuenta del triste destino que nos tiene preparado; y nos abastecían de arroz para engordarnos; porque, siendo caníbales, su propósito era comernos tan pronto como engordáramos. Así sucedió, pues devoraron a mis camaradas, que no se dieron cuenta de su condición; pero siendo mis sentidos completos, fácilmente puedes adivinar que en lugar de engordar, como lo hicieron los demás, enflaquecí cada día más. El miedo a la muerte bajo el cual trabajaba convirtió toda mi comida en veneno. Caí en una enfermedad que languidecía, lo que probó mi seguridad; porque los negros, habiendo matado y comido a mis compañeros, viéndome marchito, flaco y enfermo, aplazaron mi muerte.

Mientras tanto tuve mucha libertad, de modo que apenas se tomó nota de lo que hacía, y esto me dio la oportunidad un día de alejarme de las casas y hacer mi escape. Un anciano que me vio y sospechó de mi designio, me gritó lo más fuerte que pudo para que regresara; pero en lugar de obedecerle, redoblé mi velocidad y rápidamente me perdí de vista. A esa hora no había más que el anciano por las casas, los demás estaban fuera y no volvían hasta la noche, que era costumbre entre ellos. Por tanto, estando seguro de que no llegarían a tiempo para perseguirme, seguí hasta la noche, en que me detuve a descansar un poco y a comer algunas de las provisiones que había tomado; pero volví a ponerme en marcha rápidamente y viajé siete días, evitando aquellos lugares que parecían estar habitados, y vivía en su mayor parte de cocos, que me servían tanto de comida como de bebida. Al octavo día me acerqué al mar y vi a unos blancos como yo recogiendo pimienta, de la cual había gran abundancia en aquel lugar. Esto lo tomé como un buen augurio, y fui a ellos sin ningún escrúpulo.

Los recolectores de pimienta vinieron a mi encuentro en cuanto me vieron y me preguntaron en árabe quién era y de dónde venía. Me alegré mucho de oírles hablar en mi propio idioma, y satisface su curiosidad contándoles mi naufragio y cómo caí en manos de los negros. "Esos negros", respondieron, "comen hombres; ¿y por qué milagro escapaste de su crueldad?" Les conté las circunstancias que acabo de mencionar, de lo que quedaron maravillosamente sorprendidos.

Me quedé con ellos hasta que hubieron recogido su cantidad de pimienta, y luego navegué con ellos a la isla de donde habían venido. Me presentaron a su rey, que era un buen príncipe. Tuvo la paciencia de oír el relato de mis aventuras, que le sorprendieron, y después me dio ropa y mandó que me cuidaran.

La isla estaba muy bien poblada, abundante en todo, y la capital era un lugar de gran comercio. Este agradable retiro me resultó muy cómodo después de mis desgracias, y la bondad de este generoso príncipe completó mi satisfacción.

En una palabra, no había nadie más a favor de él que yo, y en consecuencia todos los hombres de la corte y de la ciudad trataron de complacerme, de modo que en muy poco tiempo fui considerado más como un nativo que como un extraño.

Observé una cosa que me pareció muy extraordinaria. Todo el pueblo, sin excepción del propio rey, montaba sus caballos sin freno ni estribos. Fui un día a un obrero y le di un modelo para hacer la culata de una silla de montar.

Hecho esto, lo cubrí yo mismo con terciopelo y cuero, y lo bordé con oro. Después fui a un herrero, que me hizo un bocado, según el modelo que le mostré, y también unos estribos. Cuando hube terminado todo, se los presenté al rey y los monté en uno de sus caballos. Su majestad montó inmediatamente, y quedó tan complacido con ellos que testificó su satisfacción con grandes presentes.

Hice varios otros para los ministros y oficiales principales de su casa, que me ganaron gran reputación y consideración.

Como le hacía la corte muy constantemente al rey, él me dijo un día: "Sindbad, te amo, tengo una cosa que exigerte, que debes conceder. Tengo la intención de que te cases, para que así lo hagas". puedes quedarte en mis dominios y no pensar más en tu propio país". No me atreví a resistir la voluntad del príncipe, y me dio una de las damas de su corte, noble, hermosa y rica. Terminadas las ceremonias del matrimonio, fui a vivir con mi esposa y durante algún tiempo vivimos juntos en perfecta armonía. Sin embargo, no quedé satisfecho con mi destierro; por lo tanto, diseñado para hacer mi escape en la primera oportunidad, y regresar a Bagdad, que mi actual asentamiento, por muy ventajoso que sea, no podría hacerme olvidar.

En este tiempo la mujer de uno de mis vecinos, con quien yo había contraído una amistad muy estrecha, enfermó y murió. Fui a verlo y consolarlo en su aflicción, y encontrándolo absorto en el dolor, le dije tan pronto como lo vi: "Dios te guarde y te conceda una larga vida". "¡Pobre de mí!" respondió él, "¿cómo crees que debo obtener el favor que me deseas? No tengo más de una hora de vida, porque debo ser enterrado este día con mi esposa. Esta es una ley en esta isla. El esposo vivo está enterrado con la mujer muerta, y la mujer viva con el marido muerto".

Mientras daba cuenta de esta bárbara costumbre, cuya misma relación me helaba la sangre, sus parientes, amigos y vecinos vinieron a asistir al funeral. Vestieron el cadáver de la mujer con su ropa más rica y todas sus joyas como si fuera el día de su boda; luego la colocaron sobre un féretro abierto y comenzaron su marcha hacia el lugar del entierro. El marido caminó primero, al lado del cadáver. Se dirigieron a una montaña alta, y cuando llegaron al lugar de su destino, tomaron una piedra grande que formaba la boca de un pozo profundo, y bajaron el cuerpo con toda su ropa y joyas. Entonces el marido, abrazando a sus parientes y amigos, se dejó colocar sobre otro féretro sin resistencia, con una olla de agua y siete panes pequeños, y fue bajado de la misma manera. Terminada la ceremonia, se cubrió de nuevo la boca del pozo con la piedra, y volvió la compañía.

Menciono esta ceremonia de manera más particular porque dentro de unas semanas yo iba a ser el actor principal en una ocasión similar. ¡Pobre de mí! mi propia esposa enfermó y murió. Hice todas las advertencias que pude al rey para que no me expusiera, como extranjero, a esta ley inhumana. Apelé en vano. El rey y toda su corte, con las personas más importantes de la ciudad, procuraron suavizar mi dolor honrando con su presencia la ceremonia fúnebre; y, al terminar la ceremonia, fui bajado a la fosa, con una vasija llena de agua y siete

panes Mientras me acercaba al fondo, descubrí, con la ayuda de la pequeña luz que venía de arriba, la naturaleza de este lugar subterráneo. Parecía una caverna sin fin, y podría tener unas cincuenta brazas de profundidad. Viví algún tiempo allí de pan y agua, cuando un día, cuando estaba a punto de agotarse, oí que algo pisaba y respiraba o jadeaba al moverse. Seguí el sonido. El animal parecía detenerse a veces, pero siempre huía y respiraba con dificultad cuando me acercaba. Lo perseguí durante un tiempo considerable, hasta que por fin percibí una luz, parecida a una estrella. Continué, a veces lo perdía de vista, pero siempre lo volvía a encontrar, y al fin descubrí que venía a través de un agujero en la roca, por el que salí, y me encontré en la orilla del mar, por lo que sentí una gran alegría. Me postré en la orilla para dar gracias a Dios por esta misericordia, y poco después vi un barco que se dirigía al lugar donde yo estaba. Hice una señal con el lino de mi turbante y llamé a la tripulación lo más fuerte que pude. Me oyeron y enviaron un bote para traerme a bordo. Tuve la suerte de que estas personas no inspeccionaron el lugar donde me encontraron, sino que sin dudarlo me llevaron a bordo.

Pasamos por varias islas, y entre otras, la llamada isla de las Campanas, como a diez días de navegación de Serendib con viento regular, y seis de la de Kela, donde desembarcamos. Las minas de plomo se encuentran en la isla; también cañas indias y excelente alcanfor.

El rey de la Isla de Kela es muy rico y poderoso, y la Isla de las Campanas, que tiene una extensión de dos días de viaje, también está sujeta a él.

Los habitantes son tan bárbaros que todavía comen carne humana. Después de haber terminado nuestro tráfico en esa isla, nos hicimos a la mar de nuevo y tocamos en varios otros puertos; por fin llegué feliz a Bagdad. En agradecimiento a Dios por sus misericordias, contribuí generosamente al sostenimiento de varias mezquitas y a la subsistencia de los pobres, y me divertí con amigos en festividades y diversiones

Aquí Sindbad hizo un nuevo regalo de cien lentejuelas a Hindbad, a quien pidió regresar con el resto al día siguiente a la misma hora, para cenar con él y escuchar la historia de su quinto viaje.

EL QUINTO VIAJE

Todos los problemas y calamidades que había pasado no pudieron curarme de mi inclinación a hacer nuevos viajes. Por lo tanto, compré bienes, partí con ellos hacia el mejor puerto marítimo; y allí, para no estar obligado a depender de un capitán, sino tener un barco bajo mi propio mando, permanecí hasta que se construyó uno a propósito, a mi cargo. Cuando el barco estuvo listo subí a bordo con mis bienes; pero no teniendo bastante para cargarla, estuve de acuerdo en llevar conmigo varios comerciantes de diferentes naciones, con sus mercaderías.

Navegamos con el primer viento favorable, y después de una larga navegación, el primer lugar que tocamos fue una isla desierta, donde encontramos un huevo de roc, de igual tamaño que el que antes dije. Había un roc joven en él, a punto de salir del cascarón, y su pico había comenzado a romper el huevo. Los mercaderes que desembarcaron conmigo

partió el huevo con hachas, le hizo un agujero, sacó el roc joven, poco a poco, y lo asó. En vano les había suplicado que no se entrometieran con el huevo.

Apenas habían terminado su comida, cuando aparecieron en el aire, a considerable distancia, dos grandes nubes. El capitán de mi barco, sabiendo por experiencia lo que querían decir, dijo que eran los progenitores masculino y femenino del roc, y nos presionó para que reembarcáramos a toda prisa, para evitar la desgracia que veía que de otro modo nos ocurriría.

Los dos rocs se acercaron con un ruido espantoso, que redoblaron cuando vieron que el huevo se rompía y su cría se había ido. Volaron en la dirección por la que habían venido y desaparecieron durante algún tiempo, mientras nosotros zarpamos con todas las velas que pudimos para esforzarnos por evitar lo que desgraciadamente nos sucedió.

Pronto regresaron y observamos que cada uno de ellos llevaba entre sus garras una enorme roca. Cuando pasaron directamente sobre mi barco, flotaron y uno de ellos soltó su roca; pero por la destreza del timonel no nos alcanzó y cayó al mar. El otro golpeó con tanta precisión el centro del barco que lo partió en pedazos. Los marineros y los pasajeros murieron aplastados o cayeron al mar. Yo mismo era del número de estos últimos; pero, al volver a subir, afortunadamente me agarré a un trozo del naufragio, y nadando, unas veces con una mano y otras con la otra, pero siempre aferrado a la tabla, con el viento y la marea a mi favor, llegué a una isla y llegó sano y salvo a tierra.

Me senté sobre la hierba, para recuperarme de mi fatiga, después de lo cual fui a la isla a explorarla. Parecía ser un jardín delicioso. Encontré árboles por todas partes, algunos con frutos verdes y otros maduros, y arroyos de agua fresca y pura. Comí de los frutos, que me parecieron excelentes; y bebí del agua, que era muy ligera y buena.

Cuando estaba un poco avanzado en la isla, vi a un anciano, que parecía muy débil y enfermo. Estaba sentado a la orilla de un arroyo, y al principio lo tomé por alguien que había naufragado como yo. Fui hacia él y lo saludé, pero él solo inclinó levemente la cabeza. Le pregunté por qué se sentaba tan quieto; pero en lugar de responderme, me hizo señas de que lo cargara sobre mis espaldas y lo llevara al otro lado del arroyo.

Creí que realmente necesitaba mi ayuda, lo cargué sobre mi espalda y, habiéndolo llevado, le ordené que se agachara, y con ese fin me agaché para que pudiera salir con facilidad; pero en lugar de hacerlo (de lo que me río cada vez que pienso en ello), el viejo, que a mí me parecía bastante decrepito, echó ágilmente sus piernas alrededor de mi cuello. Se sentó a horcajadas sobre mis hombros y me sujetó la garganta con tanta fuerza que pensé que me habría estrangulado y me desmayé.

A pesar de mi desmayo, el anciano malhumorado seguía sentado sobre mi cuello. Cuando recuperé el aliento, empujó uno de sus pies contra mi costado y me golpeó con tanta rudeza con el otro que me obligó a levantarme contra mi voluntad. Habiéndose levantado, me hizo llevarlo debajo de los árboles, y me obligó a detenerme de vez en cuando, para que pudiera recoger y comer fruta. Nunca dejó su asiento en todo el día; y cuando yo me acostaba a descansar por la noche, él se acostaba conmigo, sosteniéndome

Todavía rápido alrededor de mi cuello. Todas las mañanas me pellizcaba para despertarme, y después me obligaba a levantarme y caminar, y me espoleaba con los pies.

Un día encontré varias calabazas secas que se habían caído de un árbol. Tomé uno grande y, después de limpiarlo, exprimí en él un poco de jugo de uvas, que abundaba en la isla; Habiendo llenado la calabaza, la guardé en un lugar conveniente, y yendo allí de nuevo algunos días después, lo probé, y encontré el vino tan bueno que me dio nuevo vigor, y me regocijó tanto el espíritu que comencé a cantar y cantar. bailaba mientras llevaba mi carga.

El anciano, viendo el efecto que esto me producía, y que lo llevaba con más facilidad que antes, me hizo seña de que le diera un poco. Le entregué la calabaza, y el licor agradable a su paladar, se lo bebió.

Como había una cantidad considerable de ella, pronto comenzó a cantar y a moverse de un lado a otro en su asiento sobre mis hombros, y poco a poco soltó las piernas a mi alrededor. Al ver que no me presionaba como antes, lo arrojé al suelo, donde permaneció inmóvil; Entonces tomé una gran piedra y lo maté.

Yo estaba muy contento de ser así liberado para siempre de este tipo problemático. Caminé ahora hacia la playa, donde me encontré con la tripulación de un barco que había echado anclas para tomar agua; se sorprendieron al verme, pero más aún al escuchar los detalles de mis aventuras. "Caíste", dijeron, "en manos del Viejo Hombre del Mar, y eres el primero que jamás escapó de ser estrangulado por sus abrazos maliciosos. Él nunca abandonó a aquellos de los que una vez se había hecho dueño hasta que los destruyó, y ha hecho notoria esta isla por el número de hombres que ha matado. Me llevaron con ellos al capitán, quien me recibió con gran amabilidad. Se hizo a la mar de nuevo y, después de navegar algunos días, llegamos al puerto de una gran ciudad, cuyas casas se asomaban al mar.

Uno de los comerciantes que me había tomado en su amistad me invitó a ir con él. Me dio un gran saco, y habiéndome recomendado a unas personas del pueblo, que solían recoger cocos, les pidió que me llevaran con ellos. "Ve", dijo él, "síguelos y actúa como los ves hacer; pero no te separes de ellos, de lo contrario puedes poner en peligro tu vida". Habiendo dicho esto, me dio provisiones para el viaje, y fui con ellos.

Llegamos a un espeso bosque de árboles de cacao, muy alto, con troncos tan lisos que no era posible trepar a las ramas que daban el fruto. Cuando entramos en el bosque vimos una gran cantidad de monos de varios tamaños, que huyeron tan pronto como nos vieron, y treparon a las copas de los árboles con asombrosa rapidez.

Los mercaderes con los que estaba juntaron piedras y se las arrojaron a los monos en los árboles. Yo hice lo mismo; y los simios, por venganza, nos arrojaron cocos tan rápido y con tales gestos que testimoniaban suficientemente su ira y resentimiento.

Recogíamos los cocos y, de vez en cuando, tirábamos piedras para provocar a los monos; de modo que por esta estratagema llenamos nuestras bolsas con cocos. Reuní así gradualmente tantos cocos como me producía una suma considerable.

Habiendo cargado nuestro barco con cocos, zarpamos y pasamos por las islas donde crece la pimienta en gran abundancia. De allí fuimos a la isla de Comari,

donde crece la mejor especie de madera de aloes. Cambié mi cacao en aquellas dos islas por pimienta y madera de aloes, y fui con otros mercaderes a pescar perlas, contraté buzos, que me subieron algunas que eran muy grandes y puras. Me embarqué en un barco que felizmente llegó a Bussorah; de allí regresé a Bagdad, donde saqué grandes sumas de mi pimienta, madera de aloes y perlas. Di el diezmo de mis ganancias en limosnas, como lo había hecho a mi regreso de mis otros viajes, y descansé de mis fatigas.

Sindbad aquí ordenó que se le dieran cien lentejuelas a Hindbad, y le pidió a él y a los demás invitados que cenaran con él al día siguiente, para escuchar el relato de su sexto viaje.

EL SEXTO VIAJE

Sé, amigos míos, que desearéis saber cómo, después de haber naufragado cinco veces y escapado de tantos peligros, pude decidirme de nuevo a tentar a la fortuna y exponerme a nuevas penalidades. Yo mismo me asombro de mi conducta cuando reflexiono sobre ella, y ciertamente debe haber sido movido por mi destino, del cual nadie puede escapar. Sea como fuere, después de un año de descanso me preparé para un sexto viaje, a pesar de las súplicas de mis parientes y amigos, que hicieron todo lo posible por disuadirme.

En lugar de tomar mi camino por el Golfo Pérsico, viajé una vez más a través de varias provincias de Persia y las Indias, y llegué a un puerto de mar, donde me embarqué en una nave, cuyo capitán estaba destinado a un largo viaje, en el cual él y el piloto perdió el rumbo. De repente vimos al capitán soltar el timón, profiriendo grandes lamentos. Se quitó el turbante, se tiró de la barba y se golpeó la cabeza como un loco. Le preguntamos el motivo; y él respondió que estábamos en el lugar más peligroso de todo el océano. "Una corriente rápida arrastra el barco con él, y pereceremos todos en menos de un cuarto de hora. Rogad a Dios que nos libre de este peligro; no podemos escapar si Él no se apiada de nosotros". A estas palabras mandó arriar las velas; pero todas las cuerdas se rompieron, y la corriente llevó la nave al pie de una montaña inaccesible, donde golpeó y se hizo pedazos; pero de tal manera que salvamos nuestras vidas, nuestras provisiones y lo mejor de nuestros bienes.

La montaña al pie de la cual estábamos estaba cubierta de naufragios, de una gran cantidad de huesos humanos, y de una increíble cantidad de bienes y riquezas de todas clases. Estos objetos solo sirvieron para aumentar nuestra desesperación. En todos los demás lugares es común que los ríos fluyan desde sus cauces hacia el mar; pero aquí un río de agua dulce corre del mar a una caverna oscura, cuya entrada es muy alta y espaciosa. Lo más notable de este lugar es que las piedras de la montaña son de cristal, rubíes u otras piedras preciosas. Aquí también hay una especie de fuente de brea o betún, que desemboca en el mar, que los peces tragan y evacuan al poco tiempo, convertidos en ámbar gris; y esto lo arrojan las olas en la playa en gran cantidad. También crecen aquí árboles, la mayoría de los cuales son de madera de aloes, iguales en bondad a los de Comari.

Para terminar la descripción de este lugar, no es posible que los barcos se bajen una vez que se acercan a cierta distancia. Si son llevados allí por un viento

del mar los impulsa el viento y la corriente; y si entran en ella cuando sopla un viento de tierra, que parecería favorecer su salida, la altura de la montaña detiene el viento y ocasiona una calma, de modo que la fuerza de la corriente los lleva a tierra: y lo que completa la desgracia es que no hay posibilidad de subir a la montaña, ni de escapar por mar.

Continuamos en la orilla, al pie de la montaña, en un estado de desesperación y esperando la muerte todos los días. En nuestro primer desembarco habíamos repartido nuestras provisiones lo más equitativamente que podíamos, y así cada uno vivía más o menos tiempo, según su templanza y el uso que hacía de sus provisiones.

sobreviví a todos mis compañeros; y cuando enterré al último, me quedaban tan pocas provisiones que pensé que no podría sobrevivir mucho tiempo, y cavé una fosa, resuelto a acostarme en ella, porque no quedaba nadie para rendirme los últimos oficios de respeto. Pero agradó a Dios una vez más tener compasión de mí, y puso en mi mente ir a la orilla del río que desembocaba en la gran caverna.

Considerando con mucha atención su curso probable, me dije: "Este río, que corre así bajo tierra, debe tener alguna salida en alguna parte. Si hago una balsa y me dejo llevar por la corriente, me llevará a algún país habitado, o pereceré. Si me ahogo, no pierdo nada, sino que cambio una clase de muerte por otra".

Inmediatamente me puse a trabajar con grandes trozos de madera y cables, porque los podía elegir entre los restos del naufragio, y los até con tanta fuerza que pronto hice una balsa muy sólida. Cuando terminé, lo cargué con algunos cofres de rubíes, esmeraldas, ámbar gris, cristal de roca y fardos de ricas telas. Habiendo equilibrado mi cargamento exactamente, y bien amarrado a la balsa, subí a bordo con dos remos que había hecho, y dejándolo al curso del río, me resigné a la voluntad de Dios.

Tan pronto como entré en la caverna perdí toda la luz, y la corriente me llevó no sé adónde. Así continué flotando en completa oscuridad, y una vez encontré el arco tan bajo que casi me tocó la cabeza, lo que me hizo cauteloso después para evitar un peligro similar. Durante todo este tiempo no comí nada más que lo necesario para mantener la naturaleza; sin embargo, a pesar de mi frugalidad, se gastaron todas mis provisiones. Entonces me volví insensible. No puedo decir cuánto tiempo continué así; pero cuando reviví, me sorprendió encontrarme en un extenso llano a la orilla de un río, donde estaba amarrada mi balsa, entre una gran cantidad de negros. Me levanté tan pronto como los vi y los saludé. Me hablaron, pero no entendí su idioma.

Estaba tan transportado de alegría que no sabía si estaba dormido o despierto; pero persuadido de que no estaba dormido, recité en voz alta las siguientes palabras en árabe:

"Invoca al Todopoderoso, Él te ayudará; no tienes por qué preocuparte por nada más: cierra los ojos, y mientras duermes, Dios cambiará tu mala fortuna en buena".

Uno de los negros, que entendía el árabe, al oírme hablar así, vino hacia mí y dijo: "Hermano, no se sorprenda de vernos; somos habitantes de

esta tierra, y riegue nuestros campos de este río, que sale de la montaña vecina. Vimos tu balsa, y uno de nosotros nadó hasta el río y la trajo aquí, donde la amarramos, como ves, hasta que despertaras. Por favor cuéntanos tu historia. ¿De dónde vienes?"

Les rogué primero que me dieran algo de comer, y luego satisfacería su curiosidad. Me dieron varias clases de alimentos, y cuando hubo saciado mi hambre, conté todo lo que me había sucedido, lo cual escucharon con atenta sorpresa. Tan pronto como terminé, me dijeron, por la persona que hablaba árabe y les interpretó lo que dije, que debía ir con ellos y contarle mi historia a su rey yo mismo; siendo demasiado extraordinario para ser relatado por otra persona que no sea la persona a quien le sucedieron los hechos.

Inmediatamente enviaron por un caballo, y después de ayudarme a montar, algunos de ellos se adelantaron para mostrarme el camino, mientras que los demás tomaron mi balsa y mi carga y me siguieron.

Marchamos hasta que llegamos a la capital de Serendib, porque fue en esa isla donde había desembarcado. Los negros me presentaron a su rey; Me acerqué a su trono, y lo saludé como solía hacer a los reyes de las Indias; es decir, me postré a sus pies. El príncipe me ordenó que me levantara, me recibió con aire complaciente y me hizo sentar cerca de él.

Nada oculté al rey; pero relatad con él todo lo que os he dicho. Por fin trajeron mi balsa y abrieron los fardos en su presencia: admiró la cantidad de madera de áloes y ámbar gris; pero sobre todo, los rubíes y esmeraldas, porque no tenía en su tesoro ninguno que los igualase.

Al ver que miraba con agrado mis joyas, y que miraba las más notables una tras otra, me postré a sus pies y me tomé la libertad de decirle: "Señor, no sólo mi persona está al servicio de Vuestra Majestad. , sino el cargamento de la balsa, y le ruego que se deshaga de él como si fuera suyo.

Me respondió con una sonrisa: "Sindbad, no tomaré nada tuyo; lejos de disminuir tu riqueza, me propongo aumentarla, y no dejaré que abandones mis dominios sin muestras de mi liberalidad".

Luego encargó a uno de sus oficiales que me cuidara y ordenó a la gente que me sirviera a sus expensas. El oficial fue muy fiel en la ejecución de su encargo, e hizo llevar todos los bienes a los alojamientos que me habían sido provistos.

Iba todos los días a una hora determinada para hacer mi corte al rey, y pasaba el resto de mi tiempo en ver la ciudad y lo que era más digno de mención.

La capital de Serendib se encuentra al final de un hermoso valle, en el centro de la isla, rodeada de altas montañas. Se les ve a tres días de navegación en el mar.

Abundan los rubíes y varios tipos de minerales. Allí crecen todo tipo de plantas y árboles raros, especialmente cedros y cocoteros. También hay una pesquería de perlas en la desembocadura de su río principal; y en algunos de sus valles se encuentran diamantes. Hice, por devoción, una peregrinación al lugar donde fue confinado Adán después de su destierro del Paraíso, y tuve la curiosidad de subir a la cima de la montaña.

Cuando volví a la ciudad rogué al rey que me permitiese volver a mi patria, y me lo concedió de la manera más complaciente y honorable. Me obligaría a recibir un rico regalo; y al mismo tiempo me encargó una carta para el Comandante de los Fieles, nuestro soberano, diciéndome: "Te ruego que entregues este regalo de mi parte, y esta carta, al califa Haroun-al Raschid, y le asegures de mi amistad."

La carta del Rey de Serendib fue escrita en la piel de cierto animal de gran valor, muy escaso y de color amarillento. Los caracteres de esta carta eran de azur, y el contenido como sigue: "El Rey de las Indias,

ante quien marchan cien elefantes, que habita en un palacio que brilla con cien mil rubíes, y que tiene en su tesoro veinte mil coronas enriquecidas con diamantes, al califa Haroun-al Raschid.

"Aunque el regalo que te enviamos sea pequeño, recíbelo, sin embargo, como un hermano y un amigo, en consideración a la cordial amistad que te tenemos, y de la cual estamos dispuestos a darte prueba. Deseamos la misma parte en tu amistad, considerando que creemos que es nuestro mérito, ya que ambos somos reyes, te enviamos esta carta como de un hermano a otro. Adiós.

El presente consistía, primero, en un solo rubí hecho una copa, como de medio pie de alto, una pulgada de grueso, y llena de perlas redondas de media dracma cada una. 2. La piel de una serpiente, cuyas escamas eran tan brillantes como una pieza ordinaria de oro, y tenía la virtud de preservar de la enfermedad a los que yacía sobre ella. 3. Cincuenta mil dracmas de la mejor madera de áloes, con treinta granos de alcanfor grandes como pistachos. Y 4. Una esclava de gran belleza, cuya túnica estaba cubierta de joyas.

El navío se hizo a la vela, y después de una navegación muy feliz desembarcamos en Bussorah, y de allí fui a la ciudad de Bagdad, donde lo primero que hice fue absolverme de mi encargo.

Tomé la carta del Rey de Serendib y fui a presentarme a la puerta del Comandante de los Fieles, y fui conducido inmediatamente al trono del califa. Hice mi reverencia y presenté la carta y el regalo. Cuando hubo leído lo que le escribió el Rey de Serendib, me preguntó si ese príncipe era realmente tan rico y poderoso como se representaba a sí mismo en su carta. Me postré por segunda vez y, levantándome de nuevo, dije: "Comandante de los Fieles, puedo asegurar a vuestra majestad que no se excede de la verdad. Le doy testimonio. Nada es más digno de admiración que la magnificencia de su palacio. Cuando el príncipe aparece en público, tiene un trono fijado en el lomo de un elefante y cabalga entre dos filas de sus ministros, favoritos y otras personas de su corte.

Delante de él, sobre el mismo elefante, un oficial lleva en la mano una lanza de oro; y detrás de él hay otro, que está de pie con una vara de oro, en la parte superior de la cual hay una esmeralda, de medio pie de largo y una pulgada de espesor. Lo acompaña una guardia de mil hombres, vestidos con telas de oro y seda, y montados sobre elefantes ricamente enjaezados. El oficial que está delante de él en el mismo elefante grita de vez en cuando, en voz alta: 'He aquí el gran monarca,

el poderoso y temible sultán de las Indias, el monarca mayor que Salomón y el poderoso maharajá.

"Después de haber pronunciado esas palabras, el oficial detrás del trono grita a su vez: '¡Este monarca, tan grande y tan poderoso, debe morir, debe morir, debe morir!' Y el oficial de delante responde: 'Solo alabado sea Aquel que vive por los siglos de los siglos'".

El califa quedó muy complacido con mi cuenta y me envió a casa con un rico presente.

Aquí Sindbad ordenó que se pagaran otros cien lentejuelas a Hindbad, y rogó que regresara al día siguiente para escuchar su séptimo y último viaje.

EL SÉPTIMO Y ÚLTIMO VIAJE

A mi regreso a casa de mi sexto viaje, había renunciado por completo a todos los pensamientos de volver a hacerme a la mar; porque además de que mi edad ahora requería descanso, estaba resuelto a no exponerme más a los riesgos que había encontrado, de modo que no pensaba en otra cosa que en pasar el resto de mis días en tranquilidad. Un día, sin embargo, un oficial del califa preguntó por mí. "El califa", dijo él, "me ha enviado para decirte que debe hablar contigo". Seguí al oficial hasta el palacio, donde, presentado al califa, lo saludé postrándome a sus pies.

"Sindbad", me dijo, "necesito tus servicios; debes llevar mi respuesta y mi presente al rey de Serendib".

Esta orden del califa fue para mí como un trueno. "Comandante de los Fieles", le respondí, "estoy dispuesto a hacer lo que Su Majestad considere adecuado ordenar; pero le ruego muy humildemente que considere lo que he sufrido. También he hecho el voto de no dejar nunca Bagdad".

Al ver que el califa insistía en mi obediencia, me sometí y le dije que estaba dispuesto a obedecer. Quedó muy complacido y me mandó mil lentejuelas para los gastos de mi viaje.

Me preparé para mi partida en unos días. Tan pronto como me fueron entregados la carta y el presente del califa, fui a Bussorah, donde me embarqué, y tuve un viaje muy próspero. Habiendo llegado a la isla de Serendib, fui conducido al palacio con mucha pompa, donde me postré en tierra ante el rey. "Sindbad", dijo el rey, "eres bienvenido; muchas veces he pensado en ti; bendigo el día en que te vea una vez más". Le hice mis cumplidos, le agradecí su amabilidad y le entregué los regalos de mi augusto

maestro.

La carta del califa era la siguiente:

"Saludo, en nombre del Guía Soberano del Camino Correcto, del siervo de Dios, Haroun-al-Raschid, a quien Dios ha puesto en el lugar de vicergerente de Su Profeta, después de sus antepasados. de feliz memoria, al poderoso y estimado Raja de Serendib.

"Recibimos su carta con alegría y la enviamos desde nuestra residencia imperial, el jardín de los ingenios superiores. Esperamos que cuando la mire perciba nuestra buena intención y se sienta complacido con ella. Adiós".

El presente del califa fue un traje completo de paño de oro, valorado en mil lentejuelas; cincuenta túnicas de ricas telas; cien de tela blanca, las mejores de El Cairo, Suez y Alejandría; una vasija de ágata, más ancha que profunda, de una pulgada de espesor y medio pie de ancho, cuyo fondo representaba en bajorrelieve a un hombre con una rodilla en el suelo, que sostenía un arco y una flecha, listo para disparar a un león. Le envió también una rica tablilla que, según la tradición, perteneció al gran Salomón.

El rey de Serendib se mostró muy complacido por el reconocimiento del califa a su amistad. Poco tiempo después de esta audiencia, solicité permiso para partir, y con mucha dificultad lo obtuve. El rey, cuando me despidió, me hizo un regalo muy considerable. Me embarqué de inmediato para regresar a Bagdad, pero no tuve la buena fortuna de llegar tan pronto como había esperado. Dios lo ordenó de otra manera.

Tres o cuatro días después de nuestra partida fuimos atacados por piratas, que fácilmente se apoderaron de nuestro barco, porque no era un navío de guerra. Algunos miembros de la tripulación ofrecieron resistencia, lo que les costó la vida. Pero a mí ya los demás, que no fuimos tan imprudentes, los piratas nos salvaron y nos llevaron a una isla remota, donde nos vendieron.

Caí en manos de un rico mercader, que tan pronto como me compró, me llevó a su casa, me trató bien y me vistió elegantemente como a un esclavo. A los días me preguntó si entendía de algún oficio. Respondí que yo no era mecánico, sino comerciante, y que los piratas que me vendieron me habían robado todo lo que poseía. "Dime", respondió él, "¿puedes disparar con un arco?" Respondí que el arco era uno de mis ejercicios en mi juventud. Me dio un arco y flechas y, llevándome detrás de él en un elefante, me llevó a un bosque espeso a algunas leguas del pueblo. Nos adentramos mucho en el bosque, y cuando creyó oportuno detenernos, me ordenó que me apeara; luego mostrándome un gran árbol, "Sube a ese", dijo, "y dispara a los elefantes cuando los veas pasar, porque hay un número prodigioso de ellos en este bosque, y si alguno de ellos cae, ven y avísame". Habiendo dicho esto, me dejó víveres y volvió al pueblo, y yo pasé toda la noche sobre el árbol.

No vi ningún elefante durante la noche, pero a la mañana siguiente, al amanecer, percibí un gran número. Disparé varias flechas entre ellos, y al fin cayó uno de los elefantes, cuando el resto se retiró inmediatamente, y me dejó en libertad para ir a informar a mi patrón de mi éxito. Cuando le hube informado, elogió mi destreza y me acarició mucho. Después fuimos juntos al bosque, donde cavamos un agujero para el elefante; mi patrón planeaba volver cuando estaba podrido y tomar sus dientes para comerciar con ellos.

Continué este empleo durante dos meses. Una mañana, mientras buscaba a los elefantes, percibí con gran asombro que, en vez de pasar a mi lado por el bosque como de costumbre, se detuvieron y vinieron hacia mí con un ruido horrible, en tal número que la llanura se cubrió y se estremeció. debajo de ellos. Rodearon el árbol en que yo estaba escondido, con los troncos levantados, y todos fijaron sus ojos en mí. A este espectáculo alarmante quedé inmóvil, y estaba tan aterrorizado que mi arco y flechas se me cayeron de la mano.

Mis temores no carecían de causa; porque después de que los elefantes me miraron fijamente, uno de los más grandes puso su trompa alrededor del pie del árbol, lo arrancó y lo arrojó al suelo. Caí con el árbol, y el elefante, tomándome con su trompa, me tendió sobre su espalda, donde me senté más como muerto que vivo, con la aljaba sobre el hombro. Se puso a la cabeza de los demás, que lo siguieron en fila, uno tras otro, me llevaron un trecho considerable, luego me acostaron en el suelo y se retiraron con todos sus compañeros.

Después de haber estado acostado algún tiempo y ver que los elefantes se habían ido, me levanté y descubrí que estaba sobre una colina larga y ancha, casi cubierta con huesos y dientes de elefantes. No tenía dudas de que este era el lugar de enterramiento de los elefantes, y que me llevaron allí a propósito para decirme que me abstuviera de matarlos, ya que ahora sabía dónde sacar los dientes sin lastimarlos. No me quedé en la colina, sino que me volví hacia la ciudad; y después de haber caminado un día y una noche, llegué a mi patrón.

Tan pronto como mi patrón me vio, "¡Ah, pobre Sindbad!" exclamó él, "Estaba en un gran problema para saber qué había sido de ti. Estuve en el bosque, donde encontré un árbol recién arrancado, y tu arco y flechas en el suelo, y desesperé de volver a verte nunca más". Por favor, dime qué te sucedió. Satisfice su curiosidad y ambos partimos a la mañana siguiente hacia la colina. Cargamos al elefante que nos había llevado con tantos dientes como podía soportar; y cuando regresamos, mi amo se dirigió a mí de esta manera: "Escucha ahora lo que te diré.

Los elefantes de nuestro bosque nos han matado todos los años a muchos esclavos, a quienes enviamos a buscar marfil. A pesar de todas las precauciones que pudimos darles, esos animales astutos los destruyeron una u otra vez. Dios te ha librado de su furor, y te ha otorgado ese favor solo a ti. Es una señal de que Él te ama y tiene algún uso para tu servicio en el mundo. Me has procurado una riqueza increíble; y ahora toda nuestra ciudad se enriquece con vuestros medios, sin exponer más la vida de nuestros esclavos. Después de tal descubrimiento, ya no puedo tratarte como a un esclavo, sino como a un hermano. Dios te bendiga con toda felicidad y prosperidad. Desde ahora os doy vuestra libertad; Yo también te daré riquezas".

A esto respondí: "Maestro, Dios os guarde. No deseo otra recompensa por el servicio que tuve la dicha de haceros a vosotros ya vuestra ciudad, sino partir para volver a mi patria". "Muy bien", dijo él, "el monzón traerá en poco tiempo barcos para el marfil. Entonces te enviaré a casa". Me quedé con él mientras esperaba el monzón; y en ese tiempo hicimos tantos viajes al cerro, que llenamos de marfil todos nuestros almacenes. Los demás mercaderes que comerciaban en ella hacían lo mismo, porque mi amo los hacía partícipes de su buena fortuna.

Llegaron por fin las naves, y habiendo escogido mi propio amo la nave en que yo iba a embarcar, cargó la mitad de ella con marfil por cuenta mía, echó provisiones en abundancia para mi pasaje, y además me obligó a aceptar un presente de algunas curiosidades del país de gran valor. Después de haberle devuelto mil gracias por todos sus favores, subí a bordo. Nos detuvimos en algunas islas para tomar provisiones frescas. Habiendo llegado nuestro barco a un puerto en el continente de las Indias, tocamos allí, y, no queriendo aventurarme por mar a Bussorah, desembarqué mi parte del marfil, resolviendo proseguir mi viaje por tierra. Realicé grandes sumas por mi marfil, compré varias rarezas, que

Tenía la intención de hacer regalos, y cuando mi equipaje estuvo listo, partí en compañía con una gran caravana de mercaderes. Estuve mucho tiempo en el viaje, y sufrí mucho, pero me alegré al pensar que no tenía nada que temer de la mares, de piratas, de serpientes, o de los otros peligros a los que había estado expuesto.

Por fin llegué sano y salvo a Bagdad e inmediatamente esperé al califa para dar él una cuenta de mi embajada. Me colmó de honores y ricos presentes, y desde entonces me he dedicado a mi familia, parientes y amigos.

Sindbad aquí terminó la relación de su séptimo y último viaje, y luego dirigiéndose a Hindbad, "Bueno, amigo", dijo él, "alguna vez has oído hablar de algún persona que ha sufrido tanto como yo he hecho? ¿No es razonable que, después de todo esto, debo disfrutar de una vida tranquila y placentera?" Mientras decía estas palabras, Hindbad besó su mano y dijo: "Señor, mis aflicciones no son comparables con las tuyas. No solo mereces una vida tranquila, sino que eres digno de todas las riquezas que posees, ya que haces un buen uso de ellos. Que vivas feliz por mucho tiempo". Sindbad ordenó que le pagaran otras cien lentejuelas y le dijo que le diera llevar cargas como un porteador, y comer en adelante a su mesa, porque deseaba que toda su vida debiera tener razones para recordar que de ahora en adelante tena un amigo en Simbad el Marinero.

EL FIN

Acerca de los libros gratuitos para niños

Este libro clásico ha sido compilado por Free Kids Books,

<http://www.freekidsbooks.org>

Free Kids Books ofrece una multitud de nuevos originales, creative commons y clásicos. libros para niños – para descargar gratis y leer en línea, por el placer de leer y promover literatura.

Simplemente proporcionando excelentes libros infantiles gratuitos para que todos los compartan y disfruten, sin condiciones.

El material contenido en el libro es de dominio público y, como tal, no está sujeto a derechos de autor.

Le invitamos a compartir este material: vincule y remita a las personas a la publicación original en nuestra página web.